



FUNDACION
SUPERACION
DE LA POBREZA

SERVICIO PAÍS

REGIONES DE LOS LAGOS Y AYSÉN

Derivas insulares

Ventajas y desafíos del habitar
en las islas de la zona sur austral

REGIONES DE LOS LAGOS Y AYSÉN

Derivas insulares

Ventajas y desafíos del habitar
en las islas de la zona sur austral

Derivas insulares

Ventajas y desafíos del habitar en las islas de la zona sur austral

AUTORES:

©Fundación Superación de la Pobreza (Fusupo), 2018.
Registro de Propiedad Intelectual N° 298145
ISBN 978-956-7635-58-0

INVESTIGACIÓN Y REDACCIÓN:

Ricardo Álvarez Abel
Encargado Macrozonal Sur Área de Propuestas País (ricardo.alvarez@superacionpobreza.cl)

EDICIÓN DE CONTENIDO:

Ernesto González Navarrete
Subdirector Área de Propuestas País (ernesto.gonzalez@superacionpobreza.cl)

EDICIÓN DE ESTILO:

Jennifer Abate Cruces

DIRECTOR ÁREA DE PROPUESTAS PAÍS:

Mauricio Rosenblüth Mendiburu (mauricio.rosenbluth@superacionpobreza.cl)

DIRECTORA FUNDACIÓN SUPERACIÓN DE LA POBREZA REGIÓN DE LOS LAGOS:


Claudia Muñoz Moreira (claudia.munoz@superacionpobreza.cl)

DIRECTOR FUNDACIÓN SUPERACIÓN DE LA POBREZA REGIÓN DE AYSÉN:

Ricardo Villalobos Wever (ricardo.villalobos@superacionpobreza.cl)

Esta investigación contó con el apoyo de:

Programa ATLAS de la Universidad de Los Lagos (proyecto Fondecyt N°1171827 *Coastal behaviors settings: por una Antropología de la Recomposición Territorial en el Archipiélago de Chiloé*), Servicio de Salud Reloncaví, Servicio de Salud Chiloé, Armada de Chile a través de su Quinta Zona Naval y los buques PMD-74 *Cirujano Videla* y PSG-71 *Micalvi*, Cornav Austral.



“Hay veces en que despierto al borde de un abismo donde termina el mar de mi infancia; pero siempre encuentro a alguien a mi lado. O una música lejana que viene de mis islas, traída por el tamborileo de la lluvia sobre los techos del viento. Bajo esas aguas del tiempo y en el fondo de mí mismo, no veo otra cosa que un hombre, una mujer y un niño, jugando con un bote a orillas de nuestro mar interior de chilote, al cual le han puesto un mástil y un timón, esperando un soplo en la vela, para hacerse a la mar entre las islas” (Francisco Coloane, 2001. *El Chiloé del niño en Los pasos del hombre, memorias*).

Índice

■ PRESENTACIÓN	7
■ AGRADECIMIENTOS	9
■ INTRODUCCIÓN	10
■ MÉTODO	23
■ HABITAR EN ISLAS EN EL MAR INTERIOR DE CHILOÉ Y EN LOS CANALES AUSTRALES	26
Archipiélago de Chiloé	32
Archipiélago de Aysén	37
La geometría del poder entre continente e insularidades	40
Los arquetipos insulares	48
La deriva identitaria entre lo insular y lo urbano/continental	57
Educación y segregación	64
Las transformaciones productivas	69
Soberanía alimentaria y modelo consuetudinario	79
■ ACTIVOS INSULARES	94
Administrando lo escaso	95
La tranquilidad, ¿un activo?	108
La movilidad y la adquisición de experiencias	111
Las ferias urbanas como indicador diagnóstico de la situación insular	125
■ APAREJOS PARA NUEVOS RUMBOS	132
Amenazas manifestadas por los isleños e isleñas	132
■ REFLEXIONES FINALES: LA POBREZA INSULAR DESDE LA PERSPECTIVA ISLEÑA	139
■ BIBLIOGRAFÍA	147

Presentación

Trabajar con mirada de territorio implica comprender con claridad las dinámicas culturales, productivas y sociales que se dan en cada uno de estos espacios. Cómo se construye comunidad, cómo se enfrentan a situaciones de riesgo, cómo las personas estructuran su economía familiar son factores que deben ser considerados a la hora de generar políticas públicas que apuesten a generar un desarrollo local inclusivo y sostenible. Lamentablemente, nada de eso ha ocurrido cuando pensamos en el trabajo en insularidad, concebido generalmente como una parte más de “lo rural” lo que niega la heterogeneidad existente en cada uno de estos espacios.

La región de Los Lagos, con una geografía y poblamiento diverso, cuenta con la mayor cantidad de islas menores habitadas del país. Se trata de territorios de una gran belleza escénica, que alguna vez fueron inspiración para grandes artistas como el cineasta Raúl Ruíz, cuyos habitantes hoy observan con temor la migración de los más jóvenes como consecuencia, fundamentalmente, de las escasas actividades productivas que se puedan desarrollar. Políticas públicas y normativas que no consideraron sus formas de vida fueron limitando su capacidad de acceder a la estructura de oportunidades como lo hicieron desde tiempos ancestrales. Por otro lado, contar con servicios básicos en esas zonas se vuelve una tarea casi titánica cuando las personas se enfrentan a la evaluación del Sistema Nacional de Inversiones, que hace inviable invertir en lugares con poca población, lo que las obliga a salir en busca de mejores oportunidades de trabajo, educación y salud. Tampoco existen instrumentos de planificación a nivel regional o local que permitan tener una visión de desarrollo a mediano y largo plazo para los territorios insulares, lo que los fuerza a modificar sus dinámicas para adaptarse a una mirada continental.

Por su parte, en la región de Aysén una de las conclusiones del estudio “Voces de la pobreza” del año 2011 fue que la condición de aislamiento constituye un “factor maestro” que repercute en el cotidiano de todo habitante a nivel regional, pero que a su vez fija un sentir de malestar frente a una

política pública con visión centralista que no se ha logrado adecuar a estos contextos. Debido a la complejidad de esta condición y sus distintas manifestaciones a nivel regional, se hizo necesario profundizar en ésta. El presente estudio entrega nuevos elementos de análisis sobre una tipología territorial emblemática que se reconoce como ejemplo de “condición de aislamiento” a pesar de que quienes la habitan han logrado desarrollar una serie de estrategias de vida que pueden proponer -en parte- nuevas soluciones para el diseño e implementación de una política de integración pertinente y promocional al contexto territorial, que busca integrar y desarrollar.

Por esta razón, resulta del todo gratificante presentar, de forma conjunta, un nuevo estudio que no obedece a los límites de la división político-administrativa y que busca reflexionar y profundizar en la visión del habitar en contexto insulares, recogiendo testimonios de quienes habitan y han forjado sus vidas en dichos territorios.

Ricardo Villalobos

Director Regional Aysén

Claudia Muñoz

Directora Regional Los Lagos

Agradecimientos

Queremos agradecer el apoyo constante del equipo de investigadores del Programa ATLAS de la Universidad de Los Lagos, dirigido por el Doctor en Antropología Francisco Ther, y al proyecto Fondecyt 1171827 *Coastal behaviors settings: por una Antropología de la Recomposición Territorial en el Archipiélago de Chiloé*. Nuestros agradecimientos también van dirigidos a los estudiantes en práctica Tomás Boldrini y Daniela Villarroel, y a las tesisistas Ericka Osses y Paula Álvarez, pues su labor fue tremendamente importante para esta investigación.

Un agradecimiento especial para los ex profesionales Servicio País César Muñoz, Claudia Torrijos, Fernando Pardo, Claudio Castro, Francisco Galleguillos, Francisco Brañas y Francisca Vidal por su aporte constante y reflexivo sobre la insularidad. También a Pamela Urtubia, Nelson Bahamondes, Christian García, Ximena Urbina, Juan Manuel Saldívar, Silvana Arteche, Felipe Montiel, Alejandro Orellana y tantos otros investigadores que nos ayudaron. Asimismo, agradecemos a Irina Morend y al equipo de profesionales Servicio País de la comuna de Melinka por su trabajo de campo junto a los habitantes de este archipiélago. También a los equipos regionales de ambas regiones, sus secretarías, jefes territoriales y directores.

Queremos señalar que este trabajo no habría podido realizarse sin el apoyo de la V Zona Naval de la Armada de Chile a través de sus tripulaciones y buques PMD-74 *Cirujano Videla* y PSG-71 *Micalvi*, y sobre todo el trabajo de los comandantes Srs. Domingo Hormazábal y Mario Valenzuela. También agradecemos a Cornav Austral, especialmente a Francisco Modinger, y la Ronda Ambiental coordinada por el MMA Los Lagos. Se sumó a ello el invaluable apoyo logístico y operativo del Servicio de Salud Reloncaví y el Servicio de Salud Chiloé, y los equipos médico-rurales que allí trabajan. Especiales agradecimientos a Fernando Muñoz por la ayuda brindada en terreno.

Finalmente, nuestro mayor agradecimiento va dirigido a las familias y personas que habitan estas islas. Sus testimonios y su confianza para compartirlos, hicieron posible este documento.

Introducción

Las islas son tan particulares como problemáticas. El hecho de que sus dinámicas tengan diferencias respecto de aquellas que se dan en “tierra” hace que las políticas públicas, pensadas desde una lógica continental, pierdan pertinencia en dichos territorios. Más aun, históricamente se han construido imágenes que culpan a las personas y comunidades que allí habitan del rezago que sufren. Ya en 1903, el funcionario de colonización Alfredo Weber se refería a los chilotos como holgazanes, desidiosos, flojos, etc., aduciendo que el territorio, proveedor generoso de alimentos y recursos, hacía innecesario el esfuerzo por la subsistencia. De allí que fuera necesario habitar dichos territorios con colonos extranjeros para sacar a este archipiélago de su miseria (Weber, 1903). El proyecto de poblamiento de los canales ayseninos se sostuvo con argumentos similares, advirtiendo que los recursos que allí se encontraban, necesarios para el progreso nacional, no eran valorados por sus habitantes. Hoy en día, muchas dinámicas contienen esta idea. Los esfuerzos modernizadores, basados muchas veces en un modelo de desarrollo de carácter extractivista, no suelen considerar el tejido social construido históricamente y muchas veces impactan sobre él de manera negativa.

Actualmente, los sistemas insulares no son comprendidos a partir de sus propias lógicas (FSP, 2015) sino que a través de una visión que los representa como meros fragmentos que, dada su condición de desconexión, están rezagados. Esta idea, junto con hacer explícita la dicotomía continente conectado y desarrollado versus isla desconectada y atrasada, puede llevar a considerar a estas últimas como áreas que, además, ralentizan el proyecto de desarrollo del país. De allí que los esfuerzos que se implementan para abordar sus problemáticas se encuentren ligados a la idea de “hacerlas continente”, es decir, intentar a través de operaciones de sutura con el territorio que la modernidad y el desarrollo fluyan hacia ellas.

Esta manera de comprender y percibir lo insular no es exclusiva de nuestro país. Se trata más bien de un fenómeno global donde la realidad de las is-

Mapa 1: Islas de las regiones de Los Lagos y de Aysén



Fuente: Fondecyt 1171827.

las se evalúa considerando que su “(...) grado de desarrollo económico está determinado por estrategias que deben orientarse hacia la superación de su inaccesibilidad” (FSP, 2015, P. 13, citando a Godenau y Hernández, 1996). Así, la imagen de la unión con el continente surge como una necesidad cuya urgencia resiste un análisis más profundo de dichos sistemas, los cuales, junto con carencias, presentan una serie de potencialidades que de ser consideradas pueden enriquecer y ampliar el rango de actuaciones que buscan una articulación pertinente y menos disruptiva.

Las islas y los conjuntos insulares (archipiélagos) son territorios de fronteras permeables y fluidas (FSP, 2015 citando a Baldacchino, 2008), cuyas poblaciones despliegan una capacidad notable de adaptación. Dicha plasticidad deviene de una doble condición. Se trata de personas en cuya identidad confluyen la tierra y el mar (o el mar y la tierra) a través de una dinámica compleja donde se complementa la residencia y la movilidad. Esta forma de ver y pensar estos sistemas origina un marco interpretativo que busca superar la dicotomía entre dos territorios que, en estos casos, no funcionan en forma separada. Conceptos como *aquapelago*¹, original del mundo anglosajón, o *maritorio*, presente desde la década de los 70 en Chile (PUCV, 1971), invitan a ver la continuidad que puede existir entre una tierra y un mar fragmentados en términos físicos pero unidos en términos culturales.

La insularidad de las regiones de Los Lagos y de Aysén (Mapa 1) representa un vasto universo de canales e islas que contienen a poblaciones humanas que han forjado, a través de los siglos, un modo de vida altamente dinámico y robusto. Esta cultura insular, basada en una identidad donde se pueden reconocer elementos comunes derivados de una historia compartida, se construyó principalmente sobre una estructura oral, fácil de transportar náuticamente y que necesitó de mínimos elementos materiales para concretar asentamientos².

¹ <http://shimajournal.org/anthologies.php#aquapelago>

² Estos componentes son la raíz del concepto maritorio.

Lo anterior da cuenta de que existe un eje que une a estas distintas realidades y que se manifiesta incluso a través de aquello que las hace diferentes; esto es, la materialidad de sus viviendas, sus tipos de embarcaciones y la vocación productiva de sus habitantes. Es interesante constatar que muchos de esos elementos en común pasan desapercibidos; sus espacios de vida insulares muestran una densidad poblacional mucho mayor a la que experimentan sus pares continentales, lo que les obliga a tensionar muchas prácticas culturales (productivas, recreativas y cosmogónicas) para sostenerse y reproducirse como pueblo. También han sabido generar estrategias muy particulares para aprovechar la estructura de oportunidades³ -en adelante E.O.- movilizándolo la creatividad y el ingenio, que son desplegados en un marco en el cual las condiciones que ésta impone para el enganche no se cumplen en las islas: a saber, títulos de propiedad, educación media completa, etc. A lo anterior hay que agregar los procedimientos de acceso, cuyas etapas no son siempre conocidas por los isleños e isleñas, y que implican un desplazamiento a la ciudad para su tramitación. Si bien hoy en día la penetración de Internet disminuye los requerimientos de desplazamiento, los isleños e isleñas en su mayoría están excluidos de ello:

“Llevo doce años tramitando un terreno en la isla Butachauques⁴, que es donde vivo, ¡y puro trámite, trámite!... y uno se tiene que mover en lancha de la isla y no va a ir a estar uno, dos, tres días en la semana en la ciudad⁵. Y después tenemos que sacar un papelito y si está muy llena la oficina, ¡olvídesse! Si tenemos horas (limitadas) para las lanchas (de regreso)”
(Iseños e isleñas, isla Voigue. Focus group isla Voigue, comuna de Quemchi, 2017).

³ Estructura de probabilidades de acceso a servicios, bienes, experiencias, etc. que provee el entorno (público, privado y sociedad civil), organizada en un orden (por ello la idea de “estructura”). Ésta puede ser la propia familia, amigos, vecinos, comunidad, municipalidad, gobierno regional, empresas, etc. (ver también Kaztman y Filgueira, 1999 y Filgueira, 2001).

⁴ 42°17'31"S/73°5'57"O

⁵ Castro, ciudad en la que se ubica la Oficina de Bienes Nacionales.

“El tema es que es mucho papeleo. El tema de Internet les complica porque tienen que tener a alguien que los ayude y finalmente quedan excluidos por lo mismo. Pueden ser muy buenos en lo que hacen, pero quedan lamentablemente marginados del sistema porque no tienen las herramientas”

(Funcionaria pública, Puerto Montt. Entrevista semiestructurada, 2017).

En tal contexto es posible ver la aparición de una suerte de E.O. interna basada en una red entre la isla y las islas que permite un alivio para estas familias, donde el enganche oportuno se da en virtud de la existencia de requerimientos que son propios de su constructo cultural, aun cuando pueden ser considerados ilegales o informales por parte del Estado. La experiencia del “trámite” es un fenómeno que por generar sentimientos de malestar y humillación, es evitado por las familias, lo que dificulta aún más la llegada de la E.O. externa e incrementa el rezago entre las islas y el continente. Junto a esto, las y los isleños constatan que el marco normativo que gradualmente se ha posicionado desconoce siglos de residencia, donde la pertenencia al territorio (maritorio) se juega en un ejercicio de competencia en el que es imperativo demostrar que se es propietario:

“Acá en la isla es casi imposible tener títulos de propiedad porque los terrenos pasan de los papás... de los abuelos... y si uno va a preguntar eso te tramitan un montón. Eso a mí me llama la atención, porque la gente que vive toda la vida no puede tramitar, sacar su propio terreno, ¡y gente que viene de afuera en un dos por tres dice (...) es dueño!”

(Focus group isla Voigue, comuna de Quemchi, 2017).

“Si uno tenía un sitio ilegal, que no lo tenía con papeles, tenía que entregarlo, no más” **(Isleña, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).**

“La gente más antigua dice: ‘este caballero era dueño desde la playa hasta arriba, hasta el cerro’ (...) claro que lo ocupaba. Pero cuando vino este seccional, más o menos como en el año 85, ya ordenó la cosa. Ya esa persona, en vez de tener una hectárea de terreno, le dijeron “no, po’, ahora en el seccional usted tiene 300 metros cuadrados y eso es lo suyo porque por aquí va a pasar una calle’ (...)”

(Isleño, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

Este habitar no reconocido por el Estado y que de acuerdo a los testimonios mantiene vigente la enajenación de tierras, termina convirtiéndose en una suerte de “silencio geográfico” (Núñez et al., 2016) que genera una imagen de la insularidad como un espacio de nadie, como un vacío en el cual no se reconocen personas ni prácticas⁶, fenómeno que probablemente acelera la cada vez más pronunciada situación de migración, que quedó en evidencia tras el último censo. Lo significativo de esta amenaza es que ha impedido observar y valorar el potencial que esconde: los recursos que poseen y movilizan estas comunidades, junto con permitir un habitar en contextos geográficos “hostiles” (para quienes habitan conectados en el continente y, por sobre todo, en ciudades), constituyen un ejemplo valioso del cual es posible aprender formas de enfrentar las actuales crisis socio-ambientales y conflictos por superposición incompatible de usos. En tal sentido, se trata de experiencias valiosas que podrían aportar, por ejemplo, a una mejor gestión del riesgo de desastres (GRD).

Las islas son, por cierto, territorios donde es muy difícil el sustento económico, condición que obliga al despliegue de estrategias alternativas que han hecho posible el soporte de personas y comunidades. Esta capacidad, basada en satisfactores o prácticas que pueden ser entendidas como mecanismos de resiliencia (Evans y Reid, 2016), corre el riesgo de perderse si no es reconocida. Una consecuencia probable de esta amenaza es el desplazamiento no voluntario hacia zonas donde parece posible el bienestar, las que con frecuencia son imaginadas en la ciudad. En este derrotero, el anhelo de personas y familias puede terminar diluyéndose ante una realidad urbana donde además de ser difícil la obtención de ingresos, no es posible recrear los lazos de cooperación y reciprocidad que se daban en aquel territorio que se abandonó. Lo relevante es que son justamente dichos lazos los que sostienen un modo de vida particular y arraigado, que logra en definitiva articular lo individual con lo colectivo. Lo anterior no es automático sino que deriva de un conocimiento adquirido en el acto mismo de habitar, donde la movilización constante entre islas y fuera de ellas

⁶ Baste considerar la historia de las comunidades williche en la zona y sus reclamos de reconocimiento territorial y marítimo, las que muestran argumentos de sobra para testimoniar su presencia en ambas regiones (Reyes et al., 2011; Núñez et al., 2016).

ha favorecido a lo largo del tiempo la transferencia de experiencias que paulatinamente se acumularon en una memoria de naturaleza oral. En este sentido, las islas son “contenedoras” de un patrimonio que se explica y recrea en ellas (Fotografía 1).

Ahora bien, es posible observar que la dinámica que asegura la mantención de dicho acervo ha perdido fuerza. Los niños y niñas de las islas pasan gran parte del día en las aulas y salvo excepciones muy puntuales, todos deben irse hacia el continente o islas grandes y conectadas para continuar su educación media y superior. Al mirar hacia atrás, hacia sus islas, observan prácticas de vida que tienden a percibir desde una perspectiva negativa, como algo ya pasado que no es capaz de proveer aquello que sí es posible obtener en el continente. En esta valoración influye también la imagen que muchas veces presentan las instituciones, para las que resulta difícil invertir en esas zonas debido a los altos costos que esto implica. El mensaje implícito es que si se quiere disfrutar de la modernidad, es necesario irse. Ahora bien, la experiencia internacional indica que esto no necesariamente debe ser así, pues muchos países que poseen archipiélagos logran un nivel de desarrollo y bienestar significativo en las islas.

Fotografía 1: imagen compuesta de la Isla Chelín, región de Los Lagos



Se trata de una isla contenedora de memorias, habilidades y conocimientos que le son particulares. Lo mismo sucede con las demás islas habitadas en ambas regiones. Fotografía: composición en base a Bartulín, 2004.

Junto con la invisibilización, otro grave perjuicio que afecta a las islas es la homogeneización y la sobre intervención asistencial. Ello ocurre, por ejemplo, cuando el Estado aplica normativas y programas asumiendo que todas responden a una condición de ruralidad genérica rodeada por mar. Asimismo, las prácticas asistenciales, aun cuando son necesarias en algunos casos, tienden a fragmentar el tejido social, pues introducen lógicas de competencia entre personas, familias, organizaciones e islas. Finalmente, algo que ha logrado socavar los cimientos insulares es la implantación de lo privado como símil de seguridad y bienestar en un contexto muy restrictivo en el que lo colectivo muchas veces surge como una estrategia que asegura la convivencia insular. Es por ello que se hace necesario remirarlas las islas y a las y los isleños, enfocando la mirada en aquello que mantiene vigente un modo de vida que aun en escenarios de crisis logra generar satisfactores que permiten asegurar la subsistencia sin que las personas tengan que apoyarse exclusivamente en la posesión de bienes. En este marco, también resulta relevante visibilizar la capacidad que tienen las personas de otorgar utilidad a algo que en cualquier contexto continental es considerado como desecho. A propósito de esto último, es interesante constatar cómo estas familias logran transformar los escombros que se arriman a sus costas en objetos útiles, en artilugios, como sucede con los desechos de la industria salmonera convertidos en cercos, copas de agua, cimientos para las viviendas, embarcaciones auxiliares, columpios infantiles, etc.

Los isleños e isleñas logran movilizar su experiencia de tal forma que ésta se constituye en un recurso de enorme valor, imprescindible para mantener vigente su modelo de vida frente a los sucesivos cambios que experimenta el mundo. De allí que sea importante indagar en aquellos factores que la ponen en riesgo, centrando la mirada en ancestrales prácticas de movilidad actualmente son más difíciles de recrear debido a los marcos normativos que pretenden regularlas. Sin ellas, rápidamente las islas comienzan a demostrar un proceso traumático de inmovilidad que afecta principalmente a quienes se han quedado a vivir allí:

“(...) Los jóvenes no son el problema. En este momento el problema es la desesperanza de los (...) que se quedan acá”

(Profesora, isla Chuit. Entrevista semiestructurada, 2017).

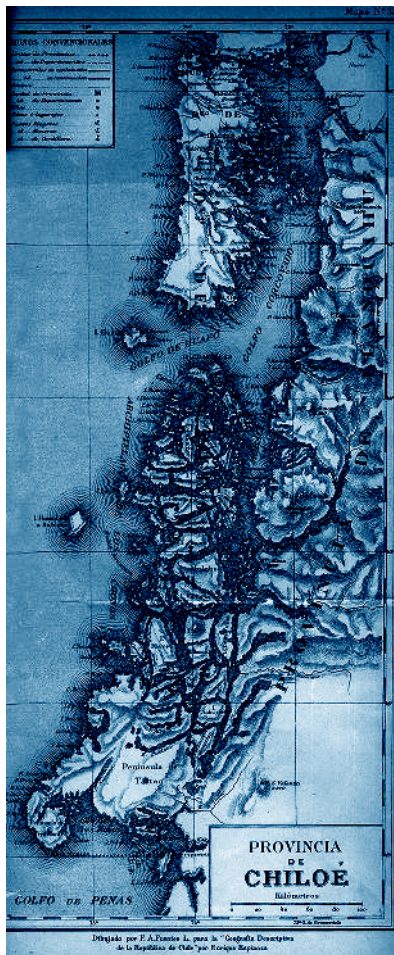
“No nos dejan salir adelante”

(Isleña, isla Autení. Entrevista semiestructurada, 2017).

Estos testimonios dan cuenta de un marco normativo que termina dificultando la movilidad. Cuando no se les permite navegar se restringe, por ejemplo, la posibilidad de las personas de acceder a trabajos fuera de sus islas, vender un animal, etc. Es aquí cuando el aislamiento, desde la perspectiva de esta población que se siente inmovilizada, cobra un nuevo sentido, es decir, no se trata del siempre presente distanciamiento físico respecto a un centro, el cual por lo demás se soluciona movilizándose como antaño; lo que aparece ahora es la forma en que dicho centro administrativo los aísla, impidiéndoles acceder equitativamente a la E.O. y participar. La frustración que ello conlleva es problemática pues incentiva aún más un discurso local que estimula la fuga de los más jóvenes y recarga el vínculo asistencialista hacia el Estado.

Las islas están pobladas hoy en día por “gente mayor”, salvo excepciones como aquellas que tienen sindicatos de pescadores activos y ofrecen oportunidades laborales *in situ* (FSP, 2016). Este proceso de envejecimiento, producto del despoblamiento, tiene una expresión material sobre el paisaje: huertas descuidadas dada la dificultad de producir en forma autónoma el sustento; deterioro en las viviendas e infraestructura local; problemas de salud propios del rango etario, que terminan restringiendo la reproducción de prácticas culturales propias de las islas; etc. En este contexto resulta necesario restituir la capacidad de desplazarse, dado que ésta permite recuperar y generar articulación entre un “afuera” que está lleno de oportunidades y enriquecimiento experiencial, y un “adentro” de cobijo y disfrute de los servicios ambientales únicos que poseen estas islas. Asimismo, en este ejercicio se juega también la posibilidad de que los jóvenes retornen a dar vida a estos *maritorios*, impulsados por un apego que sigue vigente a pesar de los prejuicios e imágenes que adquieren durante su proceso for-

Mapa 2: Provincia de Chiloé hasta 1927



Hasta 1927 los archipiélagos de Aysén formaban parte de la provincia de Chiloé. Fuente: Espinosa, 1897.

mativo y vivencial, y que los hace volver cada vez que pueden, ya sea para la recolección de luga⁷ o cuando hay festividades religiosas o un yoco⁸, etc. Quienes pueden hacerlo son principalmente quienes obtuvieron un título universitario de profesor o técnico en salud, pues son oficios que les permitirían ejercer en estos lugares. Pero también es posible pensar en especialización en cultivos marinos con algas y otras ideas que podrían convertirse en una oportunidad para levantar nuevamente proyectos de vida insulares seguros.

Es aquí donde se vuelve necesario pensar la posibilidad de promover una dinámica distinta para estos archipiélagos, donde también sean viables actividades cuyos beneficios se expresen en las islas y favorezcan a quienes las habiten, como por ejemplo la mitilicultura familiar o asociada a sindicatos, el procesamiento local de productos marinos o agropecuarios, el turismo local, etc. Lo anterior pasa por un marco que asegure ciertos mínimos para lograr que los beneficios tengan una distribución más equitativa. Por ejemplo, los países desarrollados, con un alto nivel de vida y consumo, demandan cada vez más extractos provenientes de las algas chilotas, lo que genera una cadena de extracción y comercialización que deviene en ingresos modestos para las familias insulares e impactos negativos sobre los sistemas ecológicos. Frente a esto surgen alternativas que permiten el desarrollo desde lo insular, como las áreas de manejo de recursos bentónicos isleñas (AMERB), las que potencialmente pueden recuperar un sistema natural muy deteriorado por sobre extracción no regulada o desechos provenientes de balsas jaulas y cultivos masivos.

En este escenario, este documento se plantea, por una parte, hacer un reconocimiento hacia las comunidades que siguen habitando aquello que muchas veces es visto como un “desierto” de islas, imagen que refuerza la idea de que sólo es posible vivir bien en las ciudades. Por otra parte, se trata de un ejercicio de problematización que quiere hacer visible el valor que esconde este archipiélago birregional, el que junto con las islas de Ma-

⁷ Alga de alto valor comercial.

⁸ Festividad y plato culinario que reúne a la comunidad y familias basado en la carne de chanco y subproductos asociados.

gallanes probablemente sea el más extenso del globo y que está siendo postergado desde hace décadas, restringiendo el potencial que tiene como nicho de buen vivir (Gudynas, 2011; Acosta, 2013; Escobar, 2014).

Se ha decidido en este caso abordar las regiones de Los Lagos y Aysén como una unidad archipelágica, lo que permite respetar una identidad funcional histórica que trasciende los límites político-administrativos⁹ (Mapa 2). Asimismo, se ha excluido a la Isla Grande de Chiloé y a islas de gran tamaño, como Puluqui, Quinchao y Lemuy, pues su comportamiento actual es más bien continental dada la fluida conectividad que las vincula con tierra firme.

Históricamente, estos espacios han demostrado ser una continuidad con diferenciaciones más que una frontera entre dos unidades opuestas. Ahora bien, se observa un patrón de asentamiento muy particular: mientras que en Los Lagos existe una ocupación insular dispersa, en Aysén ha sucedido algo muy similar a lo que ha experimentado la región de Magallanes: su insularidad constantemente es sometida a la concentración de sus pobladores en villorrios o poblados costeros que deben ser urbanizados para ser reconocidos como susceptibles de recibir beneficios de la E.O. público-privada. La actual división político-administrativa ha generado conflictos constantes que no han sido subsanados, principalmente en torno a la pesca artesanal y la explotación de recursos marinos de valor comercial, debido a que un importante volumen de lo capturado es llevado hacia la región de Los Lagos y declarado allí. Ello se debe a que en esta última región las especies muestran signos de sobreexplotación, situación que obliga a que un número importante de embarcaciones se traslade hacia los canales australes donde aún es posible su pesca. A través de esa labor reactivan conocimientos adquiridos antaño por las generaciones previas, las que construyeron una cartografía oral de estos canales durante siglos. En dicha dinámica, el Estado invierte en la región de Aysén bajo una modalidad que se interpreta como “compensación” a ojos de los y las isleñas de Aysén, pero bajo un criterio que no garantiza la sustentabilidad de las principales pes-

⁹ Estos, definidos con el objeto de promover la colonización, derivaron “(...) en la conformación de una administración obstructiva a los lazos parentales y rutas de navegación y extracción previamente consolidados” (Álvarez, Gajardo y Ther, 2016: 138).

querías y, más aun, genera un malestar que se traduce en movimientos que buscan recomponer estos *maritorios* dañados ante los cuales se implementan ayudas puntuales que actúan en forma de paliativos.

Para el análisis de todas estas dinámicas se ha decidido también retomar el concepto de maritorio, que permite constatar que el habitar insular existe en la medida en que sus portadores movilizan su cultura a bordo de embarcaciones, “sembrándola” en las costas y dinamizando una forma de vivir donde se imbrica lo material con lo simbólico. Esto es propio del modelo consuetudinario (Skewes, Álvarez y Navarro, 2012), entendido como un marco de prácticas, conocimientos y valores que son transmitidos y consolidados oralmente. En dichas prácticas, además, convive lo individual con lo colectivo, binomio articulado por la construcción / mantenimiento de lazos de cooperación y reciprocidad que le dieron sostenibilidad al modelo en las condiciones insulares. El mejor ejemplo de esto, como se ha mencionado anteriormente, lo constituye el uso de corrales de pesca (Fotografía 2) (Álvarez et al., 2008), dispositivos históricos de captura de peces (hoy en desuso por falta de este recurso) que eran fabricados con piedras y ramas, y que eran de propiedad familiar (a semejanza de lo que se considera propiedad privada). Cuando la pesca era abundante, la captura era compartida con otras familias, pues existía una compleja arquitectura de procedimientos y creencias que aseguraba la equidad en el acceso a los servicios ambientales. Junto a ello, eran frecuentes —y lo siguen siendo, pero fragmentariamente— los ejemplos donde se activaban ejercicios de tipo colectivo, dinamizados por una solidaridad vivida y aprendida: por ejemplo, las mariscaduras comunitarias, la siembra de papas, la cosecha de manzanas, la construcción de viviendas, las mingas¹⁰ y los medanes¹¹. Se trata de prácticas en las que además se observa una relación trascendente con el territorio, que a menudo se expresa en rituales que apelan (y agradecen) a la generosidad de la naturaleza¹². En paralelo, y para reforzar los vínculos que se recrean, los ejercicios festivos implican un ejercicio donde además está presente la comida, la conversación, etc.

¹⁰ Trabajo colaborativo basado en obsequiar la fuerza de trabajo en pro del bienestar de otro(s), el que es retribuido más tarde (cuando se necesite el apoyo de la comunidad) y en el momento, con comida y festejo.

¹¹ Acto colaborativo que implicaba obsequiar muebles o implementos básicos a una familia con casa nueva.

¹² Treputo, uso de piedras quepuca, rogativas marinas, etc. (ver Álvarez, 2012).

Fotografía 2: corral de pesca en isla Apiao, región de Los Lagos



Fotografía: Jeannette Fredes, 2004.

Hoy, cuando estas comunidades tienen muchas dificultades para obtener el sustento económico, y en un contexto donde priman dinámicas de inserción laboral de tipo dependiente y precarizada, se tiende a devaluar el rico acervo que se despliega a partir de esta manera de ser y actuar, que se muestra más bien como una práctica que no se condice con la eficiencia que debería regir en un modelo orientado exclusivamente hacia lo productivo (Álvarez y Ther, 2016).

Puerto de Melinka en isla Ascensión, Aysén. Fotografía: Ricardo Álvarez, 2010.



Método

Este estudio, desarrollado durante el año 2017, forma parte de la investigación sobre insularidad desarrollada por la Fundación Superación Pobreza en las regiones de Los Lagos y Aysén a través del área Propuestas País. Como precedente existe un estudio desarrollado en el año 2016, llamado Crisis en el habitar insular: representaciones, significados y sentimientos de los habitantes del mar interior de Chiloé sobre la crisis sociocultural y productiva de la isla, sus dinámicas presentes e imágenes del futuro, el que fue publicado en el año 2017¹³. Para la presente investigación se desarrolló un importante trabajo de campo (Fotografías 3 a la 6), se realizó una centena de entrevistas semiestructuradas y entrevistas grupales, tanto en islas menores de la región de Los Lagos como en la isla Ascensión en Aysén. Esto permitió enriquecer una base de datos similar en tamaño levantada en el transcurso del estudio previo de 2016.

Como complemento se accedió a la base etnográfica construida en el marco del proyecto Fondecyt N°1121204 llamado *Geoantropología de los imaginarios del Mar Interior de Chiloé: itinerarios de temporalidades y apropiaciones socioculturales marítimas* (2012-2016) y a material reciente recabado en el marco del proyecto Fondecyt N°1171827 *Coastal behaviors settings: por una Antropología de la Recomposición Territorial en el Archipiélago de Chiloé* (proyecto en curso). También se recurrió a la extensa base de datos levantada en el marco de la aplicación de una encuesta de suministro eléctrico efectuada por la Comisión Nacional de Energía en el año 2004 (en adelante CNE-PNUD, 2004).

A esta investigación aportaron dos tesis de pregrado y dos prácticas profesionales asociadas a la Fundación Superación Pobreza y al programa Servicio País. Además, colaboró activamente desarrollando entrevistas semiestructuradas el equipo de profesionales Servicio País de la comuna de las

¹³ <http://www.superacionpobreza.cl/wp-content/uploads/2017/06/Estudio-Crisis-del-habitar-insular-FSP-Los-Lagos.pdf>

Guaitecas. Finalmente, este estudio no podría haberse realizado sin el apoyo de los Servicios de Salud Reloncaví y Chiloé, los equipos médico-rurales de ambas zonas marítimas, el apoyo de la V Zona Naval y Cornav Austral. Los buques PMD-74 *Cirujano Videla* y PSG-71 *Micalvi*, sus comandantes y tripulación, fueron claves para el acceso al archipiélago de la región de Los Lagos y la aplicación de herramientas de levantamiento de datos.

Durante el transcurso de este estudio, sus contenidos y reflexiones fueron examinados de forma constante por académicos y especialistas del equipo del programa Atlas de la Universidad de Los Lagos, así como académicos e investigadores de la Universidad Austral y profesionales ligados a proyectos e iniciativas de investigación tanto en Los Lagos como en Aysén. Finalmente, las islas no cubiertas fueron asumidas recurriendo a información secundaria experta y no experta.

Fotografías 3 y 4: Trabajo de campo en la región de Los Lagos



Desarrollando trabajo de campo en isla Chaullín, región de Los Lagos, junto a dos ex profesionales Servicio País.



Niños de isla Chuit, en la región de Los Lagos, junto a profesionales del MMA y docentes. Al fondo, el buque PMD-74 *Cirujano Videla*.

Fotografías: Ricardo Álvarez, 2017.

Fotografías 5 y 6: Entrevistas individuales y grupales desarrolladas en Melinka, región de Aysén



Fotografías: Trinidad Vega, 2017.

Habitar en islas en el mar interior de Chiloé y en los canales australes

Vivir en las islas de Chile significa ser significativamente invisible (Mapa conceptual 1), una condición que en parte es consecuencia de la falta de información existente, la que generalmente está contenida en bases de datos de escala comunal que son muy difíciles de desagrupar. El ejemplo más paradójico de ello es probablemente isla Tenglo, a escasos 200 metros de Puerto Montt, capital regional de Los Lagos, donde la influencia de lo urbano hace que los reclamos de sus habitantes por caminos, alcantarillado y otros elementos básicos sean absorbidos y desaparezcan en una nube mayor de requerimientos de la ciudad y la comuna. Con esto, las biografías de los isleños también son invisibilizadas, cuestión que genera un profundo malestar:

“Jamás nadie se ha acercado a decirme: “Oye, ¿cuál fue tu vida? ¿Cómo creciste? ¿Cómo crecieron tus hijos?”, nada”
(Isleña, isla Ascensión. Entrevista grupal, 2017).

Se trata de una realidad propia de uno de los archipiélagos más importantes del mundo¹⁴ y donde se ha instalado una imagen que recrea a las islas como zonas inhóspitas o inviables para el habitar humano, lo que contrasta con otros sistemas insulares en el planeta, que en condiciones similares han logrado un desarrollo tecnológico y humano importante. Los archipiélagos nacionales, más bien, son considerados como espacios de extracción de materias primas y más como un problema que como una oportunidad.

Cuando se habla de insularidad es necesario cambiar la mirada tradicional que se tiene sobre estos espacios ya que buena parte de los referentes con-

¹⁴ Considérese, por ejemplo, que la región de Los Lagos posee aproximadamente 4.600 km lineales de costa (FSP, 2016), con un centenar de islas e islotes (al menos 41 de ellos habitados) mientras que la región de Aysén posee al menos 24.000 km lineales de costa, con al menos 7.000 islas e islotes (Álvarez al., 2017), donde los habitados se reducen a menos de diez.

ceptuales no dan cuenta de las interacciones que allí se dan. Por ejemplo, aquella zona en la que se encuentran el mar y la tierra, y a la que usualmente se denomina borde costero o línea costera, es un lugar de transición donde la expansión y constricción constante del mar genera una actividad cuyos ritmos son determinados por la luna, el clima y las épocas del año. Se trata, en definitiva, de un espacio rico en prácticas y dotado de un tiempo propio al que han sabido adaptarse las poblaciones insulares, donde la experiencia concreta de dicho vínculo se acumula y transmite a través del ejercicio de la memoria local, espacio de significación donde están contenidas las distinciones sobre las cuales se articula el habitar en estos espacios. Un ejemplo de ello lo constituyen las zonas denominadas “bajos”, donde existe una gran diversidad biológica. Dichas zonas son ampliamente reconocidas a nivel local, donde el relato alcanza un grado de detalle que resulta sorprendente, pues permite distinguir aquellos elementos que permiten su uso cotidiano. Las piedras de dimensiones considerables, por ejemplo, son “rotuladas” cada una con un nombre, un topónimo, lo que las convierte en hitos de referencia que permiten monitorear el movimiento de las mareas o indicar la existencia de especies que usualmente se cobijan en ellas, como congrios, caracoles o erizos, entre muchos otras.

Ahora bien, esta condición de interfaz, en tanto espacio donde se desarrolla una manera de habitar de carácter consuetudinaria, suele aparecer dislocada de un marco normativo que establece límites que no necesariamente están contenidos en la cotidianeidad de su uso. Así, la legislación nacional define el mar y la tierra como entes independientes y define un marco de actuación diferencial que al no considerar esta transición, termina perturbando las prácticas que allí se despliegan.

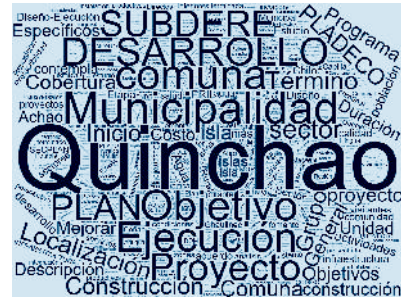
Esto es traumático para sus habitantes porque los sitúa en un escenario que tensiona sus modos de vida y las prácticas de movilidad que despliegan. Antaño, el acceso al mar estaba mediado por ritualidades y tabúes que motivaban a las personas a realizar ceremonias colectivas en las que dejaban obsequios bajo la arena o sobre ésta para que el, la o los espíritus tutelares del lugar tuviesen consideración con las familias (Álvarez et al., 2008). De esta forma, los espacios eran considerados como “sujetos” con los cuales se interactuaba en forma bidireccional y respetando una ética

profunda. Hoy en día, sin embargo, se puede observar un fenómeno de cosificación creciente, donde el valor del lugar se establece exclusivamente en función del rédito económico que puede dar.

Mapa conceptual 1: Nubes de palabras desarrolladas por los Pladecos que contemplan el concepto *isla*



Pladeco 2012-2017 de Las Guaitecas, en Aysén. Al analizar el contenido del texto se advierte cómo el concepto isla está minimizado y casi desaparece del texto (entre las letras “a” de plan y “e” de fuente).



Pladeco 2009-2012 de Quinchao, en Los Lagos. El concepto aparece casi en la misma posición. Lo relevante de ambas figuras es que ambos Pladecos al menos incluyen este concepto. En el resto de las comunas de ambas regiones que poseen islas ocurre que la palabra isla es tan pequeña que se hace invisible o simplemente no existe en el texto Fuente: Elaboración propia en base a Planes de Desarrollo Comunal (Pladeco) de comunas con insularidad de ambas regiones, utilizando la herramienta online Nube de Palabras¹⁴.

Fotografías: Ricardo Álvarez, 2017.

14 <https://www.nubedepalabras.es/>

Fotografía 7: instalación de tendido eléctrico en isla Autení



La instalación eléctrica afecta el área frontal de la capilla destinada a la recreación desde un ceremonial religioso. Esta morfología, conocida como reticular (obsérvese la línea recta continua de postes hacia el horizonte), demuestra cómo la lógica de implementación de obras estatales y privadas obedece a requerimientos exógenos (transformar el paisaje para abaratar costos de inversión) y no a un modelo local de carácter dendricular, que adecua lo humano al paisaje. No se trata de un cuestionamiento hacia el tendido eléctrico, pues es una necesidad hoy cumplida para la comunidad, sino a la manera disruptiva en que éste se instala.

Fotografía: Ricardo Álvarez, 2017.

Fotografía 8: Isla Apiao, archipiélago de Quinchao



Se observa cómo los predios agropecuarios e incluso el sistema de corrales de pesca (mitad inferior de la imagen) en la playa se adaptan a la morfología insular, lo que otorga un característico patrón dendrítico al paisaje insular de Los Lagos.

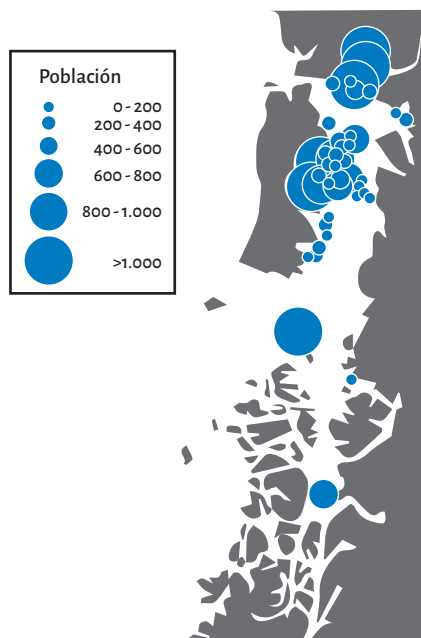
Fotografía: Drago Bartulín, 2004.

Lo anterior da cuenta de la permanente tensión entre el “territorio vivido” y el “territorio normado”, donde el primero: “(...) remite a múltiples experiencias de apropiaciones que se dan en el tiempo y cuyo transcurrir orienta variadas formas de vivir y habitar, y cuyas regulaciones se basan principalmente en las costumbres” (Ther, 2012. P. 13), mientras que el segundo, “(...) básicamente de tipo político, busca producir encuadres convenientes, eliminando la multiplicidad a través de una única mirada” (op. Cit. P. 13).

Una mirada al territorio

La población que habita estos archipiélagos -sin incluir a la Isla Grande de Chiloé sino que sólo a sus islas menores- es de aproximadamente 32 mil personas (al menos 30.000 en Los Lagos¹⁶ y unas 2.500¹⁷ en Aysén) (Mapa 3). Cuatro islas en este marco poseen municipios: isla Caicaén (Calbuco, conectada con piedraplén al continente); Quinchao (posee dos municipalidades), isla Lemuy en la región de Los Lagos; y la isla Ascensión en la región de Aysén.

Mapa 3: población radicada en islas en las regiones de Los Lagos y Aysén



La figura excluye a la Isla Grande de Chiloé.

Fuente: elaboración propia en base a CNE-PNUD 2004.

¹⁶ En base a Censo 2002 y CNE-PNUD 2004.

¹⁷ En base a Censo 2002.

Archipiélago de Chiloé

Por una parte, y como se señaló previamente, las islas menores de la región de Los Lagos¹⁸ poseen un largo historial de poblamiento caracterizado por una importante dispersión habitacional (Fotografía 9), donde se despliega un complejo entramado de parentescos que vincula a las islas entre sí y a éstas respecto a la Isla Grande y el continente (Álvarez, Nuñez y Bahamonde, 2017). En el Censo 2017, en 40 de las islas menores¹⁹ se contabilizaron 11.850 personas. Estas mismas islas, ponderando el Censo 2002 y CNE-PNUD 2004 a manera de referente previo, contabilizaba para la década previa al menos 16 mil personas. Esto es preocupante pues implica la pérdida de al menos cuatro mil personas, lo que en un contexto insular es altamente significativo. Estas islas menores²⁰ representan 679 km². Por tanto, la densidad poblacional hacia la primera década de este milenio era de aproximadamente 23 personas por km², cifra superior a la de la región (14,7 hab/km²) y el país (19,9 hab/km²). Pero ante la situación de despoblamiento actual, la densidad baja a 17 personas por km². ¿Por qué es importante acotar esto? Porque hacia principios del siglo ~~XX~~ las densidades históricas para este mismo conjunto duplicaban esta cifra, dando cuenta de un tipo de ruralidad muy distinto al patrón continental. De hecho, sus altas densidades explicaban la razón del modelo consuetudinario y este engranaje de procedimientos que buscaba el cuidado entre las personas en su acceso a la naturaleza y aprovechamiento de la misma (Fondecyt 1171827). Actualmente, las cifras en las ciudades y pueblos de islas mayores y el continente se incrementan velozmente y las islas se despojan tanto de su gente como de su modo de vida. Otra razón para poner atención a esto es que las políticas públicas estandarizadas se aplican asumiendo que las islas son rurales y por ello se las estandariza como si fuesen fragmentos de la ruralidad continental. Sin embargo, su mayor densidad obliga a repensar otra forma de abordarlas.

¹⁸ Que comprenden el llamado mar interior de Chiloé, compuesto por tres provincias: Llanquihue, Chiloé y Palena.

¹⁹ Acuy, Autení, Alao, Añihué, Apiao, Aulín, Butachauques, Caguach, Cailín, Caucahué, Chaulíneq, Chaullín, Chelín, Cheniao, Chuit, Chulín, Coldita, Cuar, Huapi, Abtao, Imerquiña, Laitec, Linlín, Llancahué, Llanchid, Llingua, Maillen, Mechuque, Meulín, Nayahué, Quehui, Quenac, Quenu, Queullín, Tabón, Tac, Talcán, Taucolón, Tenglo, Teuquelín y Tranqui.

²⁰ Excluyendo, como se señaló, a la Isla Grande de Chiloé y a las islas Caicaén, Puluqui, Quinchao y Lemuy.

Fotografía 9: dispersión poblacional característica de la insularidad de la región de Los Lagos



En la imagen se observa la isla Meulín, en la comuna de Quinchao.

Fuente: composición basada en fotografías aéreas de Drago Bartulín, 2004.

En este patrón histórico de poblamiento ha estado siempre presente, con diferentes grados de intensidad, el vínculo con la estructura de oportunidades, cuya actuación en ocasiones ha debido adecuarse a esta dispersión poblacional que es, al mismo tiempo, densa. Un ejemplo concreto puede apreciarse en los innumerables proyectos de caminos que conectan a las islas en todas direcciones, los que permiten ocupar áreas centrales de éstas que antes estaban despobladas. Para sus habitantes se trata un “adelanto” que les permite un acceso más fluido a sus viviendas (Mapa 4):

“Porque ahora ya que están los vehículos, ya la persona que tiene, hacerle camino a su casa es bueno, porque llega hasta la puerta de su casa con las cosas”

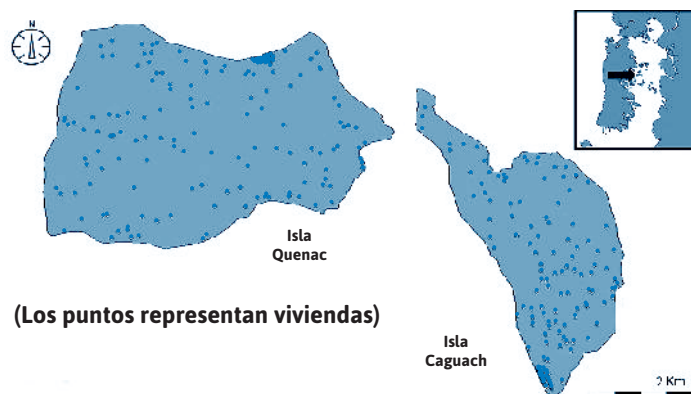
(Isleña, isla Apiao. Entrevista semiestructurada, 2014).

Paralelo a ello, se ha hecho necesario que otros proyectos, como redes de agua, luz eléctrica, postas, etc., también se adecuen a esta condición. Sin embargo, se advierte cada vez más que la E.O. tiende a concentrar a los habitantes en determinados puntos de las islas para implementar nuevas obras, sobre todo cuando son externalizadas, pues se implementan en función de criterios de optimización económica y cobertura poblacional. Así, una isla cuyos habitantes viven en forma muy dispersa ve disminuidas sus posibilidades de atraer inversión en este sentido.

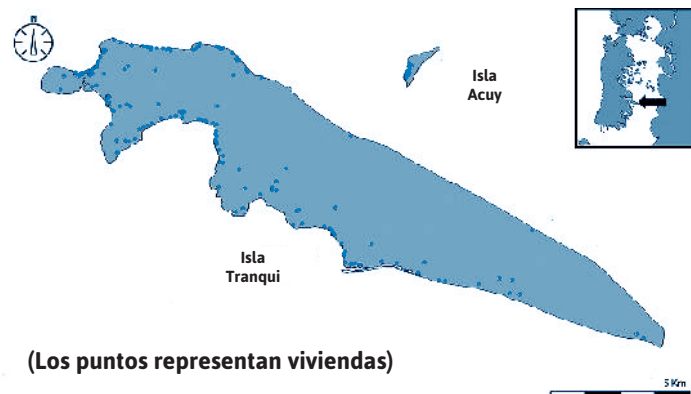
En general, en este derrotero, las poblaciones que habitan estas islas han llegado a desplegar un modo de vida donde las prácticas de carácter consuetudinario se alternan con trabajos asalariados inter insulares y fuera de sus terruños. Se suma a ello la participación activa en pesca artesanal (formal e informal), venta en ferias urbanas y cada vez con mayor frecuencia en experiencias de acuicultura colectiva o familiar (formal e informal). Esa estrategia de diversificación ha permitido combinar la autoproducción de alimento y bienes²¹ con la adquisición de elementos cuyo acceso sólo es posible a través de un pago (alimentos, equipamiento, electrodomésticos, financiamiento de educación, créditos, etc.).

²¹ Las familias que viven en este archipiélago señalan que las mayores motivaciones para mantener sus proyectos de vida son la tranquilidad y los servicios ambientales propios de estas islas, que les permiten satisfacer muchas necesidades fundamentales sin mediar dinero.

Mapa 4: tipos de asentamientos insulares en la región de Los Lagos



Islas Quenac y Caguach, en la comuna de Quinchao, con un tipo de asentamiento más bien moderno, asociado a la proliferación de caminos vehiculares internos que favorecen la construcción de viviendas en el centro de la isla. En ambas islas, además, se observan los asentamientos más antiguos, centros neurálgicos que se remontan al siglo XVIII y que hoy concentran las inversiones públicas.



Islas Tranqui y Acui, en la comuna de Queilen, que aún mantienen un poblamiento asociado al borde costero, directamente vinculado a la escasez de rutas vehiculares en el interior y el protagonismo de la conectividad a través de embarcaciones.

Fuente: Fondecyt 1171827.

Ahora bien, cabe destacar que gran parte del modelo tradicional de subsistencia está basado en la existencia de servicios ambientales cuya dinámica está siendo amenazada por factores de carácter antrópico cuyo impacto se combina y multiplica. Entre estos destacan la eutrofización del mar (causada principalmente por la industria acuícola, vertimiento de grandes volúmenes de basura y desechos al mar, uso de abonos químicos, etc.) y la sobreexplotación de recursos pesqueros por parte de la actividad artesanal e industrial. Asimismo, a este escenario se suman otras problemáticas de carácter social como los problemas para trabajar²², la falta de valoración de oficios tradicionales²³ y los requerimientos que impone la E.O. para acceder a ella²⁴. En este marco se refuerzan los lazos de dependencia respecto del Estado, donde además es necesario mostrar un conjunto de carencias para obtener beneficios. Esto ha mermado la conciencia colectiva sobre la capacidad local para resolver la vida de forma autónoma, lo que se expresa en un malestar que deriva en una imagen que actúa expulsando a la población, debilitando aún más las posibilidades de reproducción del habitar tradicional.

Las ciudades, en este escenario, son vistas como espacios donde es posible el logro de mayores niveles de bienestar, es decir, donde es más probable la obtención de un trabajo que junto con un mayor reconocimiento, amplíe el horizonte de desarrollo individual familiar a un menor costo²⁵. Asimismo, lo urbano se fija como el lugar donde el individuo puede perfeccionarse, ya sea siguiendo una carrera técnica o profesional. En este caso, a la promesa de un mayor reconocimiento se suma la ampliación de las posibilidades de movilidad, por cuanto se multiplican las opciones de enganche a las oportunidades, incluso fuera de la región de residencia habitual. Ahora bien, la decisión de migrar implica también un riesgo que muchas veces se transforma en un costo asociado como, por ejemplo, habitar en espacios no seguros y pasar a depender exclusivamente del ingreso para resolver la vida.

²² Sea por falta de educación media completa o normas que regulan la movilidad, entre otros.

²³ El ser campesino, pescador o recolector son vistos en términos de un arquetipo altamente devaluado en nuestro país, casi como algo que se contrapone a una visión de desarrollo.

²⁴ No contar con títulos de dominio inscritos, analfabetismo digital, etc.

²⁵ Por ejemplo, lograr un kilo de papas en el campo requiere de al menos seis meses de trabajo físico, a lo que actualmente se agrega la inversión en abonos químicos y fungicidas. En contraste, en la ciudad dicho esfuerzo se sobre simplifica en la forma de una transacción económica que alcanza aproximadamente \$600 pesos.

Archipiélago de Aysén

Las islas de Aysén también tuvieron una ocupación precolombina, pero después del impacto causado por el arribo europeo a las costas de Chiloé, sus poblaciones migraron hacia el sur o fueron incorporadas, muchas veces en forma forzada, a los procesos de mestizaje chilote (Álvarez, 2002). Durante los primeros siglos de colonización europea, innumerables familias williche de Chiloé interactuaron con canoeros en este lugar, generando pequeños asentamientos en el litoral, donde junto con actividades de recolección fue posible el cultivo y la cría de ganado en pequeña escala (Moraleda, 1888 [1796]. P.23). Hacia el siglo XIX, pescadores y cazadores chilotos, en función de la posibilidades de extracción de especies de interés comercial, desarrollaron patrones de movilidad que poco a poco posibilitaron la formación de una economía insular basada en la existencia de pequeños empresarios, residentes en Chiloé o en el continente, que operaban contratando a cuadrillas de trabajadores, las que se desplazaban por varios meses para recolectar y ahumar cholgas, cazar nutrias y lobos marinos para pieles, o para elaborar estacas o postes a partir de la tala de cipreses. Esta modalidad implicaba un desembolso previo, sufragado por el empresario, por concepto de víveres y otros elementos necesarios para la temporada, los cuales eran considerados como un adelanto que posteriormente debía ser pagado por el trabajador. Muchas veces las ganancias no eran suficientes para cubrir estos costos, situación que obligaba a partir nuevamente hacia las islas.

Es en este contexto que surge Melinka, en isla Ascensión, como centro de explotación de cipreses, y las islas Huichas, donde se extraían moluscos. Tras las fiebres extractivas y la desregulación del mar implementada en los años 80 por la dictadura militar, se incrementó la población de estas islas y se crearon nuevos asentamientos, como Gala, Puerto Gaviota (en la isla Magdalena) o isla Atilio. Lo interesante en este caso es que a sus habitantes se les señalaba como “colonos a pesar suyo” (Martinic, 2005. P. 387) debido a las precarias condiciones en las que habitaban, generalmente pequeñas “ranchas” de plástico que emulaban el esquema arquitectónico de antaño, cuya materialidad estaba compuesta por fibras vegetales (Fotografía 10).

“Una rancha significa que hacen un cuadrado, lo techan con paja, paja por las orillas, y no había piso... ¡pura tierra! Ese era el piso”
(Mujer isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

Fotografía 10: campamento de plástico en isla Atilio



La imagen corresponde a la época de las fiebres extractivas en isla Atilio.

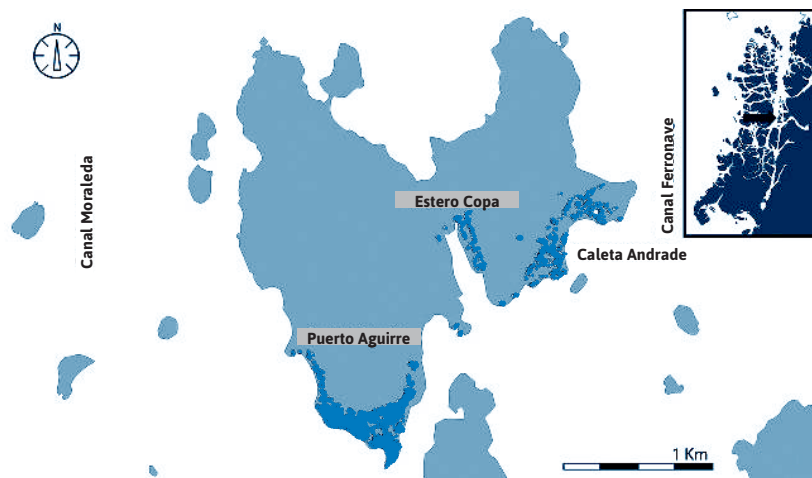
Fotografía: Balcells, I. 1988. Aysén, Carta del Mar Nuevo. Pesquera Friosur, Chile.

A la larga, los pescadores que generaron estos espacios llevaron consigo a sus familias de forma permanente. En ello participaron muchos “nortinos” provenientes de la costa central y el norte del país, pero también muchos chilotes. Durante las últimas décadas de salmonicultura también ha ocurrido un nuevo fenómeno de incremento de la población, aun cuando de carácter estacional. Salvo excepciones, como el incipiente asentamiento en isla Churrecue, no se observa la creación de nuevos poblados. Los existentes presentan escasa conectividad interna y sus habitantes se agrupan en el borde costero (Mapa 5).

Mapa 5: tipos de asentamientos insulares en la región de Los Lagos
(El mapa muestra la localización en el borde costero sin ocupación en el interior)



isla Ascensión, comuna de Las Guaitecas. Se observa Melinka (derecha, abajo), la capital comunal, y en el extremo izquierdo Repollal Alto (asentamiento muy antiguo) y Repollal Bajo, reciente históricamente.



Puerto Aguirre, que evidencia la misma dinámica.

Fuente: Álvarez et al., 2017.

La población en estas islas ha aumentado, a diferencia de lo que sucede en el mar interior de Chiloé, pues si en 2002 fueron censadas 2.587 personas, hoy, tras el Censo 2017, se advierten 2.930. Este incremento probablemente obedece a la urbanidad implementada en estas islas, lo que facilita que la E.O. -frecuentemente continental- se acerque con más facilidad, por lo que existen trabajos asalariados –limitados, por cierto- que permiten que un número determinado de jóvenes que logra formación técnico-profesional en el exterior tenga oportunidades de proyectarse en ellas. La estrategia económica predominante es la pesca demersal y bentónica, con escasa agricultura y ganadería, aunque la memoria oral refiera constantemente que ambas opciones son posibles y generosas si se dedica tiempo a ello, tal como hacían las familias más antiguas, las que vivían dispersas en estos parajes. El clima significativamente lluvioso genera una alta presión sobre los bosques locales, destinados a la producción de leña, aunque estos aún no alcanzan los niveles de deforestación que se observan en las islas de Los Lagos.

La geometría del poder entre continente e insularidades

La heterogeneidad de estos archipiélagos contrasta con la imagen simplista que de ellos se genera desde el continente. De hecho, cada una de estas islas posee diferencias importantes entre sí, lo que se manifiesta, por ejemplo, en las estrategias económicas desplegadas por las familias que las habitan: mientras que en algunas de ellas predominan las actividades asociadas a la pesca y extracción bentónica, en otras toman mayor relevancia otras labores, como, por ejemplo, las agropecuarias o la recolección informal de algas (FSP, 2016). Esto es relevante pues deriva de un ejercicio colectivo donde en forma paulatina se definen las vocaciones productivas específicas en función de las condiciones existentes, sean éstas contingentes o estructurales. En dicha dinámica es muy relevante identificar el acervo de conocimientos, valores y prácticas internas que se despliegan, pues se trata de dinámicas continuas de adaptación, entre las que resalta la movilización de recursos como la creatividad y el saber

local. Esta heterogeneidad se puede observar incluso al interior de cada isla, la que es reconocida a través de topónimos particulares. Esto implica, además, que frente a un elemento contingente, por ejemplo, la apertura de un nicho económico asociado a la explotación de algas, las respuestas que desarrollan las comunidades insulares (intra e inter) no necesariamente serán las mismas.

Es justamente esta diversidad de manifestaciones la que posibilita, dentro de ciertos límites, la capacidad de adaptación que se construye al fragor de la vida diaria, donde es menester el despliegue de soluciones para enfrentar problemas comunes que amenazan con romper la autosuficiencia histórica. Más aun, dicha capacidad se actualiza constantemente debido a que es posible extender la experiencia obtenida de este ejercicio a otras islas. Esto, gracias a una red de aprendizaje sostenida por dispositivos eminentemente orales cuyo despliegue es posible, además, dada la existencia de lazos de cooperación y reciprocidad. Ahora bien, lo anterior implica que se trata de una dinámica que sólo puede desarrollarse al interior de la red, es decir, en la medida en que se pueden efectivamente activar dichos lazos²⁶. Esto significa que un individuo que se encuentra fuera de ella, por ejemplo, en la ciudad, aun teniendo el conocimiento/experiencia, no podrá desplegar la capacidad de adaptación que adquirió en su lugar de origen. Es justamente lo que sucede a menudo en quienes, siguiendo el imaginario de bienestar asociado a lo urbano, se enfrentan a siniestros imprevistos como el cierre brusco e inesperado de fuentes laborales. En este escenario, y ante la imposibilidad de contar con una red de apoyo, se ven obligados a solicitar la asistencia del Estado, la que, aun siendo necesaria y legítima en el marco de una política basada en derechos, puede derivar en relaciones de dependencia y subordinación que no hacen sino lesionar su

²⁶ La reciprocidad implica la posibilidad de reclamar de vuelta, de requerir un apoyo cuando se lo necesita.

bienestar y dejar a las personas en una situación aún más vulnerable ante nuevos siniestros o crisis futuras.

Ahora bien, es relevante considerar que este enorme despliegue de fuerza creativa se dinamiza en el marco de un contexto en el que la estructura de oportunidades, junto con definir requerimientos de acceso que tensionan las formas históricas de habitar, determina un tiempo cuyas velocidades son marcadamente mayores que los ritmos locales. En este sentido, y dado el peso que tiene esta estructura, en estos archipiélagos se despliega una geometría de poder (Massey, 2007) inequitativa e injusta que valora los tiempos locales de forma negativa. De esta forma, el Estado, sobre todo cuando actúa en base a modelos de gestión altamente centralizados, termina imponiendo condiciones político-administrativas fuertemente normadas que generan un paisaje rígido y homogéneo, dotado de una temporalidad a la que hay que adecuarse:

“Yo tengo que viajar siempre a Valparaíso o a Santiago, a veces por un trámite que es menor, pero que aquí en Puerto Montt nadie (resuelve)... porque en la región nadie “corta”. Todo es consultivo y nada es resolutivo. Tienen sus representantes acá, pero que no cortan ni pegan. Entonces no nos sirve. Hay que ir a buscar soluciones afuera”

(Dirigente de pesca artesanal, Puerto Montt. Entrevista semiestructurada, 2017).

Las figuras administrativas²⁷ aceptadas e incorporadas por los pescadores artesanales isleños para desarrollar su quehacer, como las Áreas de Manejo y Explotación de Recursos Bentónicos (AMERB), la pesca de investigación y las concesiones acuícolas, constantemente están cambiando y muchas veces la velocidad con que se informan o los procedimientos aplicados para informar no permiten a estas

²⁷ Ley General de Pesca y Acuicultura N°18.892.

comunidades estar al tanto de ello. Esto es importante, pues en un escenario donde el uso del espacio marino sigue lógicas más bien competitivas, la información juega un rol clave en tanto recurso que otorga ventajas comparativas frente a otro. Así, estar desinformado implica un obstáculo que, además, se traduce en una invisibilización que termina resultando excluyente. Muchas veces esto promueve un actuar por fuera del marco normativo que se supone debe regular la actividad pesquera. Además, las familias isleñas que no poseen espacios administrativos, pero sí una historia consuetudinaria en el lugar, cuestionan el sesgo comercial que tienen las alternativas legales de uso, situación que revela “(...) un conjunto de falencias en las políticas sectoriales implementadas, las que excesivamente se enfatizan en fomentar la productividad de la actividad extractiva dejando de lado consideraciones básicas de sustentabilidad e interacciones humanas que ocurren a lo largo del borde costero” (Valderrama, 2009: 14). Frente a esto es necesario preguntarse, por ejemplo, ¿qué sucede con los y las recolectoras de orilla informales, quienes recogen algas y mariscos en el intermareal, lo que localmente se denomina “recolector a pie”? En general, estas comunidades apelan a los vínculos históricos que poseen con estas playas, que como se ha mencionado eran hasta hace poco tiempo consideradas como sujetos con los cuales se dialogaba, pero que hoy poco a poco se instalan como meros espacios de disputa. En este vínculo histórico, asimismo, se ha generado un derecho consuetudinario de uso que al no ser considerado, termina afectando una actividad de carácter integrador basada en un ejercicio colectivo altamente móvil. En este sentido, se trata de realidades que entran fuertemente en tensión cuando se enfrentan a contextos que más bien se basan en lógicas de competitividad individual.

Probablemente, los espacios costeros marinos de los pueblos originarios (en adelante, ECMPO²⁸) sean hoy en día la figura más significativa en este conflicto. Su origen, a principios de este milenio, forma parte de un complejo proceso liderado por comunidades indígenas del centro y sur de Chile que buscaban validar un uso del entorno costero-marino más allá de su valor comercial. Esto implicaba legitimar—en el marco normativo del Estado—prácticas cuya naturaleza implicaba un efecto sinérgico de la comunidad que las desplegaba, permitiendo la satisfacción de varias necesidades a la vez, donde además el control de los recursos era tradicionalmente interno. Actualmente, estas figuras, prácticamente la totalidad en proceso de trámite (a pesar de los años que han transcurrido), permiten, junto con el logro de una mayor autonomía alimentaria, la cohesión social de estas comunidades. Esto último, fuertemente anclado en la construcción y reproducción de una forma de ser y estar en el mundo, es decir, una identidad donde confluyen, entre otros elementos, los aspectos materiales de la vida, lo valórico, lo festivo y la relación con lo trascendente²⁹.

El Estado aprobó la propuesta aun cuando “(...) homologada conceptualmente a las leyes que favorecen las privatizaciones de los recursos naturales (Código de Aguas y de Minería, Ley de Pesca y Acuicultura)” (Zelada y Park, 2013: 66). Hoy existen al menos 56 ECMPO en trámite en la región de Los Lagos y cinco en la región de Aysén³⁰. De todas estas solicitudes, sólo seis tienen destinación y dos están aprobadas, ambos casos en la región de Los Lagos. El proceso no ha estado exento de controversias, pues existen posiciones que desde

²⁸ Ley Lafkenche N°20.249.

²⁹ Respecto de esto último, Max-Neef, Elizalde y Hopenhayn consideran que el impulso trascendente corresponde a una necesidad humana, aun cuando no de forma transversal a todas las culturas: “(...) es probable que en el futuro la necesidad de trascendencia, que no incluimos en nuestro sistema por no considerarla todavía tan universal, llegue a serlo tanto como las otras” (Max-Neef, Elizalde y Hopenhayn, 1993: 54).

³⁰ <http://www.subpesca.cl/portal/616/w3-propertyvalue-50834.html>

lo público y lo privado argumentan que la iniciativa podría ralentizar el crecimiento y la productividad que se daría en dichas zonas. Con todo, se trata de una figura legal que al menos ha intentado abordar la compleja situación que se da respecto de la superposición, a veces contradictoria, de usos, donde lo relevante es la presencia de comunidades que en forma legítima exigen un mayor reconocimiento.

Esta geometría del poder rompe una y otra vez con la sinergia isleña, pues al restringir su heterogeneidad pierde fuerza el recurso creativo que puede movilizar el territorio, disminuyendo con esto sus capacidades de resistencia. Más aun, es usual que el rico conocimiento contenido en la memoria oral de las comunidades no sea considerado cuando los procesos decisionales se generan en condiciones asimétricas de poder, obligando a éstas a adecuar sus vidas a marcos normativos extraños y poco pertinentes sobre los cuales es muy difícil incidir. Esto último, además, implica una débil capacidad de negociación que amenaza con aumentar la exposición al riesgo de desastres respecto a cambios normativos imprevistos y a proyectos de inversión que ocurren en un escenario normativo que favorece a la industria en desmedro de comunidades y territorios, lo que deriva en crisis socioambientales importantes. Esto implica que muchas veces se deban asumir localmente los costos de un modelo que utiliza sus periferias como “zonas de sacrificio”, esto es, “territorios” que por diversas razones sociales, económicas y políticas han sido objeto de políticas de desarrollo extractivistas al punto de generarles una degradación tal que sólo puede ser justificada bajo discursos nacionalistas-desarrollistas de carácter productivistas” (Bolados, 2016. P.111).

La tensión que se deriva de estas dos racionalidades se traduce finalmente en el malestar cotidiano de personas y comunidades, el que paulatinamente se acumula en sentimientos de invisibilización y exclusión que poco a poco se van naturalizando:

“Uno quería comer una cazuela de gallina y mataba a una gallina y tenía (pero) cuando se hizo comuna prohibieron tener las gallinas, porque las gallinas se iban a la calle (...) porque era obvio, porque si querían armar el pueblo bien ordenadito, con las calles bien ordenadas (...)”
(Mujer isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

Así, los relatos muestran cómo el habitar históricamente construido ha sido cuestionado y cargado de una imagen contraria a aquello que debe ser correcto, donde lo “informal” o lo acordado oralmente (normas consuetudinarias) no es considerado como un elemento que permite ordenar la interacción entre individuos. Más aun, en estos discursos se hace aparente la fuerza con que este ideario se ha instalado en los habitantes insulares:

“En esos años (...) no había orden, porque cada cual el que más podía tener un ganso, se sacrificaba un ganso y ya tenía para comer” **(op cit).**

Lo anterior ilustra cómo una actividad asociada a la subsistencia, donde los animales de carácter menor –como gallinas, gansos, etc.- que cohabitan los espacios de vida humanos son consideradas como parte de prácticas desordenadas, lo que tensiona un modo de vida que es usual en comunidades locales que buscan asegurar su alimentación (sana, por cierto) por sí mismos. Esta suerte de restricción de usos de carácter consuetudinario puede explicarse a partir de la implantación de un esquema reticular que más bien responde a un perfil urbano y continental que rompe con las lógicas insulares, imponiendo un escenario en el que la vida depende del consumo.

Cuando sucede esto, la autovalencia insular comienza a ser devaluada a favor de un orden que si bien también implica efectos positivos sobre las personas, tiende a volverlas más dependientes³¹. Esto, en tanto el acceso a un conjunto bienes y servicios, antes controlado en cierta forma por las pro-

³¹ En lugar de consumir la gallina “cohabitante” se requiere dinero para adquirir una gallina “producto”, envasada y faenada en otro lugar del país, sin saber –por cierto- cómo fue su crianza y de qué se alimentó.

pías familias, comienza a fluir en función ya sea de la capacidad de pago que se tiene o de la aceptación de un vínculo con el Estado sobre el cual no se tiene capacidad de influir. Muchas veces, esto ocurre como consecuencia de prácticas institucionalizadas que buscando mejorar el bienestar de las personas que habitan en territorios aislados, terminan por promover el abandono de prácticas consuetudinarias, las cuales resultan insuficientes para acceder al bienestar que la modernidad -en parte presente en el territorio, en parte visualizada a través de los medios- ofrece.

En algunos casos esto además resulta bastante traumático para las personas: sucede muy a menudo cuando, por ejemplo, son acompañadas y animadas a emprender, implementando un apoyo, ya sea técnico o financiero, en las primeras etapas del proyecto. Una vez que se ha logrado el resultado, asociado, por ejemplo, a la formalización de una organización, la adquisición de un insumo o de una herramienta de trabajo, el programa que articuló el acompañamiento generalmente termina, dejando en manos del “beneficiario” la responsabilidad de lograr la sustentabilidad de su iniciativa, proceso para el que muchas veces no se encuentra preparado y que, además, se basa en lógicas que contravienen las “reglas de cooperación” que traía consigo, pues debe competir con sus pares y la comunidad pasa de ser cobijo a una amenaza ante sus intereses. En este sentido, el imaginario modernizador tiende a cuestionar la solidaridad propia de estos territorios, exacerbando y naturalizando una forma de actuación eminentemente individual que las familias terminan por incorporar. Esto se advierte, por ejemplo, cuando comienzan a plantearse temas como “conocer a la competencia”, “cómo ser más eficientes e interesantes que la competencia ante el mercado”, etc., dinámica que termina instalando sentimientos de desconfianza que amplifican el efecto debilitador de estas maneras de actuar sobre el tejido social entre pares. En este proceso influyen además los requerimientos que impone la propia institucionalidad y que se expresan en costos que amenazan seriamente la sustentabilidad económica de quienes, legítimamente, quieren acceder a una mejor calidad de vida:

“(Tengo) una desconchadora de mariscos. A mí me exigieron –imagínate- me exigieron el monitoreo de agua. Los hice, hice los monitoreos de agua (...) estaba todo bien. Y ya, po’, después me exigieron monitoreos de agua una vez al mes (...) Después vino la Intendente a hacer una reunión con el CORE acá en Melinka. Entonces yo me presenté como una pobladora de acá, que tenía esto, y yo les dije: ‘¿sabe cuánto me sale ese monitoreo al mes?’ ¡Cómo una persona que viene de aquí abajo va a surgir si tú subes un peldaño, una escalera, y quieres subir al segundo y retrocedes al primer peldaño y no puedes surgir! Y yo le dije ‘me están exigiendo los monitoreos que me cuestan cuarenta unidades de fomento (...) tengo que pagar los pasajes de avión a las dos personas que vengan, tengo que tener un ministro de fe acá, tengo que pagarle la pensión a esa gente y vienen por dos, tres días’. Yo le dije ‘a mí, una simple pobladora, una simple trabajadora de acá (...) no tengo mucho, si yo trabajo en escala menor, estoy emprendiendo, estoy haciendo patria, ¡y me vienen a exigir todo eso!’”, le dije, ‘cuando ni siquiera en la región tenemos un laboratorio para analizar las aguas. Una región, le dije, que no es capaz de tener un laboratorio, y una simple trabajadora, una persona de escasos recursos y le vienen a exigir eso”
(Isleña, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

Todo lo anterior trae como consecuencia que muchas familias opten por permanecer en un tipo de vínculo con el Estado en el que se reconocen carencias para recibir beneficios. Aun así, en forma interna, cuentan con que su comunidad, en términos de las redes de apoyo que ésta presta, sea la principal E.O., o por lo menos la más cercana y oportuna.

Los arquetipos insulares

La situación descrita anteriormente se explica, en parte, por el arquetipo instaurado desde el continente hacia quienes viven en las insularidades. Se trata de un estereotipo estático y homogéneo que reduce a los y las isleñas a una figura inmovilizada en el pasado y que en contraste con “lo urbano”, recrea prácticas y materialidades “rústicas” que expresan esa imagen reza-gada. Eso explica, por ejemplo, que las viviendas de zinc que hoy en día están comenzando a formar parte del paisaje insular no sean reconocidas por quienes quieren seguir imaginando a los isleños en viviendas de te-

juelas de alerce, o que estas familias privilegien ropajes distintos a la lana, o que reutilicen los desechos acuícolas para confeccionar embarcaciones auxiliares en desmedro de balandras y otras embarcaciones que formaron parte de su pasado. Esto devela la fuerza que tiene la construcción de un arquetipo por sobre todo material, que invisibiliza otros elementos cruciales de esta cultura, como su capacidad de adecuación activa a las transformaciones del entorno. El problema radica en que debido a su situación de pérdida de control sobre el entorno y autonomía, la materialidad a la que acceden en la actualidad dista muchísimo de las materias nobles a las que accedían antaño. Sólo considérese que el precio de la tierra hoy es inaccesible para una familia isleña. Es por ello que cuando venden sus predios, casi siempre a precios bajos, no pueden retornar si se arrepienten, pues es imposible para sus economías generar los montos que luego enfrentan. El zinc o el plástico de desecho acuícola están al alcance de sus posibilidades, en un escenario altamente inequitativo que se sortea con el ingenio y otros activos insulares. Quienes habitan las islas de ambas regiones tienen un referente histórico común, lo chilote:

“Todas las familias de aquí de Melinka son provenientes de Chiloé (...) fueron colonos acá porque ellos armaron este pueblo (...) Ellos armaron los caminos cuando los caminos eran solamente de huella, de barro. Solamente por la costanera (...) habían casas y entonces gracias a ellos nosotros nacimos aquí, y nos crecimos”

(Mujer isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

El mestizaje hispano-indígena que contiene esta macro-identidad y que explica buena parte de los activos que poseen estos habitantes surgió de un prolongado aislamiento respecto del resto del territorio, lo que la hace particular en la historia nacional: “Chiloé (pasó) de frontera abierta a frontera cerrada. El desplazamiento de gente cesó después de 1604, tanto para los entrantes a Chiloé como para los salientes. Los que permanecieron en la provincia quedaron escindidos del reino conformando una sociedad residual marcada por el aislamiento que será clave para el tema de la cultura chilota” (Urbina, R., 2010. P.2). Esto se tradujo en un prolongado periodo de inmovilidad respecto a las colonias situadas más al norte, donde la movi-

lidad se desarrollaba con gran dinamismo (Urbina, X., 2009). El mestizaje isleño se produjo, sobre todo, a orilla de playa, espacio neurálgico de reunión y transformación cultural en un contexto en el que el interior estaba obstruido por bosques impenetrables:

“(El mestizaje) en Chiloé, a diferencia de Chile Central, tuvo su propia dinámica, cuya clave está en la mayor densidad de población indígena en la primera etapa de la colonización y en la sui generis unión residencial en la franja costera, con mayor aporte indígena en los ‘procesos particulares’ de la cultura, mientras los aspectos formales de la cultura española comenzaban a arcaizarse al cesar la relación regular entre Chiloé y el resto del reino”
(Urbina, R., 2010. P. 5).

Tras el cese de este aislamiento prolongado, que se produjo como consecuencia de la incorporación forzada de Chiloé a la República (Aravena, 2016), esta población demostró poseer cualidades particulares que le permitían acceder rápidamente a múltiples espacios y dinámicas, muchas de ellas completamente distintas a su insularidad y modos de vida, más relacionadas con otras tan distantes como las propias de las salitreras del norte del país, las pampas chileno-argentinas o los canales del Cabo de Hornos. La atención que generó su presencia fue disímil: se trataba de personas distintas al peón apatronado tradicional del país y más se asemejaban al gañán trashumante que se había formado durante el periodo colonial y que aún persistía en el siglo XIX (Salazar, 2000). Los chilotes viajeros eran muy trabajadores, se contentaban con muy poco y podían ser mantenidos en condiciones precarias. Sus modos y aspecto contrastaban con el imaginario de modernidad europeo, instalado en Chile como horizonte deseado y que se plasmaba en las crónicas y relatos de forma bastante explícita: “(...) debo decir que nunca he visto una raza más repulsivamente fea ni de apariencia más miserable como estos chilotes (...) Creo que hay en general poco que escoger entre ellos y los Fueguinos, quienes son comúnmente admitidos como el más bajo tipo existente de la humanidad” (Martinic, 1999. P. 31, refiriéndose a Beerbohm, J. y su libro *Wanderings in Patagonia*, de 1881). Este aspecto es relevante, pues a nivel nacional los chilotes eran incluidos en una clasificación étnica que sumaba a otros isleños e isleñas

como los rapa nui, los kawéshkar y los yámana, y al mismo tiempo otros grupos indígenas como sucedía con los mapuche-williche (Gaune, 2014). Es importante porque da cuenta de que su diferenciación cultural era tal que podían ser catalogados como una identidad disímil a la que se estaba gestando como nación: "(...) los chilotes fueron objeto de un discurso etnizador (o de racialización biocultural) por las élites nacionales y regionales, que los definieron como una mezcla imperfecta de nativos y conquistadores españoles". Apenas comenzaron a reclamar un trato más justo fueron rápidamente expulsados del continente y, en el caso patagónico, diezmados a través de la violencia (Alonso, 2014. P. 371).

Estas poblaciones, que dieron forma a la actual heterogeneidad del mar interior y los canales ayseninos, adscriben hacia sí mismas valores que ya manifestaban en aquella época: ser muy resistentes pero sin exigir mucho a cambio. Estos verdaderos "administradores de la nada misma", capacidad presente con fuerza por sobre todo en las mujeres, pueden abordar escenarios complejos muy disímiles entre sí porque cuando se movilizan, despliegan habilidades para aprender y reproducir rápidamente lo que observan y experimentan en otros territorios, donde siempre está presente un vínculo con lo insular en el que es muy valorada la tranquilidad y el goce de la naturaleza. En esta relación, un aspecto especialmente sensible tiene que ver con la solidaridad e igualdad existente, en tanto valor ético basal sobre el que se basan las relaciones sociales, aun en contextos donde también se expresan diferenciaciones:

"¡Y un día quedó tanto pescado! Quedó a la altura de más de un metro de pescado. Y él (su abuelo) se levantó temprano para que vaya a ver su corral y había tanto pescado que él tomó toda la orilla de la costa (...) avisándoles a los vecinos que enyuguen sus bueyes para que vayan al corral y saquen pescados antes que suba la marea. Y todos bajaron con carretas (...) y las llenaron (...) lo cargaron todo. Y fueron a sus casas muy agradecidos del vecino, del abuelo. Pero yo cuando lo cuento, mis hijos dicen: '¡No, mami, no cuentes eso, no te lo va a creer nadie!'"
(Isleña, isla Chidguapi. Entrevista semiestructurada, 2014).

“(Mi padre) siempre tuvo una mente amplia de poder comprar hartas cosas (...) yo le decía: ‘¡pero, papi! ¿Por qué compras tanto?’. Y él me decía: “hija, ¿sabes por qué compro tanto? Porque el día de mañana puede cualquier vecino quedarse sin harina, sin víveres, teniendo niños, entonces si yo tengo abundante, la doy al vecino’. Con esa mente amplia él compraba las cosas en abundancia”
(Isleña, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

“Yo recuerdo mi niñez a principios de los 80, donde todos convivíamos. No había diferencias sociales marcadas. Si al niño le faltaba ropa y a ti tu ropa te quedaba chica, se la convidabas al vecino”
(Alcalde comuna de Las Guaitecas. Entrevista semiestructurada, 2017).

En los relatos se conjugan las imágenes de bienestar subjetivo con la dureza de las condiciones en las cuales se tenía que vivir, sobre todo en la dimensión material, ya que la extensión de las carencias muchas veces amenazaba la propia subsistencia. En estos casos aparece también la imagen de la resistencia en espera de otros momentos de abundancia:

“Mi finaito papá, yo me acuerdo que se iba a Quellón para que fuera a buscar unos cuantos kilos de harina. Se iban a amanecer en Quellón, con mi tío y mi tía, en un botecito a remo. Pasaban a dejar su bote aquí en Huildad y ahí iban a amanecer³² porque no había qué comer. Yo me acuerdo que mi mamá, unos depes³³ que hay ahí en el monte, ese lo cocía con aceite, con manteca, y ese nos daba a nosotros que comamos. Eso lo labraba con el cuchillo y lo ponía a cocer y eso nos daban”
(Mujer isla Chaullín, entrevista semiestructurada, 2017).

En la construcción del arquetipo insular también aparece una imagen que los habitantes tienen de sí mismos que se asocia con inocencia o ingenuidad respecto a la manera en que se relacionan con la E.O. y, por sobre todo,

³² Caminaban durante toda la noche hasta la ciudad de Quellón.

³³ Tronco de la nalca.

con la ciudad y sus habitantes. En este último caso, asocian la confianza que siempre despliegan en sus relaciones cotidianas con las experiencias engañosas, ya que ésta es reproducida en una urbanidad donde las relaciones no siguen necesariamente los mismos códigos. Por otro lado, en dicha interacción surge también una autoimagen de tosquedad, pues sus modos, su fortaleza física y forma de hablar delatan su origen insular. En este juego de impresiones, donde se consolida la imagen de lo moderno como un horizonte al que hay que desplazarse física y simbólicamente, suelen realizar intentos de recreación de dicho mundo en sus propias islas, aun cuando en su despliegue existe una racionalidad eminentemente práctica. Un ejemplo de aquello lo constituyen las nuevas viviendas diseminadas en las islas, las que se construyen a semejanza de las viviendas de subsidio que observan en la ciudad, sin que exista la posibilidad de postular por sí mismos a este equipamiento, ya que no poseen título de propiedad. En esta dinámica, gatillada por el permanente contraste que se realiza entre la realidad insular y la urbana idealizada, surgen soluciones que obedecen a un ejercicio donde siempre está presente la dimensión práctica de una cultura que se adapta a contextos restrictivos:

“(...) Si tengo una plancha de zinc de 360 mm trato de hacer el módulo en planta y la pendiente de dos techos, de manera que me dé con una plancha por lado. Entonces, en esa dinámica, con ese pensamiento, se empieza a producir una forma, que uno la empieza a ver en el paisaje, que pueden ser estas viviendas de un piso con una pendiente menor a la que se acostumbraba en otro tiempo cuando había tejuela. Entonces empiezas a ver un lenguaje que está asociado a la economía familiar. Por ejemplo, por el tipo de ventana: hay cuatro ventanas y las cuatro son exactamente iguales, independientemente de que los recintos que están en el interior sean de distintos usos (...) hay un asunto de economía, similar a lo que ocurre con las casas Serviu” (Arquitecto. Entrevista semiestructurada, Castro, 2017).

En ambos casos, cuando lo insular se valora y/o cuando se devalúa, existe consciencia respecto del rol subalterno que juegan las personas que habitan estos espacios, donde generalmente se las percibe en términos –paradójicamente– de su “incapacidad” para ser protagonistas de transformaciones productivas mayores. Se señala que no aprovechan los recursos que

tienen, que no tienen las habilidades necesarias para explotar la riqueza del mar y sus costas en un momento tan ventajoso para las relaciones comerciales con otros países, etc. Esta mirada se intensifica con la aplicación de intervenciones de tipo *top-down* que dan escaso margen para la articulación de respuestas desde lo local³⁴, donde se advierte que muchos conocimientos y aprendizajes locales podrían ser potencialmente más efectivos para la solución de problemática colectivas, aun cuando no necesariamente eficientes desde el punto de vista extractivo. Esta lógica también opera cuando desde lo urbano se insiste en un arquetipo insular idealizado, como sucede cuando el paisaje no concuerda con estos imaginarios y se transforma (como sucede con los barrios modificados para turismo boutique) debido a que las personas generalmente cuentan con los recursos monetarios y relacionales, y la capacidad de agencia sobre la E.O. para hacerlo. Sería sorprendente para estas personas saber que hasta la mitad del siglo ~~XX~~ todavía las islas presentaban un paisaje poblado por fogones de techo pajizo y no de tejuelas, o que principalmente se usaban bongos³⁵ y no botes para navegar cotidianamente:

“Cuando me fui (a viajar por los canales) mi casa era de pasto y cuando volví era una casa techada en madera, de tejuela de ciprés, y los tingles también de tejuela. Y cuando crecí era puro rancho de pasto y el techo y los tingles igual de pasto, po’, incluso con ramas se tinglaba bien apretado y eso era el tingle en la casa. Y ahí vivía uno antes, puro fogón”
(Isleño, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

“Nosotros (...) teníamos que hacer llegar la leña con un bongo (...) que lo hicieron por acá por estas montañas grandes (...) Y con ese ¡cuánto nos auxiliábamos con ese! Porque con ese íbamos a la pesca de sierra, a los coldes”
(Isleña, Isla Grande de Chiloé, sector Guaipulli. Entrevista semiestructurada, 2010).

³⁴ Por ejemplo, frente a la escasez de agua se los aborda como beneficiarios que deben transformarse para acoger los bonos y subsidios y no como decidores en torno a cómo construir una estrategia local para abordar el siniestro.

³⁵ Canoas monóxilas, esto es, construidas a partir de un tronco ahuecado.

Hoy en día, la nueva fisonomía insular sigue cambiando: las viviendas incorporan materiales como *norway* o fibrocemento y la gente ya no necesita caminar o navegar por horas para saber cómo están sus familiares o vecinos, pues cuentan con celulares y en muchas islas el vehículo es de uso frecuente. Sin embargo, estas incorporaciones requieren, además de dinero, la aceptación de regulaciones exógenas a la propia comunidad. Antaño, todos los elementos podían ser sacados del entorno y transformados en base al “saber hacer” acumulado y el trabajo colaborativo, pues el acceso a éstos era regulado por los propios habitantes. Pero actualmente hasta los astilleros costeros (en donde se fabrican las embarcaciones de pesca y recorrido) corren peligro de desaparecer pues deben someterse al reglamento de evaluación ambiental (Decreto 40) bajo las mismas condiciones que operan para un astillero naval industrial. De esta forma, la construcción del paisaje sigue un derrotero donde se modifica lo tradicional a partir de la habilidad adaptativa propia de la cultura chilota insular, como cuando los habitantes transforman los desechos arrojados por la salmonicultura en piezas útiles (Fotografía 11) o generan cultivos acuícolas de forma autónoma (ilegal, por cierto, para el Estado), reutilizando los sobrantes de la industria mitícola.

Fotografía 11: vivienda con tuberías abandonadas por las salmoneras en Isla Chaullín, región de Los Lagos



Fotografía: Ricardo Álvarez, 2017.

Otro aspecto interesante en esta construcción constante de una identidad heterogénea tiene que ver con el contexto político en el que se desenvuelve. Hoy en día es posible ver la aparición de una actoría social que busca una mayor visibilización y reconocimiento de los pueblos originarios, fenómeno que ha ocurrido en forma conflictiva pues se sigue cuestionando su validez como sujeto en este entramado de superposición de usos e intereses marino-costeros³⁶. En este sentido, el futuro de las propuestas de uso marítimo de pueblos originarios podría transitar ya sea en el marco de una agudización de esta conflictividad identitaria o mediado por el refortalecimiento de una sociedad que puede recomponer este paisaje lleno de oportunidades no sólo comerciales sino también de buen vivir. Pero esto implica atacar pasivos insulares como el racismo, prejuicio instaurado desde los primeros días de la conquista en estas latitudes y que aún afecta las dinámicas relacionales internas. De hecho, el cuestionamiento hacia los ECMPO también se vale, implícitamente, de esta desconfianza.

Fotografía 12: editorial de la revista Visión Acuícola

Editorial



La profecía autocumplida de la Ley Lafkenche

Un caso "emblemático" en la región es el de Mañihueco-Huinay. Ingresada en noviembre de 2010 por la Asociación de Comunidades de Hualaihué, esta solicitud está a punto a cumplir 7 años, y recién

Era como una especie de profecía autocumplida para el sector acuicultor del sur chileno, donde siempre se habló y se temió alguna compleja consecuencia a propósito de la Ley Lafkenche. Esa misma normativa que los parlamentarios de turno, incluidos algunos -no todos- de quienes hoy representan a la zona aprobaron de forma unánime y que hoy apelan a una "corrección". Dicen que el problema no es la ley, si-

modificaciones a las solicitudes originales, que terminan por dilatar el proceso de tramitación.

¿Cuál vendría siendo el problema? El hecho de que la ley establece que se "en caso de que la misma área solicitada como espacio costero marino de pueblos originarios hubiere sido objeto de solicitud de afectación para otros fines, se deberá suspender su tramitación hasta que se emita el informe de uso consuetudinario elaborado por la Conadi..." (art. nº10). Es

Editorial³⁷ del número 194 de la revista, publicado en octubre de 2017, que señala: "Era como una especie de profecía autocumplida para el sector acuicultor del sur chileno, donde siempre se habló y temió alguna compleja consecuencia a propósito de la Ley Lafkenche".

³⁶ Por ejemplo, para ser reconocidos por la E.O. como williche se deben sortear una serie de pasos impuestos por el Estado para su reconocimiento.

³⁷ <http://www.soychile.cl/puerto-montt/visionacuicola/>

Finalmente, existe una deriva gradual en la historia reciente entre los isleños de Los Lagos y Aysén, pues si bien estos últimos tienen la certeza de descender mayoritariamente de ancestros chilotes, también revelan que sus descendientes (“la semilla”, como la señalan ellos mismos) han adquirido una condición identitaria propia en un escenario insular que es distinto al de antaño: ya no hay asentamientos pequeños diseminados en las islas pues todos viven en pueblos (y no dispersos como en las islas pequeñas de Chiloé) y cada vez más personas piensan que no se puede recrear ni la agricultura ni la ganadería en estas islas, a pesar de los relatos de los mayores, que señalan que sí se hacía. Esto implica que en territorios en los que buena parte de sus habitantes se concentran en pequeños puntos (dejando grandes extensiones deshabitadas), disminuye la oposición a la instalación de proyectos de inversión de mediana y gran escala. Esto no significa que estos territorios no se utilicen, pues cotidianamente ocurre allí la pesca artesanal, la recolección, viajes, etc., pero el hecho de no estar habitándolos cotidianamente representa un riesgo frente a los megaproyectos extractivos.

La deriva identitaria entre lo insular y lo urbano/continental

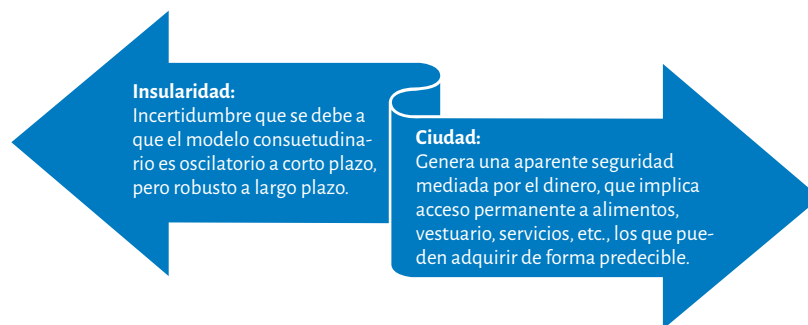
“Muchos isleños ahora tienen que comprar papas, ajo y otros alimentos que antes podían tener gratis en sus propios huertos. Algunos vendieron sus predios para vivir en pequeñas casas urbanas, donde no tienen patio ni animales” (Lazo, 2017. P. 350).

La “continentalización” de las islas se expresa en una dependencia cada vez mayor de sus cabeceras comunales o político-administrativas provinciales-regionales, en el progresivo uso del dinero como medio de cambio para adquirir bienes y servicios, y también en la realización de un imaginario de bienestar que sólo se logra al trasladarse a vivir a las ciudades.

Se sabe que la actual fuga de población joven hacia las urbes se explica básicamente por la necesidad de recobrar la movilidad y el reconocimiento que perdieron sus padres y abuelos al no cambiar su modo de vida frente a los procesos de modernización. La ciudad, en este sentido, promete un

mayor acceso a salarios sobre los cuales proyectar una vida familiar o individual donde se percibe que se obtendrá una mayor seguridad. Esta valoración contrasta con lo que ocurre con el modelo consuetudinario propio de las islas, que si bien es más robusto a largo plazo, es altamente oscilante cuando se examina en horizontes temporales más cortos.

Esquema 1: comparación entre isla y ciudad respecto al grado de seguridad subjetivo que detona movilidades



Fuente: elaboración propia en base a entrevistas individuales y grupales desarrolladas durante los años 2016 y 2017.

La adecuación a la vida urbana comienza muy temprano, ya desde el momento en que los niños y niñas experimentan un currículum educacional estándar, edificado en base a la lógica del continente y que se aplica por igual en la totalidad del territorio nacional (problema que muchos docentes locales buscan revertir vinculando significativamente a sus entornos con dichos contenidos). Al no considerar los aspectos particulares de cada realidad, se altera la construcción identitaria de estos jóvenes. Así, aún antes de marcharse, ya se activa aquel proceso que los llevará a abandonar sus lugares de origen:

“Yo estoy seguro que en unos quince años más vamos a quedar los viejos no más acá. Y los jóvenes no va a haber, no van a estar porque para los jóvenes no hay nada que hacer (...) en ese sentido (vivir en una isla) está en decadencia” (Isleño, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

Las generaciones más envejecidas, aun cuando reconocen constantemente que sus habilidades y capacidades están restringidas, no optan por irse a las ciudades. Esta suerte de resistencia termina adquiriendo una morfología en el paisaje actual, donde se ha precarizado la habilidad física y relacional para sostener el mantenimiento de las viviendas y campos (Fotografía 13). Ahora bien, cabe considerar que el proceso de fuga posee un carácter heterogéneo y nunca se completa del todo, pues los eventos de migración son circulares. Los jóvenes se van a estudiar a las ciudades, pero cada vez que pueden retornan a las islas, ya sea para participar en eventos festivos y/o ceremoniales o para el desarrollo de trabajos de carácter trashumante, como la recolección de luga. La continuidad del vínculo, aunque más débil, se mantiene incluso desde la ciudad, por ejemplo, cuando aquellos que residen en lo urbano apoyan financieramente el mantenimiento de los animales menores, recayendo en sus padres la responsabilidad práctica de ello. Se trata de un ejercicio importante, pues en él se manifiesta la búsqueda de nuevas formas de articular ambos escenarios y de una animosidad que desea acercarlos y no alejarlos. En la isla Puluqui, ubicada en la comuna de Calbuco, por ejemplo, el mejoramiento en conectividad marítima ha permitido que muchas familias urbanas dotadas de un mayor poder adquisitivo opten por trasladarse a vivir desde la ciudad a este territorio, transformándolo en “isla dormitorio”. Al mismo tiempo, muchos jóvenes originarios de esta isla que han debido irse a la ciudad por trabajo han construido viviendas (precarias, por cierto) en los terrenos de sus padres y abuelos, generando un efecto de micro-parcelación con el fin de asegurar un espacio para un eventual retorno (que también se explica al advertir que las tierras familiares comienzan a perderse aceleradamente). Las mujeres aprovechan la barcaza para utilizar ferias urbanas más lejanas, lo que más que redundar en mayores beneficios económicos les permite movilizarse a mayores distancias y complejidades, y recibir reconocimiento local por ello (FSP, 2017).

Fotografía 13: vivienda de tejas deteriorada



La falta de mantención de esta vivienda da cuenta de la cada vez menor capacidad de las generaciones envejecidas para conservar un habitar que ellos mismos construyeron. A falta de población joven, este ejercicio es casi imposible y los campos se pueblan de viviendas abandonadas o en proceso de abandono.

Fotografía: Jeannette Fredes, 2004.

Este fenómeno resulta interesante pues surgen múltiples escenarios relacionales entre el continente y lo insular. Se asume que la movilidad migratoria ocurre porque en las ciudades es posible lograr el imaginario de bienestar actual y porque en ellas reside la E.O., la que exige tiempos, condiciones o procedimientos que escapan a las capacidades que existen en las islas. Pero también es posible advertir que la E.O. posee muchas veces tiempos y un comportamiento que ralentiza lo que quieren hacer sus habitantes. Esto es paradójico porque rompe con el prejuicio unilateralmente creado desde el continente y su lógica desarrollista. Probablemente, más que en el mar interior de Chiloé, sea en las islas-pueblos de Aysén donde esto se advierte en mayor medida. Las comunidades residentes de Las Guaitecas, Toto o Huichas dependen de manera más exclusiva de las pes-

querías que quienes habitan las islas en el mar interior de Chiloé. Sus organizaciones productivas se adecuan constantemente a las exigencias del Estado, no sin malestar.

Ahora bien, el aparataje administrativo que regula dicha vinculación muchas veces frena la energía desplegada por estos pescadores artesanales y buzos. Un ejemplo lo constituye la situación de la zona contigua³⁸: para los isleños e isleñas ayseninos, sus archipiélagos poseen recursos suficientes para pensar en un desarrollo local holgado y a muy largo plazo, con el potencial de funcionar como un reservorio alimenticio para sus familias a tiempo indefinido. Sin embargo, en el marco de la figura contigua deben compartirlos con flotas del resto del país y de la región de Los Lagos que han acabado con los recursos de sus propias regiones. La figura de zona contigua no responde, como debiese, a los requerimientos locales, ni es coherente con la forma en la que tradicionalmente se trabajaban las especies bajo el modelo consuetudinario. Nuevamente, lo que se busca es mantener asegurado el desarrollo de una actividad extractiva compensando a quienes hoy se vuelven víctimas del modelo (Álvarez, Gajardo y Ther, 2016). Lo controversial es que se trata de un espacio marítimo que fue históricamente común y que sus usuarios administraban en base a acuerdos propios, pero al que los isleños e isleñas de ambas regiones actualmente refieren como una frontera.

Las islas de Aysén también requieren muchísima atención pues no encuentran una recepción igualitaria a la que se recibe en el continente: la capital regional y su cuerpo político-administrativo son vistos como agentes exógenos para los que los y las habitantes no existen. Están afectados tanto como sucede entre quienes habitan las islas del mar interior de Chiloé. La mayor diferencia es que se trata de pueblos-islas (Fotografía 14), lo que les permite contener a más jóvenes en éstas pues sus dinámicas más urbanizadas y concentración así lo permiten, situación que como vimos previamente, se confirmó tras el último Censo 2017. Esto no significa que su

³⁸ Regulación de pesca extractiva bentónica que norma el acceso de flotas provenientes de la región de Los Lagos en aguas de Aysén (<http://www.subpesca.cl/portal/616/w3-article-83783.html>).

modelo de habitar insular sea mejor o peor respecto a la mayor dispersión que se observa en el mar interior de Chiloé, pero efectivamente, frente a la dureza que enfrentan respecto al continente ambas estrategias, parece ser que ésta posee atributos que en este caso la aventajan. Pero también es posible prever que tal como sucede a los isleños e isleñas que se fueron a vivir a las ciudades, tengan problemas para soportar siniestros socioambientales de intensidad y duración significativas, pues los pueblos y ciudades en sí parecen ser más vulnerables frente a la dispersión poblacional.

Lo insular de antaño transita rápidamente hacia nuevas construcciones conceptuales, como ocurre con las categorías de “campo limpio” y “campo sucio” (FSP, 2016). La primera descripción solía señalar a aquellos predios despejados de flora nativa dedicados intensamente al trabajo agropecuario, mientras que la segunda nombraba la negligencia y abandono caracterizado por la falta de trabajo en ellos, lo que sucedía cada vez que las familias quedaban reducidas a causa de la migración en busca de la E.O. externa. Pero en el imaginario actual de los jóvenes, la recuperación del bosque está asociada a la restauración del equilibrio de estas islas, por sobre todo valorando los servicios ecosistémicos que ello conlleva (retención de agua en un contexto de escasez hídrica, recuperación de la biodiversidad, subproductos forestales no maderables, etc.). Es un cambio importante en la racionalidad insular, que incluso llama a preguntarse si permitirá resignificar el desgastado y perjudicial concepto de “aislamiento” que afecta negativamente a las islas.

Fotografía 14: Puerto Gala, región de Aysén



La imagen evidencia la alta concentración de viviendas, que contrasta con la dispersión que ocurre en el mar interior de Chiloé.

Fotografía: Francisca Poblete, 2015.

Educación y segregación

Hoy en día, principalmente en el mar interior de Chiloé, muchos niños y niñas se sienten solos, incluso con mayor intensidad de la expresada por los adultos que se han quedado allí:

“Lo único que quiere (este niño) es salir. ¿Por qué? (...) por el hecho de que no tiene compañeros de la edad de él. Está aquí en la escuela y los otros son más chiquititos. Llega al sector donde vive –porque está interno³⁹- y no hay nadie, está solo. Es triste, ¿cierto? (...) cuando yo llegué -el año 2006 - esta escuela tenía como 25 alumnos más menos (...) ¡y antes 100, y más!”
(Profesor, isla Chulín. Entrevista semiestructurada, 2017).

Este problema, con graves implicancias para el futuro de estos archipiélagos, se expresa elocuentemente en el cierre de muchas escuelas (Fotografía 15), situación que hace aún más incierta la posibilidad de un futuro para este *maritorio*. La cultura, móvil y capaz de enraizar en cualquier costa, va anquilosándose en los más viejos, quienes ya no tienen la posibilidad de movilizarse y recrearla debido a su edad y las barreras impuestas exógenamente. Asimismo, los niños y niñas, y los estudiantes que están fuera (en liceos, institutos y universidades) han adquirido nuevas habilidades que les facilitan desplazarse por el continente, pero difícilmente retornar a un lugar donde las oportunidades son muy restringidas. Por el contrario, su habitar se proyecta, para la mayoría de ellos, en las ciudades: “Tú estudias algo y es con la idea de ya no volver a tu isla, sino para sólo visitar a la familia (...)” (Profesora isla Chuit. Entrevista semiestructurada, 2017). La única opción de experimentar un trabajo acorde a las habilidades adquiridas es a través de las pocas alternativas disponibles, como salud rural, educación rural, excepcionalmente acuicultura y otros oficios puntuales. Un relato significativo lo entrega un joven técnico eléctrico que logró un espacio asalariado en su isla gracias a la implementación de motores diésel para electrificación rural que hay que mantener en buen funcionamiento⁴⁰: “(...)

³⁹ Internado.

⁴⁰ Esta última experiencia también es positiva, pues hasta hace unos años eran las propias familias las que mantenían este tipo de equipamiento pero en forma muy artesanal, lo que provocaba constantes apagones y desperfectos. Hoy en día, éste y otros servicios requieren de conocimientos más avanzados para beneficio de sus comunidades.

de mi generación que salimos, por ejemplo, que estuvimos en la escuela juntos, casi nadie (regresó)... ¡si todos se quedaron afuera! Yo soy el único que volvió porque el campo laboral acá en las islas es muy bajo” (Isleño, isla Voigue. Entrevista semiestructurada, 2017).

Los jóvenes también pueden optar a los oficios tradicionales y para ello deben recuperar los conocimientos consuetudinarios de sus padres y comunidad residente. Ellos saben que hoy en día hay nuevas formas de ser agricultores, pescadores, buzos, etc., incluso se puede cultivar algas en lugar de esperarlas en la orilla arrastradas por el viento, o arrancarlas desde las rocas o del fondo del mar. Hay un campo promisorio de nuevas acuiculturas que de ser transferidas a los habitantes, podrían mejorar sustancialmente sus proyecciones y reconocimiento. El mayor problema radica en que al ser isleños e isleñas es probable que estos cambios, que ocurren en el continente, también los posterguen. O surja el prejuicio de que no son capaces de tal tarea, por lo que es mejor asegurarse y externalizarla a privados.

Otro factor que impide la revitalización de estas zonas a partir de la retención o el retorno tiene que ver con la fuerza con que opera la imagen de éxito asociada al abandono del territorio, sobre todo en el mundo adulto, cuya historia de privaciones y desesperanza les ha llevado a desear que sus descendientes no pasen por lo mismo. De esta forma, cuando retorna un joven a una isla, recibe muchas veces el descontento generalizado de la comunidad, como relata esta profesora refiriéndose al regreso de su hermano, titulado como arquitecto, a isla Caguach:

“Le preguntan: ¿Qué haces tú aquí en la isla, si tú estudiaste!... ¡Eres un flojo!-. Entonces la frustración pasa más allá de haber estudiado. La comunidad se encarga de decirte qué tienes que hacer: -No deberías estar en la isla- (...) Pero yo creo que los jóvenes no son el problema en este momento. Yo creo que el problema, o la desesperanza, está en los adultos. Los que se quedaron acá”
(Profesora, isla Chuit. Entrevista semiestructurada 2017).

Fotografía 15: escuela cerrada en isla Voigue, región de Los Lagos



Los establecimientos cierran debido a la escasez de niños que concurran a ellos.

Fotografía: Ricardo Álvarez, 2017.

Cabe destacar que la idea de la salida de sus habitantes puede contener una esperanza para estos territorios, sobre todo cuando ésta implica una mejor expectativa del futuro. Existen islas que aún cuentan con una buena cantidad de niños y niñas, con profesores y profesoras que esperan que sus alumnos migren para tener las mismas oportunidades que aquellos que viven en el continente, y que anhelan un futuro que les permita decidir libremente, incluso teniendo en cuenta el retorno como una posibilidad, al igual como hicieron ellos como docentes. No es casualidad que estas últimas islas tengan organizaciones de base activas como sindicatos de pescadores que poseen AMERB o figuras similares (y que hoy en día están pensando organizadamente en ECMPO). Bien administradas, las AMERB permiten a sus habitantes un ingreso suficiente para pensar en una vida

insular más segura, ya que se trata de figuras que les permiten, de cierta forma, una mayor defensa de sus cuerpos de agua. Lo mismo puede suceder con los ECMPO.

Asimismo, como se ha mencionado, los vínculos con el territorio de origen no se rompen fácilmente. Muchos jóvenes que se marchan llevan consigo un imaginario romántico, idealizado, de su insularidad. La mayor parte no considera invertir trabajo no asalariado en las tierras de las islas, como la mantención de los campos, por ejemplo, sino que piensan más bien en transformarlas en un espacio de descanso para cuando logren “jubilarse” en las ciudades en las que trabajan y/o estudian actualmente. Son historias que expresan la certeza de que lo logrado hasta ahora es un mérito familiar que recompone heridas aún abiertas: se trata de los primeros hijos de isleños que han logrado alcanzar lo que para los más antiguos era imposible y ello ocurrió gracias al sacrificio de sus familias (lo hicieron trabajando como jornaleros en balsas jaulas salmoneras o vendiendo en ferias urbanas, o embargando sus tierras y escasas posesiones), aspecto que reconocen y valoran:

“Nosotros, los nacidos la década del 80, incluso un poco antes, fuimos los que tuvimos la primera chance, la primera oportunidad de estudiar en tranquilidad, de salir de nuestro lugar de origen, de esforzarnos para estudiar. Y somos lo que somos, las primeras generaciones de profesionales que hemos salido de nuestro lugar de origen, y si bien no estamos cercanos a nuestras islas, estamos trabajando como satélites... porque el isleño, el chilote, no se aleja tanto. Siempre tiene una pata en el mar”
(Profesora, isla Chuit. Entrevista semiestructurada, 2017).

Estos jóvenes aprovechan cualquier oportunidad para, al menos, permanecer días o semanas en sus islas durante el año. Incluso establecen estrategias híbridas urbano-rurales/insulares, cofinanciando parte de las actividades agropecuarias y también alternando el trabajo asalariado con pequeños periodos de participación en la recolección familiar de algas, lo que les permite recobrar su pertenencia a un modo de vida insular y experimentar la trashumancia que vivieron cuando eran niños. Esta experien-

cia de libertad insular contrasta con la “aparente” libertad que les otorga un salario y un contrato urbano, con el que están amarrados (en términos propios):

“Esta generación tiene una libertad, pero entre comillas, porque es una libertad entrampada en un mundo laboral que no es libertad. Por lo tanto, muchas veces confundes la libertad con lo económico: si tú tienes dinero puedes moverte, puedes comprar cualquier cosa, pero no puedes moverte de ese trabajo porque es lo que te está dando esa libertad”
(Isleña, isla Chuit. Entrevista semiestructurada, 2017).

Con todo, las familias insisten en que sus hijos se vayan, motivación ya señalada previamente en este estudio y que justifican apelando a que no hacerlo significa quedar fuera del circuito donde se encuentran las oportunidades y/o no llegar a ser reconocidos:

“Porque ahora hasta para hacer aseo tienes que tener cuarto medio”
(Isleña, isla Nayahué. Entrevista grupal, 2017).

“Nosotros, que somos más antiguos, que salimos de la escuela básica, que tenemos quinto, sexto básico (...) ¡no sirve de nada!”
(Entrevista grupal isla Alao, 2017).

“Hay personas de campo que decían: ‘yo antes me iba a cualquier parte, trabajaba’. Y ahora salen y sin cuarto medio (dicen): ‘¡no encontré nada!’, con el octavo básico podían encontrar trabajo en cualquier parte”
(Encargado de pesca de Ayacara, I. Municipalidad de Chaitén. Entrevista semiestructurada, 2017).

“Porque ahora para ser buzo (comercial), para poder rendir el examen hay que tener el cuarto medio. Yo soy buzo, pero no tengo cuarto medio –o sea, soy buzo mariscador- (...) Antes, cuando no había leyes, las reglas (...) yo estuve trabajando (...) ¡25 años que estoy trabajando de buzo!”
(Isleño, isla Talcán. Entrevista semiestructurada, 2017).

“Hay niños que les gusta cómo trabajan sus papás en sus embarcaciones y quieren hacer lo mismo. Pero muy a fondo no ven la situación de que sin estudios realmente uno no es nadie”
(Isleña, isla Talcán. Entrevista semiestructurada, 2017).

Las transformaciones productivas

El ansia del reconocimiento a través del trabajo lleva consigo el riesgo de lo que Byung-Chul Han (2012) señala como la explotación de sí mismo, en la que se realiza un ejercicio que persigue y castiga los actos o intenciones de ocio. Los individuos perciben que su cotidianeidad está basada en “tiempo de trabajo” y en “tiempos de recuperación para seguir trabajando”. Por otra parte, aquellos momentos destinados a disfrutar del ocio requieren del sometimiento a trámites que son evaluados por el empleador. El problema es que esta racionalidad se ha naturalizado y expandido sin encontrar mayores resistencias. Esto claramente difiere de lo festivo y cosmogónico del modelo consuetudinario, clave en la reflexividad insular.

Considérese, por ejemplo, el contraste que se da entre una mariscadura colectiva, que generalmente ocurría entre una y tres veces al mes (Fotografía 16), y el trabajo en una planta de procesamiento de salmón. La primera ocurría -y sigue ocurriendo fragmentariamente- en función de los tiempos de las mareas y generaba una instancia en la que los mariscadores, tanto de la costa como del interior, se reunían para extraer moluscos del intermarreal. La recolección estaba mediada por tabúes locales y más antiguamente por rituales previos a la colecta (Álvarez y Ther, 2016):

“Cuando salían a las sierras igual buscaban chaumán⁴¹ y lo ahumaban, y después lo dejaban así, que quede un rato, y (las artes de pesca) los dejaban (en el humo) y después se ponían ellos, todos se ponían (...) ¡y cómo les iba de bien!”
(Focus group isla Voigue, comuna de Quemchi, 2017).

⁴¹ *Pseudopanax laetevirens*, arbusto utilizado por excelencia en las ritualidades asociadas al entorno costero. Es interesante constatar que su nombre vulgar es “sauco del diablo”, término que muy probablemente asignaron misioneros o alguien a quien pareció cuestionable su masivo uso en ceremoniales indígenas.

Posterior a la mariscadura, que se terminaba gradualmente a medida que el mar recuperaba terreno, cada cual se marchaba a su hogar, pero durante mucho tiempo también ocurría que se reunían todas estas personas y familias en torno a curantos⁴² costeros, dispuestos allí para uso recurrente, ya que estos mariscos eran comercializados cocidos a plantas de procesamiento de mariscos en las ciudades cercanas. Este sistema poseía tiempos propios para la preparación de lo colectado, lo que generaba grandes aglomeraciones en torno a estas estructuras, produciendo momentos en los que se conversaba, pulían resquemores o festejaban con humor ocurrencias locales (esto mismo sucedía también durante la mariscadura, pues en la playa y roqueríos se formaban grupos de personas que conversaban mientras trabajaban). Una vez destapados los curantos comenzaba el momento de desgrane, esto es, sacar a los mariscos de su concha, que nuevamente activaba los brazos de todos los presentes para llenar sus canastas. Una vez concluida la jornada, estos curantos quedaban allí a espera de otra gran marea, otra oportunidad de reunión, activación de lo cosmogónico y trabajo festivo. Cada familia retornaba a su espacio habitacional para comer o ahumar los mariscos para comercializarlos o intercambiarlos durante el resto del mes.

⁴² Cocción basada en el calentamiento de piedras, método común en todo el Pacífico sur.

Fotografía 16: mariscadores reunidos en isla Guar, región de Los Lagos



La playa La Poza ofrece zonas de arenas y bancos rocosos con una gran variedad de especies comestibles. Este acto de recolección permite al mismo tiempo compartir acontecimientos, oportunidades, reforzar vínculos y limar asperezas. Por ello se trata de un momento de trabajo, pero festivo. Además, incorpora aspectos cosmogónicos al aplicar las creencias de las personas.

Fotografía: Ricardo Álvarez, 2017.

Lo anterior conformaba una práctica donde toda una cultura se expresaba en forma colectiva, activando lazos entre comunidades, familias e individuos. Dicha riqueza desaparece en el marco de un proceso de escala industrial, donde la racionalidad económica da muy poco espacio a los momentos de socialización que naturalmente se daban en las prácticas tradicionales. Así, el “concentrarse en la tarea” pasa a ser una consigna que se busca y se reconoce. Los tiempos del lugar (mareas, clima, etc.) no influyen pues el recinto está cerrado y los alimentos allí procesados no serán consumidos, ni vendidos, ni intercambiados por estos operarios u operarias. La familia se retira de este espacio y se acota el tiempo de convivencia que permitía estar con los hijos, con amigos y vecinos, etc., el que se restringe a algunas horas durante la noche o la madrugada, o sólo los fines de semana. En este sentido, la dinámica se traumatiza por sistemas de horarios que alternan el trabajo nocturno con el diurno semanalmente, lo que definitivamente imposibilita todas las opciones de una vida en comunidad y una vida familiar.

Lo anterior es paradójico por cuanto es a partir de este tipo de actividades que se sostienen las promesas de desarrollo de territorios rezagados y empobrecidos. Sin embargo, los relatos muestran una realidad que no se condice con esta idea de progreso. Junto con evidenciar avances importantes en las islas, después de más de cien años de implementación de ejercicios extractivistas a gran, mediana o pequeña escala, las expresiones de inequidad siguen patentes. Más aun, resulta problemático constatar que se han ido invalidando las lógicas cooperativas que articulaban las relaciones sociales. Se trata de testimonios que dan cuenta de una realidad que ha seguido el derrotero de una economía de enclave (Saavedra, Mardones y Torres, 2016), esto es, una donde existe una alta productividad y rentabilidad, pero escasa inversión en sus habitantes y espacios de vida:

“(Antes se trabajaba con) fuerzas cambiadas (...) a usted le tocaba hacer una trilla (...) y hoy día me toca a mí y mañana le toca al vecino. Y allá íbamos a ayudar. Y la semana completa ayudando, unos con otros, sin cobrar, solamente la comida y el trago (porque) no había plata”
(Isleño, isla Huar. Entrevista semiestructurada, 2014).

“Una vez trabajé dos meses (en los fundos de Llanquihue) sacando papas. Apenas me alcanzó para comprar un pantalón de esos de mezcilla y una camisita (...) compré unas cositas pa’ que traiga pa’ mi mamá, mi casa, y eso fue todo. Quedé sin ni uno... ¡y dos meses de pega!... largábamos de que aclaraba el día hasta que estaba oscuro”
(Hombre, isla Chidguapi. Entrevista semiestructurada, 2014).

Las transformaciones en los modos de trabajar intrainsulares que han incorporado lo individual/competitivo por sobre la cooperación y el uso compartido de bienes comunes han sucedido muy rápido. Esto, como consecuencia de un cambio tecnológico cuyo ritmo es muy difícil de seguir: muy pronto, quienes querían participar de los procesos extractivos demandados por la industria dejaron de lado sus artilugios antiguos o recolección a pie para adquirir equipamientos más modernos. El problema es que rápidamente quedaban obsoletos frente a nuevas tecnologías: “El escafandra, mientras se vestía, el rana ya estaba carga'o” (Isleño, isla Ascensión.

Entrevista semiestructurada, 2014)⁴³. Las embarcaciones se hicieron más ligeras, con motores para llevar más rápido lo colectado a las fábricas o a los acarreadores. Para los isleños e isleñas esto fue un hallazgo que incluso devaluó la forma en la que previamente pescaban o mariscaban:

“La gente no sabía pescar. Aquí se pescaba con un anzuelo y cuando llegaron los de Valparaíso, los porteños, ¡ahí la gente aprendió a pescar! (...) Nosotros con dos anzuelos, ellos le ponían 40, 50, 60 anzuelos hacia abajo, subían 10, 15 merluzas, nosotros una. Y después la gente empezó a aprender”
(Isleño, isla Chidgüapi. Entrevista semiestructurada, 2017).

Ahora bien, resulta interesante constatar que en este marco de modernización constante, algunas prácticas tradicionales han mantenido vigencia. Es el caso de las técnicas de conservación como la deshidratación por humo, que se realiza en forma paralela a métodos más modernos y sofisticados como la refrigeración. En este caso, el elemento dinamizador tiene que ver con la existencia de mercados que paulatinamente van valorando gastronomías y productos locales. Sin embargo, esta oportunidad aún no se transforma en una real alternativa para muchos de los territorios, ya que el valor agregado no repercute en quienes elaboran localmente estos productos. Por otro lado, el uso de técnicas que aseguran un mayor tiempo de conservación, así como también un mayor rango de movilidad de dichos productos, implica una serie de barreras. Para ello es necesario cumplir con una serie de pasos difícilmente sorteables para los isleños e isleñas, partiendo por las normativas sanitarias y tributarias, y los costos que se le cargan al hecho de estar en una isla, distintos a los asociados a la permanencia en el continente. Con esto, las eventuales rentabilidades que se pueden lograr son capturadas por intermediarios, quienes obtienen materia prima de alto valor a muy bajos precios.

⁴³ Este relato se refiere a que mientras una embarcación con un buzo escafandra estaba recién preparándose para la faena (ponerse el traje tardaba mucho tiempo), en el agua ya había dos o más buzos *hooka* (traje autónomo) llenando mallas de mariscos.

La actividad pesquera de carácter artesanal posee una singularidad que es cuestionada incluso por los mismos pescadores. En general, se trata de una labor donde prima la necesidad de beneficiarse inmediatamente de lo capturado y la urgencia del día a día deja poco espacio para un acto de espera. Es por ello que aducen la imposibilidad de asumir estrategias productivas planificadas a lo largo del año. Este razonamiento, propio de la modalidad de la pesca artesanal tradicional del litoral continental, la cual es realizada por personas que se dedican exclusivamente a ella, resulta paradójico en estos archipiélagos, donde aquellos que la practican también realizan faenas agropecuarias familiares, atributo que permite la subsistencia en periodos en los que no es posible realizar la actividad principal⁴⁴. Se trata probablemente de un discurso implantado en la década de las grandes fiebres extractivas, cuando irrumpieron nuevas lógicas de trabajo en estas islas, trasformando no sólo las artes de pesca sino que sobre todo los procedimientos y la racionalidad local.

Este proceso de mestizaje pesquero artesanal configuró nuevas formas de ser en el oficio, asimilándolo a un perfil global. A partir de ello, los isleños e isleñas se sumaron a esta suerte de diáspora translocal (Saavedra y Macías, 2008: 26) que les permite desplazarse en todas direcciones, dinámica a través de la que además se fue configurando una identidad y comportamiento común, los que influyeron sensiblemente en la transmisión de cosmovisiones que regulaban la relación entre humanos y no humanos:

“Anteriormente, en las comunidades aiseninas de base tradicional, los recursos bentónicos se explotaban bajo restricciones en las que predominaba una simbolización del fondo marino como fuente de cultura y de vida, donde debían ser respetados ciertos ritmos de extracción”
(Saavedra y Macías, 2008: 51).

⁴⁴ De esta forma se constata que las habilidades para trabajar a plazos prolongados sí forman parte del bagaje cultural de estos pescadores isleños y que sí es posible generar estrategias distintas en las que se pueden lograr planificadamente, como está sucediendo con aquellos que poco a poco se insertan en el mercado mitilícola como sindicatos.

Si bien hoy en día quedan remanentes de esta forma de relacionamiento con la naturaleza⁴⁵, los procesos de transformación de la identidad pesquera insular han dado paso a una manera de ver el mar donde prima el carácter utilitario de su uso. Esto resulta paradójico, pues termina tensionando los argumentos que usualmente se utilizan para defender la actividad pesquera artesanal frente a actividades que en lo medular se articulan sobre la misma lógica que se observa en esta identidad local transformada. Así, se han observado episodios en los que la cosmovisión insular, por ejemplo, aflora con fuerza para distinguirse de aquellos o aquello que la amenaza: durante la crisis del 2016, que fue reconocida por la frase “Chiloé está privado”, volvieron a la palestra discursos locales que señalaban que el mar se había “cansado” del mal comportamiento humano: “El mar se enojó, le decimos nosotros. Se enojó porque floreció y eso es rabia que tiene el mar (...) este mar es muy celoso con gente ajena. Y cuando le tiraron esos desechos al mar, el mar se enojó”⁴⁶. Sin embargo, se hace necesario reconocer que el ejercicio actual del oficio, altamente competitivo, implica de igual forma una actividad que en palabras de los isleños e isleñas, termina vaciando las playas, cuerpos de agua y fondos marinos.

Se trata entonces de una tensión que no sólo deriva de un conflicto entre actores con diferentes capacidades de incidencia e impacto sino que también de una identidad que como todo aquello que cambia, enfrenta contradicciones internas que son muy difíciles de revertir. Ahora bien, frente a este dilema han surgido iniciativas que basándose en las lógicas históricas del antiguo modelo consuetudinario, muestran el potencial de mejorar esta actividad, tanto en lo productivo como en lo político-territorial. Los ECMPO se presentan, en este sentido, como una posibilidad pertinente y viable que podría asegurar un manejo más sustentable de los ecosistemas marinos insulares. La experiencia territorial indica que han sido positivos al reunir a la comunidad nuevamente en un proyecto insular, pues les permi-

⁴⁵ Hoy en día, muchos adultos y adultos mayores siguen azotando sus artes de pesca con plantas aromáticas (ritual llamado treputo), pero a escondidas de los más jóvenes, quienes consideran que se trata de creencias ancladas en el pasado.

⁴⁶ Longko de Huentemó, Cucao, Isla Grande de Chiloé. Greenpeace Chile [Greenpeace Chile]. (10 de junio de 2016). Chiloé, el día que el mar se enojó (Archivo de video). Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=AE7M3c_PrtI&feature=youtu.be

ten ser isleños, les asegura hacer aplicando sus prácticas reactualizadas de trabajo y permite un grado importante de autonomía.

Ahora bien, lo anterior debe entenderse en el marco de las vulnerabilidades que deben enfrentar quienes habitan los sistemas insulares, gran parte de las cuales derivan de un modelo de uso del territorio que, como se ha dicho, es oscilante. Cuando las familias y comunidades se sumaron a los boom extractivos, desde el siglo XIX en adelante, y los incorporaron como un modelo a seguir en su interacción con el “afuera”, lo hicieron porque sus modos de vida, tal como se ha insistido hasta ahora, si bien permiten desplegar estrategias de subsistencia en periodos en los cuales la actividad principal está deprimida, no aseguran un ingreso económico estable. El resultado es que muchas veces se adoptan prácticas que terminan teniendo un impacto importante en estos paisajes altamente sensibles y en un marco en el que se es consciente de aquello, puesto que se trata de temas que evalúan constantemente en los momentos de reunión. Asimismo, se trata de actividades que sólo aseguran un pulso de ingresos acotado. El mejor ejemplo en la historia reciente lo constituye la explotación de pompón⁴⁷. Se trata de antiguas lagunas cubiertas de vegetación briófitas que absorbe aguas lluvia durante los meses invernales y las drenan lentamente durante los meses estivales⁴⁸. Este musgo es altamente valorado en el mercado internacional y está ligado a la industria de la florería y los productos higiénicos, entre otros. Sin embargo, el precio que se paga por su extracción, que implica grandes volúmenes, es bajo en comparación con las rentabilidades que genera la cadena productiva (Fotografía 17). En este marco, los habitantes de estas islas son conscientes del impacto que produce su producción, el que han experimentado en las últimas décadas⁴⁹. Además, se puede constatar que aun cuando esta actividad complementaria lleva décadas ocurriendo en la zona, los impactos en la economía familiar han sido reducidos y permiten solventar gastos menores.

⁴⁷ Musgos gigantes del género *Sphagnum*.

⁴⁸ Única fuente de agua dulce de estas islas, ya que no existen glaciares.

⁴⁹ El deterioro por sobreexplotación de los pomponales está dejando a sus islas sin agua en verano, ya que cada vez que llueve, el agua drena libremente al mar.

Fotografía 17: sacos de *sphagnum* (pompón) en isla Talcán, región de Los Lagos



Los sacos de *sphagnum* esperan ser recogidos por lanchas de intermediarios.

Fotografía: Ricardo Álvarez, 2016.

En las islas también se han generado estrategias de inserción laboral dependiente que han permitido algún grado de retención de población. Es el caso de la salmonicultura, que sobre todo en los años 90 permitió que cientos de isleños e isleñas tuvieran ingresos sin tener que migrar lejos. Estos, aunque magros, posibilitaron a las familias hacer frente a gastos mayores, como los asociados a los estudios de sus hijos⁵⁰ y el mejoramiento de la materialidad de las viviendas, lo que lograron endeudándose en los bancos. Sin embargo, actualmente el potencial empleador de la industria ha perdido fuerza, realidad en la que han influido las sucesivas crisis que ha vivido el sector y la tendencia a la tecnificación de sus procesos. “(...) porque las salmoneras hoy en día trabajan con puras máquinas” (Isleño, isla Alao. Entrevista grupal, 2017).

⁵⁰ Se trataba de la primera generación que logró acceder a títulos técnico-profesionales.

El potencial de crecimiento que en su momento tuvo la industria desembocó en una excesiva confianza por parte de las comunidades respecto de su estabilidad en el tiempo. Así, muchas de ellas solicitaron créditos para acoplarse a esta dinámica, los que les permitieron adquirir equipamiento para participar de trabajos externalizados o construir cabañas u hospedajes para trabajadores o barcasas para prestar apoyo a las balsas jaulas, etc. Otros simplemente vendieron su equipamiento pesquero artesanal para volverse asalariados. Sin embargo, la crisis del sector implicó una merma de tal magnitud en la actividad que muchos de ellos debieron reinventarse para permanecer en las islas o migrar a las ciudades:

“Antes de la crisis del 2008 la gente vio que el boom de la salmonera era tan grande que (...) comenzaron a vender sus embarcaciones de trabajo, vendieron sus propiedades (...) Y vino la crisis del salmón y muchos quedaron sin nada. ¿Cómo voy a trabajar ahora? ¿Cómo voy a mantener a mi familia? Y empezaron de nuevo con los botes chicos. Después llegaron a lancha (...) poca gente de Melinka ahora trabaja con las salmoneras, porque ya como que se tiene ese temor de que pueda volver una crisis, es por eso la entrada de tanta mano de obra externa”

(Isleño, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

“Queremos pelear para que la salmonera le dé trabajo a la gente de la Isla (Alao). Que sea una exigencia, porque ellos vienen a buscar bien (riqueza), en hacerse la plata (...) ¡Cómo no pueden darle trabajo a la gente! ¡A las mujeres!... por último, para hacer aseo en las cocinas, en los casinos”

(Isleña, isla Alao. Entrevista semiestructurada, 2017).

“Cuando llegaron las salmoneras nos corrieron de nuestros espacios de trabajo. Tuvimos que partir a Las Guaitecas a andar por meses durmiendo en ranchas de plástico y dejar a nuestras familias solas. Porque había que alimentarlas. Pero tras cuatro años decidimos darles la pelea y regresamos, y ganamos (obtuvieron una AMERB y se formalizaron como Sindicato). Pero el problema es que cuando se fueron nos dimos cuenta que el fondo del mar estaba podrido, ¡completamente podrido! Y tuvimos que esperar otros cuatro años para que volvieran a crecer mariscos allí”

(Isleño, isla Chaullín, entrevista semiestructurada, 2017).

La tensión en este escenario se agudiza y enfrenta a un archipiélago que antes estaba unido:

“Aquí la gente sale a mendigar (algas) a la isla Talcán. (Gracias a eso) tienen entrada de trabajo para sostener a su familia (...) (ya que no quedan algas en isla Alao) porque vienen a sacar los buzos muy cerca de donde yo marisco (...) Entonces ellos tienen que salir a buscarlos fuera de acá, porque no tienen área manejo, no tienen nada”

(Isleña, isla Alao. Entrevista semiestructurada, 2017).

Soberanía alimentaria y modelo consuetudinario

En numerosas ocasiones se ha dado cuenta en este estudio de la autovaleancia que tenían estas comunidades insulares en el pasado, cuyos relatos destacan los aspectos positivos que compensan los episodios de hambre y dificultades que experimentaban:

“Vivíamos de mariscos, ¡harto marisco! Una vez al mes carne y la siembra que plantaba mi abuelito. Nunca se compró una bolsa de papas, nunca se compró zanahoria, nunca se compró legumbres. Era todo de la cosecha del abuelo. Así fue mi crecer, ¡buen crecer gracias a Dios! Con puras comidas naturales (...) lo dejaban secar todo eso para el invierno y toda esa comida que dejaban del verano lo dejaban para el invierno y nosotros con eso nos alimentábamos”

(Isleña, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

“Sinceramente, se vive mejor en la isla. Para mí, yo creo que la gente que es de la isla no va a cambiar de parecer (...) por los recursos que ellos mismos generan. Porque ellos siembran, no les van a faltar los mariscos que van a buscar a la playa para comer. Mientras que, en la ciudad, si no tienes dinero, lamentablemente no haces nada. La gente campesina se las rebusca para vivir porque tienen su tierra, tienen la playa. Es un dicho que nosotros tenemos: “en la isla se puede vivir comiendo mariscos, pescados y papas y se vive”, pero en la ciudad no”

(Isleña, isla Talcán. Entrevista semiestructurada, 2017).

Esta situación ha cambiado drásticamente en el presente y cada vez es menos usual hacerse de alimentos en forma autónoma. Asimismo, la extracción masiva ha tenido efectos sobre la disponibilidad de productos marinos en las ferias locales, lo que es percibido como una merma en la calidad que empieza a tener efectos nocivos sobre la salud:

“Nosotros sacábamos (los mariscos) por bolsas y se vendían por bolsa. Toda clase de producto de mar. Después de eso ya fue por java y después de eso por mallita. Y ahora por kilo los mariscos. ¡Después vendrán siendo nuestros hijos por gramo, seguramente!”

(Isleño, Punta Chilén, Isla Grande. Entrevista semiestructurada, 2010).

“Porque (hoy en día) la alimentación es otra. Por eso vino todo el peligro de la diabetes, la enfermedad. Porque antiguamente nosotros comíamos carne, comíamos vacuno, chanco, oveja, de todo, aves, de todo, pero eran natural, que nosotros mismos los crecíamos. Cuando andábamos a las islas llevábamos nuestros pollos, nuestros chanchos, porque íbamos a andar quince, veinte días y por ahí lo crecíamos. Y después veníamos acá, a veces traía, mi mamá traía tres, cuatro chanchos. Venía acá, los cambiaba, vendía carne, vendía la manteca, hacía yoco, de todo. Pero era sano porque uno lo criaba con puro alimento de casa, comidas que sobraban, las raspas de las papas arriba. Porque las papas antiguamente era todo natural, las papas se sembraban natural, el abono de las papas era la alga que le nombramos lamilla o el abono de pájaro (...) ahora todo es artificial, ahora por eso se enferma la gente”

(Isleño, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

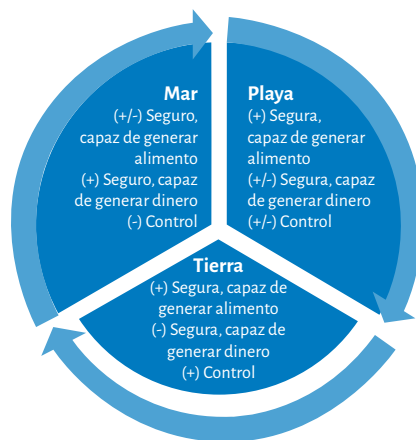
Es interesante constatar cómo los alimentos producidos en el ámbito doméstico se combinaban con aquellos extraídos directamente, en un ciclo anual que era conocido en detalle por estas familias y a lo largo del cual se utilizaban técnicas y habilidades de larga data⁵¹. En este caso, se trataba de un tipo de satisfactor ampliamente validado entre las familias, cuyo despliegue era controlado por ellas y donde había consciencia de que el vín-

⁵¹ Por ejemplo, la caza de fauna silvestre, especialmente importante en las islas de Aysén (Luna, 2009), pero también presente en el mar interior de Chiloé.

culo con lo colectado/capturado/criado/cultivado aseguraba la “salud” del grupo y la propia comunidad. El apego llegaba a tal punto que, por ejemplo, frente a siniestros de gran envergadura como una erupción volcánica (recordando la erupción e impacto del volcán Chaitén), las familias apelaban a sus “animalitos” y a sus siembras o huertas; en definitiva, a aquello construido—y controlado—por ellas, lo que constituía una motivación suficiente para retornar a pesar del peligro. Esto es tremendamente relevante, pues las reubicaciones en tales eventos involucran viviendas nuevas y equipamiento que si bien pudieron ser siempre anhelados por estas familias, pierden sentido cuando en ellos no se puede recrear o trasladar lo propio. Así, al no poder llevar consigo a sus especies domesticadas, la decisión suele ser el regreso. No se trata en este caso de un comportamiento aislado y poco significativo. De hecho, ya está comenzando a formar parte de los modelos de gestión del riesgo de algunos países de América Latina y el Caribe (Morales, 2015).

Tomando en cuenta lo anterior, la seguridad alimentaria insular se jugaba y se juega aún en un estrecho vínculo con espacios cuya utilidad, en parte dependiente del grado de control que se tiene, es variable (Esquema 2).

Esquema 2: ámbitos insulares



Fuente: elaboración propia en base a entrevistas individuales y grupales desarrolladas durante los años 2016 y 2017.

En el esquema anterior se aprecia la valoración que otorgan las familias a los tres espacios básicos que conforman la realidad insular y modelan las prácticas de subsistencia que se articulan en ellas (Fotografía 18).

(i) **La tierra** no genera mucho dinero, a veces incluso sólo genera deudas, pero es segura a largo plazo porque es posible producir en ella alimentos sin mayor costo y a través de conocimientos que son conocidos. Lo anterior, aun cuando haya que esperarlos: las crías de oveja se consumen en verano, las papas están listas para comer en otoño, los chanchos en mitad del invierno, etc. Se trata, en definitiva, de un espacio que sigue estando relativamente resguardado por las propias familias y donde se despliegan actividades propias del modelo consuetudinario, aun cuando con modificaciones producto de la introducción de algunas innovaciones.

(ii) **La playa** provee mariscos—antes en abundancia, hoy cada vez menos por la extracción externa—pero hay que esperar las mareas “buenas” (también llamadas pilcanes), las que son anotadas en el calendario anual. Las algas, utilizadas para consumo o venta, se recogen principalmente entre primavera y otoño (también impactadas por sobre explotación externa). El carácter estacional implica que su capacidad de generación de dinero también lo es. Se trata de un espacio cada vez más tensionado por la intervención de terceros, quienes muchas veces, y paradójicamente, son también isleños que al haberse agotado los recursos disponibles en sus lugares de origen, se desplazan buscando nuevas fuentes.

(iii) **El mar** permite el acceso a sus peces y mariscos durante todo el año, los que proveen de dinero en mayor proporción que los otros espacios, aun cuando su uso depende de que se den las condiciones adecuadas, sobre todo por parte de familias cuyo equipamiento no permite trabajar cuando éstas son muy adversas. Dado su potencial económico, se trata de un escenario muy regulado, donde convergen actores con capacidades de negociación muy variables, hecho que configura un escenario de disputas permanente y que en la actualidad está muy impactado por sobre explotación y contaminación.

En dichos escenarios, como ya se ha comentado, las asimetrías de poder entre quienes compiten por su uso son de tal grado que traen como consecuencia conflictos y controversias importantes que no logran ser resueltas por la intervención del Estado y sus regulaciones. En efecto, su actuación generalmente se articula a través de normativas que imponen barreras que afectan el acceso que históricamente tenían las comunidades locales, lo que genera impactos que son abordados mediante políticas y programas cuyo alcance es paliativo y acotado. Asimismo, cuando se considera el marco general sobre el que se articula la acción institucional en estos sistemas, puede observarse que estos tres espacios vitales son tratados en forma separada. Con esto, se desconoce que el intermareal, el entorno marino y la tierra funcionan como componentes interdependientes sobre los cuales se logra la subsistencia insular.

Fotografía 18: mujer abriendo la tierra en la isla Linlín, región de Los Lagos



Las familias insulares no pueden sostenerse únicamente con la agricultura y la ganadería. Sin el acceso gratuito a los recursos del mar y del intermareal, difícilmente podrán sostenerse a futuro, ya que éste les asegura alimentos que de otro modo no podrían adquirir con sus economías isleñas.

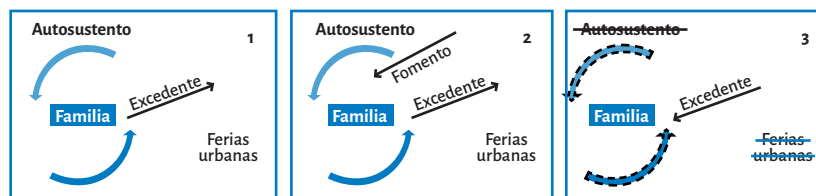
Fotografía: Jeannette Fredes, 2004.

En este escenario, la capacidad de autogeneración que antaño se encontraba desarrollada por el uso de estos tres espacios, se ha debilitado (Esquema 3). La agricultura, por ejemplo, actividad que las intervenciones institucionales han buscado transformar en un ejercicio de emprendimientos, revela la existencia de un circuito que comienza a manifestarse como problemático. Muchas veces se promueve que las familias incrementen significativamente su producción, esfuerzo que requiere insumos y equipamientos que a veces implican un grado de endeudamiento que desemboca en precarización:

“Se le entregaba y se apoyaba a una viejita con un invernadero de cuatro por catorce (metros) y con eso estaba bien. Pero como el programa (de fomento) decía que el segundo año había que hacer otra inversión, le pusieron otro invernadero. ¡Y ya lo que era una ayuda se transformó en un problema, porque la viejita no podía! Hay que ver la realidad de nuestro campo: la realidad es que no hay mano de obra, la gente es adulta, en promedio yo diría que fácilmente sobre los 65 o 70 años. Tranquilamente estamos hablando de 70 años y donde bueno: aun cuando lo produzca y tenga cómo producirlo, tenga compañía técnica... ¿dónde lo va a vender? ¡Si no se van a comer dos invernaderos de cuatro por catorce! Es imposible. ¿Y para qué vender? ¿Para que llegue otro y le compre a mitad de precio? Entonces ahí hay un mal concepto de cómo hacemos fomento, desarrollo económico local (...)”
(Agrónomo. Entrevista semiestructurada, 2016, Puerto Montt).

Por otro lado, cuando pese a las dificultades las personas logran efectivamente obtener mayores excedentes, se enfrentan a un nuevo obstáculo al intentar comercializar sus sacos en las ferias costeras, donde aparece un nuevo conjunto de barreras que lo impiden: multas municipales, impuestos internos, exclusión por parte de los intermediarios de los espacios comerciales, etc. Muchos de estos graves problemas giran en torno a los requerimientos que deben ser satisfechos para lograr el enganche.

Esquema 3: efecto que causa la intervención basada en “emprendimientos productivos” sobre el delicado equilibrio de la economía insular.



1) La producción agropecuaria permite el autosustento familiar y un pequeño porcentaje de sobreproducción que es comercializado a pequeña escala en ferias urbanas para generar dinero, el que es administrado principalmente por las mujeres. 2) La sobreproducción, lograda a través del endeudamiento crediticio para formar parte de programas de fomento, no encuentra espacios donde ser comercializada y transformada en dinero. Ante ello, 3) deben regresar con esta sobreproducción a sus islas. Pero el endeudamiento ha dejado en un alto grado de vulnerabilidad a la familia pues no tiene como pagarlo. Esto se transforma finalmente en un círculo de precarización gradual y pérdida de la autonomía insular.

Fuente: elaboración propia en base a entrevistas individuales y grupales desarrolladas durante los años 2016 y 2017.

**“Incluso hasta el hilado vendido en Castro te piden iniciación de actividades”
(Isleña, isla Autení -o Ahulliñi-, comuna de Chaitén. Entrevista
semiestructurada, 2017)**

**“Yo crío a mis chanchitos y los carneo. Pero la carne ya no la puedo traer
acá (feria de Angelmó) porque carne no se puede vender. Así que tengo que
buscar a otra persona que me lo venda. Es complicado, no sé qué va a pasar
en la isla si no dejan vender nada”
(Isleña, isla Maillen. Entrevista semiestructurada, 2017).**

Otra problemática muy frecuente en zonas aisladas y/o rurales deviene del proceso mismo de modernización del Estado, cuya informatización creciente de procesos, que en muchos territorios donde no existen brechas importantes en materia digital se constituye en un elemento que facilita y simplifica lo administrativo, se transforma en estas islas en un obstáculo más que es necesario sortear. En el marco del presente estudio surgieron muchos testimonios que dieron cuenta de ello, como el de una recolectora de orilla de isla Capera Huapi (Fotografía 19), junto a isla Maillen, en la comuna de Puerto Montt, quien para vender en la feria debe declarar por internet lo que llevará consigo⁵². De hecho, en su caso denuncia que fue sancionada y que sus dos canastos de mariscos terminaron confiscados a pesar de que en su vivienda ni siquiera posee luz eléctrica y de que vive en un espacio tan reducido que le es imposible sostenerse de labores agropecuarias o cría de ganado menor.

“Nosotros no tenemos internet aquí. No lo tengo muy claro, uno no lo entiende (se refiere al procedimiento digital de declarar los mariscos extraídos)... lo hallo muy difícil”
(Isleña, isla Capera Huapi. Entrevista semiestructurada, 2017).

⁵² Se trata de una mujer que no posee cuarto medio y vive en una vivienda que no cumple con los estándares básicos de calidad. Su familia depende de la venta de pequeños canastos de mariscos en la ciudad para sobrevivir, ya que su isla y terreno agropecuario es muy pequeño y no da lo suficiente para “dar vuelta el año”.

Fotografía 19: mujeres recolectoras en isla Capera Huapi, Puerto Montt



Fotografía: Ricardo Álvarez, 2017.

Los fenómenos de exclusión como el mencionado anteriormente terminan teniendo un efecto contrario al que se busca a través de este tipo de modernizaciones, lo que como reconocen los propios pescadores, es necesario para el desarrollo regular de una actividad donde las malas prácticas pueden hacer colapsar la economía local. Ahora bien, cuando estos marcos normativos no están claros o no es posible siquiera acceder a las plataformas donde se realizan los procedimientos que contempla, la urgencia de contar con un ingreso extra obliga muchas veces a obviarlos, promoviendo

de esta manera que más familias operen de forma irregular. La expresión más patente de ello es el hecho de que muchos isleños e isleñas optan finalmente por no bajar “a tierra” (esto es, a las instalaciones de la feria) y venden sus productos arriba de sus embarcaciones en la orilla (Fotografía 20):

“Ese es un problema que nosotros le venimos diciendo a la autoridad: ‘no pueden ustedes aplicar una fórmula que le va a dar resultados inmediatos y todo el mundo debe correr a hacerlo, porque ni siquiera nosotros, que estamos en Puerto Montt, sabemos hacer ese formulario de desembarque en línea, por internet’. Imagínese la gente que está fuera, que es gente que les cuesta que la señal les llegue (se refiere a pescadores que viven en islas más alejadas). Hay gente que no sabe manejar con suerte un teléfono... ¡menos van a manejar un computador para poder hacer una declaración en línea! Esas son las cosas que las autoridades no toman en cuenta al momento de sacar decretos para que esta cuestión funcione (...) Ellos quieren hacer lo que siempre han hecho, que es la recolección de orilla de manera legal, cumpliendo todas las normativas, pero se encuentran con estas cosas que hacen que no puedan cumplir y pasan a ser ilegales. Y al ser ilegales hemos detectado que en algunas ocasiones gente como ellas, que está haciendo recolección de orilla en la playa, mariscando para poder llevar a la olla, sea detenida y sea enjuiciada, y le han sacado partes por llevar una canasta de mariscos. De hecho, en Ancud una abuelita que andaba sacando mariscos para llevar a la olla la detuvieron. Tuvo que pagar una multa. Entonces no se entiende cuando se toman estas medidas, no se entiende la cultura de la gente... ¡que este es su modo de vida! Estamos claros que tiene que haber una regulación y eso también (como pescadores) lo consideramos que es bueno. Porque en la medida que hay una regulación se protegen los recursos. Pero también tenemos que hilar fino para ver adónde lo protegemos: ¿lo protegemos cortando por el hilo más delgado, que en este caso son la gente que vive de eso? ¿Y a las grandes industrias y a quienes tienen un poder más grande de extracción no les pasa nada? Es lo que nosotros reclamamos siempre. Pasamos a ser, en alguna forma, la voz de ellos hoy día”
(Dirigente STI. Entrevista semiestructurada, 2017, Puerto Montt).

Fotografía 20: isleños e isleñas vendiendo sus productos en la Feria de Angelmó, región de Los Lagos



En esta fotografía se aprecia cómo los isleños e isleñas comercializan sus productos arriba de sus embarcaciones con el objetivo de evitar la fiscalización y los intermediarios.

Fotografía: Ricardo Álvarez, 2017.

Se hace necesario advertir, por último, que este problema no ocurre porque las familias sean incapaces de asumir desafíos nuevos; de hecho, ya se ha comentado que despliegan estrategias a partir de la movilización de recursos como la creatividad y el conocimiento histórico acumulado a pesar de que se mueven en un contexto en el que existen muchos obstáculos internos que dificultan el escalamiento, entre los que destaca la falta de recursos financieros y redes con la E.O. Por cierto, no se trata de cuestionar políticas enfocadas a la prevención de problemas tan serios como contagio de triquinosis o la marea roja. Sin embargo, los testimonios dan cuenta de que el problema también radica en que las intervenciones que implementa la institucionalidad, al no considerar las particularidades insulares, muchas veces tienen un efecto amplificador de las debilidades internas que se pretende abordar. Así, gran parte de los satisfactores socialmente validados en el marco de estos sistemas terminan siendo devaluados al

ser reemplazados/modificados por acciones externas que los simplifican, afectando profundamente las dimensiones existenciales asociadas a su habitar⁵³ (Tabla 1).

Tabla 1: dimensiones existenciales insulares y su grado de afectación actual

Dimensiones existenciales	Grado de afectación
Tener	· No tener dinero para financiar el costo de la vida que impone el escenario actual.
Hacer	· Imposibilidad de recrear satisfactorios propios.
	· Impedimento para trabajar.
Estar	· Espacios vitales sobreexplotados y deteriorados.
Ser	· Impedimento para experimentar la condición de multioficio insular asociado a pesca-recolección.
	· No ser ciudadano urbano, pero tampoco poder ser agricultor-pescador-recolector como antaño.
	· Ser considerado un problema.

Fuente: elaboración propia en base a entrevistas individuales y grupales desarrolladas durante los años 2016 y 2017.

Abordar la complejidad de estas problemáticas no es fácil. Si se analizan desde una perspectiva que pone al ser humano al centro del desarrollo o el buen vivir, en primer lugar es necesario recuperar la ética cordial (Cortina, 2007) en tanto fundamento que puede orientar una actuación donde sea posible integrar aspectos jurídicos, administrativos, productivos y consuetudinarios, entre otros. En esta misma línea, y asumiendo que el vínculo entre estas comunidades y el mercado es parte de su actual forma de vida y futuro devenir, se hace urgente generar mejores herramientas predictivas respecto a cómo se comportan los mercados internacionales, puesto que son éstos los que catalizan la intensidad con que se explota el entorno insular, muchas veces induciendo malas prácticas. Por último, es imprescindible invertir más en investigación con fines públicos, con el objetivo de explorar modelos de gestión donde se puedan compatibilizar la

⁵³ Para conocer con mayor profundidad estas dimensiones en base a los relatos levantados en este estudio, por favor escribir a claudia.munoz@superacionpobreza.cl o ricardo.alvarez@superacionpobreza.cl y solicitar Anexo N°1 versión digital.

racionalidad productiva con la propiamente insular, introduciendo lógicas de acceso común no competitivo hacia los recursos. Para ello es menester partir por reconocer que los espacios que tienen una vocación productiva, como el intermareal, son lugares donde existe previamente una historia de vínculo muchas veces virtuoso entre el hombre y su entorno. El desafío, si bien es grande, puede afrontarse. Existen casos en los cuales los marcos institucionales utilizados, si bien son susceptibles de mejorar, han permitido avanzar hacia esa dirección (Recuadro 1).

Recuadro 1: análisis breve de la situación de las algas en la actual crisis insular

Posibilidades de una mayor autonomía: el caso de las algas

La recolección de algas, actividad que hasta hace poco era considerada como una labor menor, ha adquirido tanta importancia que está comenzando a verse como una oportunidad de desarrollo local, llegando a predominar por sobre otras actividades ligadas al entorno marino-costero⁵⁴. El pelillo, especie que formó parte de los primeros *boom* extractivos, motivó la implementación de cultivos donde se articularon saberes locales con técnicas transferidas desde el Estado y la academia.

A más de 20 años de ello y aun cuando el alga ha mostrado un comportamiento oscilante, las excepcionales condiciones de estos archipiélagos permiten la producción de un producto cuyo valor en el mercado internacional es bastante elevado. Sin embargo, este atractivo panorama no es igual para todos quienes forman parte de la cadena productiva. El costo para los y las isleñas es altamente significativo, pues su enorme esfuerzo y despliegue no alcanzan para suplir sus necesidades anuales:

“Es que igual, un millón de pesos (monto familiar obtenido en una temporada completa de colecta) para 12 meses del año no es nada⁵⁵. ¡No, ya no es nada porque después la gente empieza a buscar cómo hacer para poder vivir! Porque ya no hay venta de productos en agricultura, no hay nada de venta... las papas no se venden porque no tienen precio, los animales tampoco”
(Isleña, isla Alao. Entrevista semiestructurada, 2017).

⁵⁴ Si bien la agricultura y ganadería siguen siendo las predominantes, en la práctica su relevancia radica en asegurar auto sustento, pero escasamente generación de dinero.

⁵⁵ En la práctica, se reduce a algo más de \$83.000 pesos al mes, que son obtenidos a través del despliegue de la unidad familiar completa, la cual además debe competir con buzos que forman parte de flotas provenientes de islas ya explotadas, quienes extraen volúmenes muy superiores.

Esto contrasta con el valor real de estas algas:

“Estas algas son el ingrediente *premium* que se agrega a la formulación de componentes químicos y ese es su valor real. Pero las personas que las recolectan no saben este valor. No tienen idea para qué se ocupan”

(Biólogo marino, Puerto Montt. Entrevista semiestructurada, 2017).

Las dos algas más importantes hoy en día son la “luga negra⁵⁶” y la “luga roja⁵⁷”. Esta última especie, que es la que tiene un mayor valor comercial, tiene un grado de afectación importante, que obliga a quienes la recogen a ir cada vez más lejos para asegurar un volumen rentable de extracción, cosa que explica en parte la movilidad que ha tenido la flota pesquera artesanal e industrial, las que operan principalmente en Aysén, aun cuando en Los Lagos mantienen su presencia. Ahora bien, el impacto que generan las flotas es muy distinto al de las comunidades, no sólo por la diferente capacidad de extracción sino que, por sobre todo, por las formas en que se realiza: en el caso de los habitantes de las islas existe un especial cuidado en no alterar demasiado el sustrato sobre el que se asientan las algas⁵⁸. Esto es especialmente relevante si se considera que la explotación de algas, con excepción del pelillo, se basa en la extracción de individuos silvestres que tienen un rol relevante en el mantenimiento del ecosistema marino en el que, por cierto, también se sustentan otras especies de valor comercial como peces, crustáceos, moluscos, etc.

Frente a esto, es interesante mencionar que a través del uso de figuras administrativas como las áreas de manejo, donde es posible destinar espacios para el desarrollo de cultivos de algas en suspensión, surge la opción de contar con modelos de producción donde se compatibilice lo productivo con lo ambiental. Lo anterior, bajo un modelo de gestión en el que es posible la movilización de gran parte del potencial contenido en las prácticas y usos tradicionales. Aun cuando actualmente el número de islas que operan con áreas de manejo sigue siendo bajo, algunas de ellas, de propiedad de sindicatos externos, representan una oportunidad que merece explorarse, pues como se mencionó previamente, permite dinamizar conocimientos y habilidades que posibilitan una mayor autonomía.

Fuente: elaboración propia en base a entrevistas individuales y grupales desarrolladas durante los años 2016 y 2017.

⁵⁶ *Sarcothalia crispata*. Esta especie es más fácil de trabajar y de recuperar debido a que tiene ciclos anuales de crecimiento.

⁵⁷ *Gigartina skottsbergii*. Más vulnerable a la depredación pues depende de ciclos de reproducción mucho más largos.

⁵⁸ Se trata de un manto de pequeños guijarros sobre los que se asienta una cubierta orgánica que facilita la fijación de nuevas plántulas. Al desprenderlas se pierde un largo periodo de formación de esta capa vital para la reproducción y regeneración de estas especies.

Hombre bogando en Repollal, isla Ascensión, región de Aysén. Fotografía: Ricardo Álvarez.



Activos insulares

Hasta ahora se ha señalado una serie de problemáticas que afectan día a día a los habitantes de estos archipiélagos y que son, en la mayoría de los casos, desconocidas para quienes habitan en el continente. Asimismo, se trata de fenómenos que son transversales a otros territorios que se encuentran aislados y/o rezagados, donde son especialmente relevantes la imposibilidad de desplegar haceres de acuerdo al propio contexto, el despoblamiento causado por la búsqueda de oportunidades educativas y/o laborales⁵⁹, y los impactos ambientales derivados de actividades extractivas a diferente escala que utilizan esta “periferia” como zonas de sacrificio. Por otro lado, es también común que dentro de los factores que contribuyen a la configuración de estos problemas exista una dimensión normativa que muchas veces contribuye a amplificar el efecto que tienen sobre las comunidades locales, imponiendo no sólo barreras que impiden a las personas realizar aquello que siempre han hecho sino que también -cuando intentan promover un cambio en ellas- modifican y simplifican el denso tejido social que articula su habitar: “El reemplazo de satisfactores de alto valor social para una comunidad por otros menos valorados, provoca una sensación de deterioro en la calidad de vida subjetiva y relacional” (FSP, 2016: 56).

Sin embargo, también se ha argumentado que frente a este tipo de problemáticas, las personas y comunidades son capaces de hacer frente a situaciones de crisis que afectan no solamente la dimensión material de la existencia sino que también las posibilidades de ser, estar y hacer en un territorio. Lo anterior, a través de prácticas que movilizan recursos que están a disposición de las personas, familias y comunidades, quienes son capaces de manejar combinaciones complejas de activos que pueden ser gestionados a diferentes escalas (Moser, 1998; Katzman, 2001). De allí que una mirada a la realidad insular resultaría incompleta si no se da cuenta

⁵⁹ Así lo recaba el estudio de la Fundación Superación Pobreza de la región de Arica y Parinacota 2016: Voces de las pequeñas localidades. Entre la agonía y la oportunidad de renacer”.

de los recursos que coexisten con las carencias, poniendo especial foco en la manera en que son movilizados. Es decir, en aquellas prácticas que son capaces de articular este tejido social, las que revelan la existencia de “(...) herramientas muy valiosas para mitigar, contrarrestar y hasta superar factores de riesgo y agresión, ya que introducen al análisis, recursos muy importantes como la voluntad humana o la noción de alternativas posibles, hasta aspectos más radicales como el empoderamiento, la autonomía y la autogestión” (FSP, 2016. P. 60).

Administrando lo escaso

“¿Sabe lo que pienso? Para mi ver mío, por lo menos lo que a mí me enseñaron mis papás, mi mamá, lo que me enseñaron mis hermanos, para mí me hace sentir orgullosa, me hace sentir un orgullo... una emoción de haber podido aprender cosas que a lo mejor los demás no van a aprender (...) aprender a hacer cosas que para la gente de acá son tan naturales, pero para mí son un signo de ‘joye, sí soy capaz! ¡Yo puedo!’. No significa de que porque yo sea mujer no lo podía hacer, sí puedo hacer cosas”.
(Isleña, isla Ascensión. Focus group, 2017).

Las personas que habitan estas islas recurrentemente señalan que son “ingeniosos” o “ingeniosas”, que son capaces de solucionar una necesidad puntual aprovechando cualquier cosa a mano. Esta cualidad, a simple vista un dato que sólo puede causar curiosidad, revela sin embargo una capacidad de adaptación importante adquirida en el marco de un contexto sumamente restrictivo. Considérense, por ejemplo, los desechos de la industria acuícola, que alcanzan su expresión más elocuente en las imágenes que muestran el plástico a la deriva en los mares y playas (Fotografía 21) y que son reutilizados como material para la fabricación de pequeñas embarcaciones, cercos, bases para viviendas, contenedores de agua, etc. En este caso es relevante constatar cómo es desplegado y actualizado aquel conjunto de saberes que posibilitó esto, en un contexto en el que cada vez es más escasa la disponibilidad de madera, material tradicional con que se fabricaban múltiples objetos. Esta situación gatilló la búsqueda de al-

ternativas que permiten reproducir el habitar (Fotografías 22 y 23). Esta capacidad ha llegado a tal punto que incluso el proceso de transformación ha implicado la generación de un valor económico, ya que en algunas islas es posible observar la elaboración de pequeñas alfombras o canastos fabricados a partir de sogas de plástico, que son comercializados ocasionalmente.

Fotografía 21: desechos de la industria salmonera en Melinka



Fotografía: Ricardo Álvarez, 2010.

Fotografías 22 y 23: artefactos construidos con desechos acuícolas



Fotografía 22: estanque de almacenamiento de agua fabricado exclusivamente con desechos acuícolas. En la misma imagen se observa (extremo inferior izquierdo) una boya del mismo origen transformada en un bebedero para animales domésticos.



Fotografía 23: acceso al cementerio de isla Autení fabricado con tubos del mismo origen.

Ambas fotografías: Ricardo Álvarez, 2017.

La creatividad y el ingenio, en tanto recursos que se movilizan constantemente, se encuentran fuertemente arraigados al devenir histórico de una cultura portable capaz de reproducirse y actualizarse aun en condiciones en las cuales la materialidad tradicional no está disponible. Los artilugios de madera que pueden verse en los museos, por ejemplo, y que se cree son expresión definitiva y estática de una cultura determinada, se encuentran vigentes hoy bajo otras formas y materialidades, permitiendo la continuación de una fórmula de habitar particular⁶⁰. Muchas veces, sin embargo, se cuestiona a estos habitantes por “contaminar” los paisajes insulares con una materialidad que debería estar acopiada en un vertedero, juicio que lamentablemente invisibiliza que se trata de la expresión de una cultura que aún resiste a través del despliegue de satisfactores propios que la recrean. Sin más, los actuales paisajes de plástico son el reflejo de lo que están experimentando estos habitantes.

⁶⁰ Los corrales de pesca y las actuales embarcaciones fabricadas con boyas de plástico desechadas representan muy bien esto. Cuando se reunían las condiciones adecuadas (playa, corrientes, etc.) eran construidos sin importar la materialidad del muro (podían ser de rocas, madera y en tiempos recientes, incluso de basura). Lo importante era que funcionasen capturando peces de forma pasiva, dejando en libertad de acción a las familias para realizar otras tareas simultáneamente. Por otra parte, la carpintería de ribera actual que utiliza estos desechos también se recrea sin importar la materialidad.

Fotografía 24: contenedores de agua lluvia elaborados con desechos acuícolas en isla Capera Huapi, región de Los Lagos



Fotografía: Ricardo Álvarez, 2017.

Esta capacidad se aproxima a lo que se conceptualiza como bricolaje (Lévi-Strauss, 1997 [1962]), término utilizado para dar cuenta del ingenio con que los pueblos -mal llamados- “salvajes” resolvían problemas que a un occidental habrían inmovilizado: “El *bricoleur* es capaz de ejecutar un gran número de tareas diversificadas (...) (arreglándoselas) con “lo que uno tenga” (P. 36). Se trata de un activo que hoy en día explica la capacidad de muchas comunidades insulares para sostenerse y no migrar, y que paradójicamente se desenvuelve en un contexto donde la E.O. público-privada no opera. Por el contrario, pareciera ser que la proximidad del Estado e intervenciones asistenciales, al fomentar relaciones de dependencia, desactiva esta habilidad. Es entonces cuando los desechos simplemente se agolpan en el borde costero y cada cual busca responsabilizar al otro sobre qué hacer con éstos⁶¹.

⁶¹ Está claro que, de todas formas, la primera responsabilidad está en las empresas que vierten al mar –accidental o intencionalmente- estas miles de toneladas de desechos plásticos, así como los programas de fomento que incorporan en la región estos miles de artefactos plásticos. Sin embargo, lo que se observa es que la sociedad civil termina siendo el actor más protagonista a la hora de solucionar parcialmente este problema, pues por su volumen kilométrico es imposible encontrar un remedio total.

Con todo, se trata de un recurso presente en los sistemas insulares que junto con revelar el potencial que en forma literal transportan estas comunidades, llevan a considerar “(...) la posibilidad de concebir la tradición como innovación, en la medida en que puede representar un caudal en permanente recreación de experiencias previas sobre la manera en cómo una comunidad puede dar respuesta a los desafíos planteados por el entorno” (Saavedra y Macías, 2008: 54).

Un segundo elemento presente en las familias insulares tiene que ver con la habilidad para gestionar lo escaso, “administrar la nada misma”, como ellos mismas reconocen. Se trata en este caso de un activo también arraigado en el tiempo, probablemente gatillado por las frecuentes dificultades para la adquisición de bienes de uso básico, donde siempre ha sido necesario un esfuerzo relevante de ahorro y trabajo en el que además se manifiestan otras necesidades básicas en forma simultánea:

“Para comprarse un par de zapatos ¡cuánto costaba! Porque tenía que trabajar meses completos”
(Isleña, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

“(Cuando) ya fui más hombre empecé a trabajar la leña, al alerce, y viajar pa’ ganarnos la vida. Porque de otra manera no podíamos vivir... ¿dónde iba a hallar plata para mantener nosotros, vestirnos? (...) Pasábamos Chauques, Mechuque, todo esas islas. San Juan, Calen, Dalcahue y eso, y así íbamos vendiendo pa’ bajo (...) y así íbamos pa’ bajo, por las otras islas, hasta llegar a Castro, ahí terminábamos”
(Isleño, costa de Lleguimán. Entrevista semiestructurada, 2014).

Si bien es cierto que actualmente las manifestaciones materiales de la pobreza ya no son tan patentes como en el pasado, este fenómeno sigue vigente. Lo anterior, sobre todo considerando que el mayor acceso a bienes y servicios que posibilita la modernidad genera una imagen de bienestar donde los horizontes de posibilidades se han ampliado, haciendo que su logro, en el contexto de una economía doméstica aún precaria, sea difícil de alcanzar. Así, las familias se siguen enfrentando al duro ejercicio de “priorizar sus esperanzas” en función del coste que ello involucra:

“A pesar de que no se pasan necesidades, se sobrevive bien. Pero tampoco tienes como las disponibilidades de dinero. Ponte tú: yo salgo dos veces al año con suerte, porque no me puedo dar el lujo de irme a gastar lo que a lo mejor me va a faltar a fin de mes para un kilo de pan”
(Isleña, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

“(El trabajo familiar en las algas) no le alcanza para todo el año. No le alcanza, solamente para mantener a los hijos que salen a estudiar. Es uno de los mayores gastos (...) Ellos (los padres) quedan con lo poco que quedan para mantenerse”
(Isleña, isla Alao. Entrevista semiestructurada, 2017).

Ahora bien, esta capacidad, en tanto potencial que poseen las familias para realizar ejercicios de racionalidad, se ve fuertemente tensionada por conductas, a menudo individuales, gatilladas por la aparición de pulsos de ingresos notablemente mayores a los usuales, sean estos regulares o irregulares, cosa que sucedió, por ejemplo, en los llamados boom extractivos y más recientemente se materializa en el acceso a salarios acuícolas. Lo singular de esta situación es que dicha conducta se observa especialmente en los hombres:

“No había ningún control (...) esos años se aburría pescando, nadie lo controlaba (...) salían con el billete y al otro día no tenían nada. Un vecino una vez salió a tomar: se puso loco con la plata. Sacó \$700.000 pesos y andaba (...) en una fiesta aquí. Al otro día, cuando se despertó en su casa, no tenía ni un peso”
(Isleño, costa de Lleguimán. Entrevista semiestructurada, 2014).

En estos casos, la brusca irrupción de lógicas asociadas a lo moderno parece debilitar un modelo que se sustenta en una sutil transacción entre lo individual y lo colectivo: lo común es recreado en el marco de lazos de cooperación y reciprocidad que se activan con especial fuerza en el acto de administrar lo escaso, posibilitando por lo demás un mecanismo propio de distribución comunitaria:

“La gente, arriba en Repollal, cuando iban a la pesca y tenían pescado ¡todos te regalaban! (...) en todas las casas: huevos, todas esas cosas”
(Isleña, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

Así, cuando esto sucede, se pone en riesgo la capacidad de autovalencia propia de la cultura insular debido al proceso de individuación creciente. Los testimonios recogidos en el marco de este estudio muestran, por ejemplo, que hoy en día en todas las islas se demanda a los municipios y al Estado la creación de nuevos caminos. Y mientras no se construyan, el problema de conectividad local sigue presente sin que por ello se gatillen respuestas por parte de las comunidades afectadas. Esta situación contrasta con un pasado en el que los relatos dan cuenta de la existencia de una mayor capacidad de acción en conjunto:

“Nosotros, cuando íbamos a la escuela, mis papás y todos los vecinos no teníamos camino, entonces ellos acarreaban piedras con angarillas y carretillas, y hacían las huellas para ir uno a la escuela. Y después que pasó el tiempo la gente empezó a tener más cosas y se puso materialista”
(Isleña, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

“Teníamos amigos, porque esos cordilleranos no sembraban. Y pa’ cá se siembra (isla Alao). Ellos decían: “traíganos siquiera unos almudes de papas, nosotros le prestamos los bueyes pa’ que bajen madera’. ¡No gastábamos ningún peso, teníamos amigos!”
(Isleño, isla Alao. Entrevista semiestructurada, 2017).

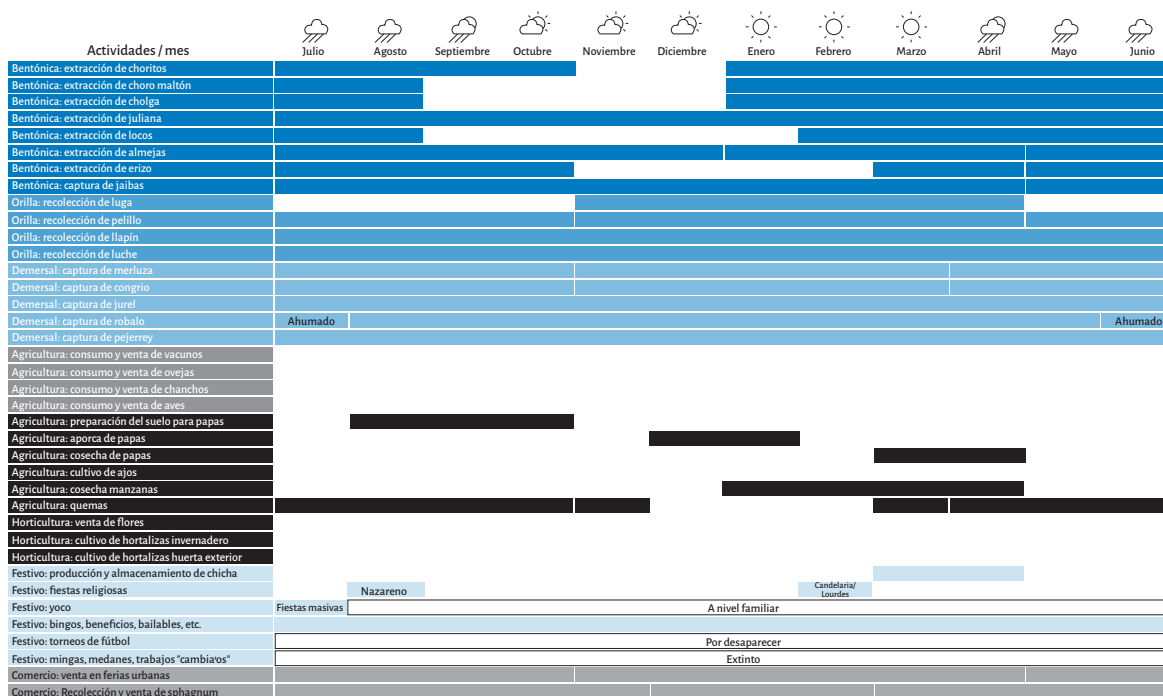
Esta dinámica es catalizada por la movilización constante del conocimiento adquirido en el acto mismo de habitar, donde el “saber hacer⁶²” (Landini, 2010) aprendido entre pares implica el despliegue de una capacidad de

⁶² “Los saberes locales se caracterizan por tener un énfasis práctico —son un “saber hacer”—, siendo la demostración la forma propia en la que se manifiestan. Asimismo, se vinculan con el trabajo manual, físico, surgen de la experiencia, se transmiten dentro de la tradición oral y su medio de prueba es la verosimilitud en el discurso y la experiencia y no la experimentación controlada. En contrapartida, el conocimiento tecno-científico tiene un énfasis teórico y mental, se caracteriza por la forma lógica, propia de los discursos de la ciencia, rigiendo principios de prueba, certeza y no contradicción y se orienta al control de la naturaleza” (Landini, 2010: 35).

resolución que trasciende el aspecto netamente técnico de éste. Es decir, un conocimiento práctico o fronesis: “(...) que significa, aproximadamente, una sabiduría acerca de cómo funcionan las cosas en el mundo. Es algo más que el conocimiento artesanal de cómo se hace algo: implica una inteligencia reflexiva (o una reflexión inteligente) que sabe cuándo hay que hacer algo de manera más elaborada y cuándo no, cuándo hay que emplear una técnica y cuándo otra” (Barnet, 1994: 12).

De allí que es importante resaltar que la cultura insular como patrimonio es, por sobre todo, inmaterial, antecedente fundamental si se considera que buena parte de los esfuerzos del Estado orientados a estos temas se centran en la conservación de los objetos (como las iglesias), desatendiendo lo que hace sentido a dicho equipamiento, es decir, el saber a través del cual se construyó y que, en cada tiempo y lugar, permite la puesta en práctica de un modo de ser y hacer muy particular a esta insularidad. En términos prácticos, esta suerte de red de transmisión de saberes desembocó en la configuración de un complejo entramado de actividades temporalizadas a lo largo del año, en el que se conjuga trashumancia con sedentarismo, transacciones monetarias y no monetarias de la fuerza de trabajo (estas últimas de carácter fuertemente colaborativo) e inmediatez y espera; donde además existe una diferenciación de roles entre los miembros del grupo familiar de acuerdo a la edad y el género. En resumen, se trata de una estrategia basada en una pluriactividad muy dinámica (Esquema 4). A pesar de su fragilidad, pues cada parte otorga un pequeño beneficio que requiere de muchísimo esfuerzo, su aplicación termina siendo bastante robusta a largo plazo, pues la mayor parte de ella ocurre en un contexto de relativa autonomía:

Esquema 4: calendario productivo insular



Calendario anual de actividades insulares que conjuga trashumancia o sedentarismo y la participación selectiva o global de la unidad familiar e incluso la comunidad. El cuadro hace referencia a las islas de la región de Los Lagos.

Fuente: elaboración propia en base a entrevistas semiestructuradas y grupales implementadas durante los años 2016 y 2017, y a fuentes secundarias.

El saber hacer -operacionalizado a través de la pluriactividad- puede entenderse entonces como un modo de aplicar y seleccionar conocimientos de acuerdo a las contingencias que se van enfrentando, a través de un continuo ejercicio de ensayo y error donde resulta clave la curiosidad⁶³. Es po-

⁶³ A los chamanes antiguos (pougtenes) también se les denominaba "curiosos", pues siempre estaban observando con atención la naturaleza de las cosas y el ambiente para comprenderlos. De esta forma, curiosidad es símil a conocer y comprender.

sible, por ejemplo, observar este proceso cuando una nueva materialidad o artefacto llega a manos de estas comunidades, lo que genera debates sobre sus propiedades y las oportunidades que potencialmente pueden generarse a partir de éstos. Lo más interesante ocurre cuando gradualmente comienzan a surgir réplicas o prototipos ingeniosos que apelan a los materiales que tienen a mano. Pero esta estrategia posee también una base conservadora para asegurar que lo logrado se reproduzca en el tiempo, lo que implica que muchas veces los nuevos conocimientos y prácticas sean rechazados por los miembros de mayor edad. En otros casos, nuevos hallazgos son absorbidos velozmente. Todo ello ocurre de forma heterogénea en estas islas, dando cuenta de dinámicas muy complejas que reflejan un importante grado de autonomía, donde los ritmos y los modos son esencialmente decididos por las familias. De allí que la imposición de tiempos y protocolos exógenos, bajo una fórmula top-down, corra el riesgo de fracasar, como sucede con capacitaciones basadas en metas estandarizadas, donde los resultados, muy disimiles entre islas, terminan por instalar una imagen de incapacidad derivada de la situación de rezago en la que se encuentran. Lo que no se advierte en este caso es el complejo proceso de reflexividad que se activa para decidir si es pertinente o no a sus realidades:

“Yo me acuerdo que años atrás fui a participar de un proyecto Fosis para (...) un curso de centolla, de cómo preparar la centolla. Y de repente me dice el profe: ‘¡usted no reúne los requisitos para estar en este curso!’ porque yo no era vulnerable. Yo le dije: pero caballero, yo no vengo a buscar un título o para que me paguen mil pesos la hora, yo vengo a aprender, porque necesito aprender, yo trabajo en esto, necesito aprender... ¿puedo venir de oyente?”

Y luego continúa:

“Me dijo que sí y fui tres días y no aprendía nada. Y dije: ‘estoy perdiendo mi tiempo’. Yo le dije al profe: yo no voy a venir mañana, no voy a venir porque no aprendo, yo en mi caso vengo a perder mi tiempo, yo trabajo en esto- (y conozco muy bien sobre el tema en cuestión)”.

(Isleña, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

Los isleños e isleñas constatan además cómo la formación actual de los niños y niñas, ya sea en las islas o fuera, no favorece el desarrollo de esta habilidad. Más aun, este problema parece acrecentarse cuando definitivamente se vuelven urbanos:

*“Hoy en día, si tú ves a una persona que yo le pregunte: ¿sabes hacer?...’
(responde): ‘no sé’. No lo saben. Se ha perdido (esa habilidad) (...) Lo que pasa
es que cuando uno va a la ciudad se pierde”*

(Isleña, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

Con todo, a pesar del prejuicio con que se evalúa el conocimiento insular y su manifestación práctica, los isleños e isleñas siguen ejerciéndolo: por ejemplo, cada iniciativa informal de acuicultura de mitílidos, penalizada, por cierto, por ser considerada ilegal, pone en juego la creatividad, ingenio y saber hacer. El hecho de que no ocurra bajo condiciones normadas se debe a la gran cantidad de condicionantes que estas familias no pueden abordar (referidas previamente) y por el riesgo que implica endeudarse en bancos o con el Estado. Por ello recurren, en una suerte de bypass, al reciclaje de desechos flotantes, que combinado con los saberes acumulados (por ejemplo, el conocimiento previo que poseen sobre el desplazamiento de las larvas de chorito en cierta época del año y el momento en el que se “pegan” a las rocas), adquiere un sentido práctico en la forma de una versión propia de los sistemas de cultivo modernos, dejando a flote boyas construidas con desechos a las que amarran sogas que esperan que se llenen de moluscos (Fotografía 25). Es una evidencia más que clara de que las capacidades para hacer miticultura local existen, pero dadas las barreras muy pocos poseen la posibilidad efectivas de participar.

Fotografía 25: cultivo informal de choritos en isla Cailín, región de Los Lagos



Fotografía: Ricardo Álvarez, 2010.

Un último punto relevante asociado a estas prácticas tiene que ver con los modos de agrupación que implican. Hoy en día, la mayor parte de los isleños e isleñas ha optado por adecuarse a figuras organizacionales ad hoc impuestas por la E.O. como condicionante para el enganche, cuya estructura es estándar y está basada en un presidente, secretario y tesorero que se repite en juntas de vecinos, comités (de agua, luz, caminos, etc.), centros de madres, de apoderados, etc. Es más, los protocolos son casi los mismos entre una figura y otra. Esto tiene directa relación con la forma en la que el Estado busca consolidar a los territorios del país bajo una racionalidad organizativa común, predecible y por lo tanto, más controlable, en la que el vínculo que predomina es más bien de carácter paternalista y asistencialista.

Ahora bien, es interesante constatar que en el caso del mar interior de Chiloé aún persiste otra forma de reunión que se remonta a la colonia: los cabildos. Se trata de una figura organizacional mestiza, implementada por los jesuitas y mantenida posteriormente por los franciscanos, pero cuyos miembros eran principalmente indígenas, lo que lleva a considerar que subyace en esta forma un modo organizacional pretérito.

Los cabildos poseían una estructura dividida en un rol religioso⁶⁴ y civil⁶⁵ que se hacía cargo no sólo de aspectos cosmogónicos sino también cotidianos. Pero con la anexión forzada de Chiloé a la República en 1826, esta figura fue relegada a la planificación de fiestas religiosas y al cuidado de las iglesias y figuras, quitándole el rol activo que jugaba en el ámbito civil. Lo interesante del caso es que en la intimidad de las islas esta prohibición fue obviada y los cabildos siguen funcionando –por ejemplo– en lo productivo: “Dentro de los roles del Cabildo, sin embargo, juega (o jugaba hasta hace algunas decenas de años) una función muy particular aquella niña que interpreta el rol de Princesa: la de ser interlocutora entre la comunidad indígena y la Pincoya. Una función que ejercitaba a escondidas de miradas ajenas a la comunidad indígena, en cuanto inaceptable por la sociedad cristiana, y que se mantuvo vigente hasta que se emplearon los corrales de pesca (aproximadamente década de los 80), pues para su éxito era indispensable el apoyo de la Pincoya y, por lo tanto, se requería la intermediación de la Princesa” (Trivero, 2016: 35). Este autor da cuenta de cómo las islas Tac, Caguach, Apiao, Alao y Chaulinec (en la comuna de Quinchao) operaban como una unidad organizada y solidaria, llamada los cinco pueblos, cuyos dirigentes y miembros eran en su mayor parte williches. Para ello refiere cómo trabajaron conjuntamente desde fines del siglo XVIII hasta principios del siglo XX para construir y restaurar sus propias capillas, lo que incluso implicaba traer materias primas desde Las Guaitecas.

A escala intransular también funcionan modos de organización basados en el parentesco o en el arraigo vecinal a un lugar (sector de la isla), a una

⁶⁴ Fiscales, Sotafiscales, Patronos de capillas y Patrón por cada imagen religiosa que tuviese la parroquia.

⁶⁵ Supremo, Suprema, Princesa y Sotaprincesa, entre otros.

capilla o a un oficio (como los recolectores informales de algas) y también cuando se requiere apoyar a una familia por algún siniestro (para lo que se generan, por ejemplo, bingos o beneficios bailables) o ahorrar dinero para una inversión colectiva (como un cocimiento de yoco, un curanto multitudinario, etc.). La ventaja de estas acciones es que operan bajo la lógica de solidaridad y no competitividad.

La tranquilidad, ¿un activo?

“La tranquilidad, pos, vivir en la isla es tranquilo”
(Isleño, isla Caguach. Entrevista semiestructurada, 2017).

La tranquilidad es el atributo más valorado en la insularidad de ambas regiones (Fotografía 26). En la totalidad de las entrevistas individuales y grupales fue señalada como el mayor motivante para vivir y proyectarse en ellas. Por ello requiere un pequeño apartado analítico.

Fotografía 26: restaurant en isla Caguach que lleva por nombre “El tranquilo”



El nombre de este restaurant señala el activo más valorado por los isleños e isleñas de ambas regiones.

Fotografía: Ricardo Álvarez, 2017.

La razón de esta prevalencia obedece, por supuesto, a los servicios ambientales que las propias islas proveen y que hacen que la experiencia vital en ellas opere, por sobre todo, en un tiempo que coincide con los aspectos más profundos de lo humano: los ritmos del oleaje, por ejemplo, se asemejan mucho a los latidos del corazón o a la respiración. De allí que se trate de un recurso que opera sobre todo a nivel subjetivo, es decir, como elemento que refuerza una distinción al momento de construir imaginarios respecto al “afuera”, principalmente en base a la experiencia al movilizarse hacia las ciudades y el continente:

“Mis hijos no se quieren ir porque acá uno vive tranquilo. No es como en la ciudad, que está lleno de autos. Los niños juegan tranquilos. Yo estoy tranquila dentro de la casa. Los niños juegan en el patio. Eso es impagable (...) la seguridad que uno siente que tus hijos están cerca”
(Isleña, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

“Lo principal que tenemos en isla Guar es la seguridad, el aire y la tranquilidad. Eso no se cambia con nada. En cambio en la ciudad no, porque a cada ratito el ruido de los vehículos, las peleas, la delincuencia⁶⁶. Eso es lo principal que tenemos en isla Guar, la tranquilidad y el aire que se vive y se respira es impagable”
(Isleña, isla Guar. Entrevista semiestructurada, 2017).

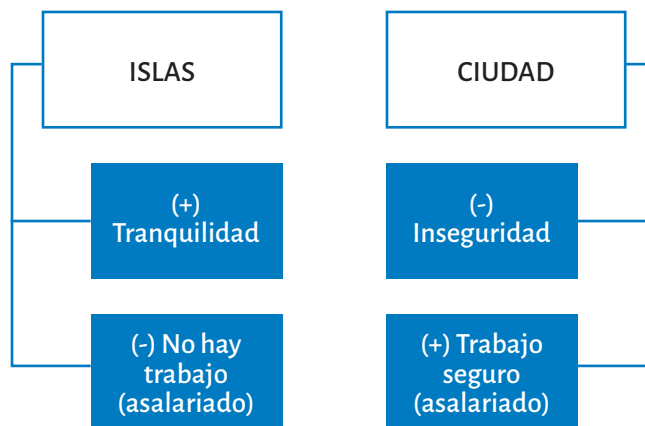
“Es que lo que estamos viendo es cómo tratar de equilibrar eso de la tranquilidad con el trabajo, porque a pesar de que no es tan segura la ciudad, (los jóvenes) escogen allá por el trabajo”
(Hombre isla Linlín. Entrevista semiestructurada, 2017).

Este ejercicio evaluativo es dinámico, incluso cotidiano, y ante eventos imprevistos, como los constantes siniestros socioambientales, o cambios inesperados en las normativas pesquero-artesanales, agropecuarias, tribu-

⁶⁶ Esta última percepción principalmente en base a la prensa, lo que genera relatos como el siguiente: “porque también aquí uno puede andar a la hora que a uno se le ocurra en la noche, pero nunca van a andar asaltantes, nunca. Uno anda bien, anda con toda la seguridad del mundo” (Hombre isla Chaulinec. Entrevista semiestructurada, 2016).

tarias, etc., vuelve a surgir en las conversaciones grupales y familiares. Es un juego de balanza en donde priman básicamente la tranquilidad insular versus el trabajo urbano (Esquema 5):

Esquema 5: Comparación de los dos atributos más frecuentes en la evaluación entre los entornos insulares y las ciudades, espacios entre los que se movilizan los isleños e isleñas



Fuente: elaboración propia en base a entrevistas individuales y grupales desarrolladas durante los años 2016 y 2017.

La constante transformación del concepto de tranquilidad en las nuevas generaciones isleñas, las que piensan en las ciudades como destino, hace que gradualmente vayan desapareciendo los componentes insulares (más ligados a la autonomía, entorno y seguridad alimentaria) y se incorporen como referentes el acceso expedito a satisfactores frecuentes en el continente (retail, educación, conectividad, seguridad policial, trabajos asalariados, etc.), lo que significa una transformación sustancial en la forma en la que se comprende y se siente el mundo. Bajo esta lógica, estar tranquilo es más bien tener asegurado un capital suficiente para consumir y costear los gastos de la vida urbana (salud, educación, transporte, servicios básicos, alimentación, etc.) y mejor aún si se logra ahorrar, situación que claramente no es frecuente.

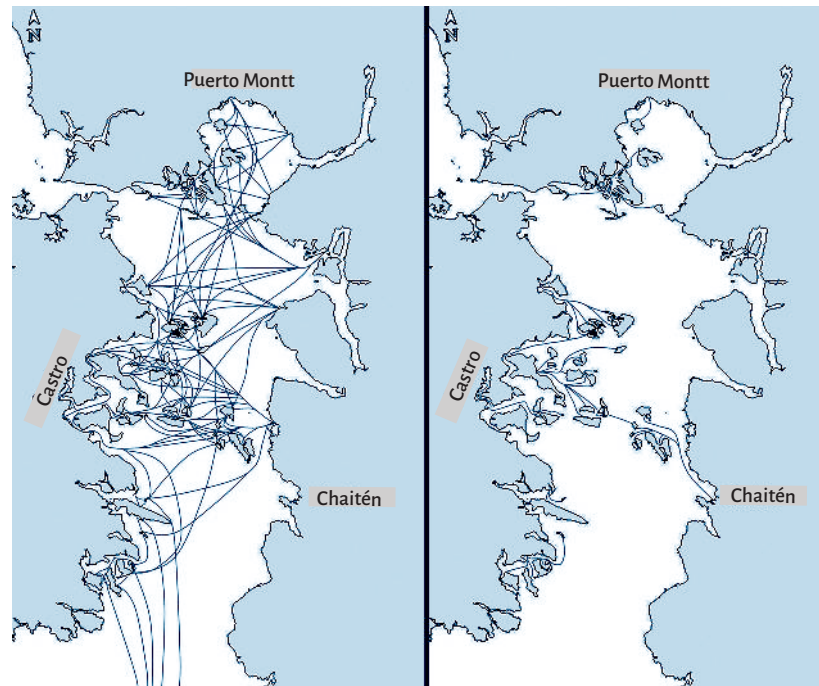
La movilidad y la adquisición de experiencias

“(...) La movilidad debe percibirse como algo más que un mero desplazamiento; la movilidad debe comprenderse como un importante capital social en tanto que permite el acceso de los individuos a una red de relaciones sociales, conocimientos y territorios distintos (Le Breton, 2004; Kaufmann, 2001) imprescindibles para el desarrollo de su vida cotidiana” (Avellaneda y Lazo, 2011: 55).

Se ha insistido en la importancia que tiene la movilidad como soporte identitario. Es cierto que muchos desplazamientos obedecieron y obedecen a la búsqueda de oportunidades para sostener la estrategia económica pluriactiva de las familias isleñas. Pero también lo hacían para recrearse (torneos de fútbol) o desplegar su cosmovisión (fiestas religiosas). En todos estos ejercicios, la búsqueda de reconocimiento muchas veces adquiere una connotación incluso mayor a la económica, como sucede con las mujeres feriantes que parten rumbo a centros urbanos lejanos a vender sus mariscos y hortalizas, “subvencionando” al comercio con su esfuerzo, pues más que ganar dinero terminan obsequiando sus productos a los compradores por el bajo precio que cobran versus el gasto en el que incurrir durante todo el proceso. Un canasto de papas implica meses de siembra, aporcado, desmalezamiento y extracción; o que un canasto de mariscos representa todo un día de trabajo y muchas veces largas distancias a pie para llegar a la playa indicada.

La imposición de fórmulas exógenas y centralizadas de movilidad ha afectado la vinculación histórica que existía entre islas, ya que la implementación de recorridos subvencionados opera unidireccionalmente hacia las cabeceras comunales. Es decir, hacia los puntos más cercanos desde los que puede abordarse el transporte terrestre. Se estableció un patrón de comportamiento basado en la eficiencia (gasto y tiempo) y una racionalidad netamente vial. A pesar de los parabienes con que los habitantes evalúan esta instancia, pues baja costos de traslado, se advierte un debilitamiento sostenido de estas islas a largo plazo y de su tejido social (Hidalgo et al., 2015; Álvarez; 2018), ya que impacta directamente el ejercicio de movilizarse por cuenta propia, cuya motivación iba más allá de hacerse de víveres o resolver trámites municipales. Si se compara esta situación con las actuales rutas de navegación subvencionadas, la imagen que resulta es desalentadora (Mapa 6).

Mapa 6: comparación entre y pasado y presente de vínculos frecuentes entre islas y continente



Izquierda: algunos de los vínculos que eran frecuentes entre islas y el continente y que no necesariamente respondían a aspectos productivos (hasta finales del siglo XX).

Derecha: el fomento de rutas subsidiadas, durante este milenio, ha impuesto una lógica de conectividad basada en el acercamiento de las personas hacia centros urbanos o hasta paderos que los acercan –a través de transporte terrestre- hacia éstas. Con ello, las familias insulares han debilitado drásticamente el tejido interinsular que las unía y han comenzado gradualmente a adquirir tiempos continentalizados.

Fuente: elaboración propia.

Esta dinámica es sincrónica a las normativas que inmovilizan a estas comunidades hoy en día. Los reclamos respecto a las cada vez más exigentes condiciones para navegar se multiplican en ambos archipiélagos e incluso en Magallanes:

“Me gustaría tener esa libertad de poder navegar, andar por todos lados sin tener esa restricción, que a uno le exigen demasiado. ¡Si uno conoce, uno sabe! No hay necesidad de andar con un tremendo montón de papeles para poder... poder andar. Conozco completo todo esto, las Wollastone, toda la isla Hoste por la parte de afuera. Conozco hasta Punta Arenas por todos los canales y en bote a remo, no a motor. Conozco isla por isla. Antes se andaba a vela. Yo a los quince años andaba de forma independiente navegando a vela y acampando solo. Y ahora no dejan a un niño embarcarse, ni a las mujeres, porque no permiten acá a las personas navegar sin que tenga un carnet de pesca o algún permiso especial de gobernación. A los quince días de haber nacido yo ya andaba navegando ya. Crucé el canal Beagle, mi primera travesía”

(Martín Gonzales Calderón, miembro de la comunidad Yagán. documental Tanana, en Serrano y Azócar, 2016).

La movilidad fue clave en la búsqueda de dinero para apalancar recursos que de otra forma no habrían podido lograr en sus islas de origen y también para paliar siniestros tan graves como el tizón⁶⁷ y el terremoto, eventos que los dejaron impedidos de trabajar en sus islas y abastecerse de forma normal⁶⁸. Al igual que con el arquetipo isleño, esta movilidad también dejó una imagen fija y estereotipada en el país: la de los chilotes viajeros por la Patagonia, la que era llamada “migración golondrina” en alusión a su estacionalidad coincidente con estas aves (Saldívar, 2017). Ésta adquiría con frecuencia una connotación negativa, como en Punta Arenas, donde era frecuente que se los mencionara en la prensa como “obreros, porque trabajaban en las estancias, lo que se asociaba con conflictos, anarquismo” (Arteche, S. Comunicación personal, 2018). Es interesante constatar que la mitad norte del archipiélago de Chiloé se desplazó hacia el resto del continente, mientras que la mitad sur, con un mayor porcentaje de población williche, incluyó de forma importante los canales australes hasta alcanzar el Cabo de Hornos (Álvarez et al., 2015). No por nada, estas poblaciones isleñas meridionales poseen vínculos genéticos con poblaciones de Fuego-Patagonia (García et al., 2004).

⁶⁷ Hongo que deteriora al tubérculo, impidiendo su consumo (*Phytophthora infestans*).

⁶⁸ Considérese cómo siniestros actuales, como las FAN y vibrión parahemolítico, afectan la movilidad de subsistencia de estas miles de familias, situación que no ha sido debidamente estudiada hasta ahora (FAN: Floraciones algales nocivas, más comúnmente llamada “marea roja”).

También se sabía sobre ellos en forma más cotidiana por la presencia de mujeres isleñas que trabajaban puertas adentro en las ciudades más grandes del país o cuando se los exaltaba como patrimonio folklórico (y exótico) del sur de la nación. Pero el terremoto de 1960 activó la intervención del Estado, dejando entrever que mientras el país avanzaba, grandes porciones periféricas del mismo habían quedado rezagadas, estáticas, en el pasado (Mansilla, 2002), y era una responsabilidad humanitaria intervenirlas. Este evento fue clave porque abrió el acceso a rutas terrestres que se transformaron en nuevas oportunidades de movilidad, cuando era posible acceder a fuentes laborales sin educación formal. Pero también abrió las barreras para que muchas especies de interés comercial iniciasen su incorporación al mercado y que los modos de trabajo para explotarlas se volvieran gradualmente más eficientes en ello: las industrias comenzaron a trasladar parte de su equipamiento hacia estas zonas y a movilizar a miles de “jornaleros” de otras tierras para extraer estos recursos por un mínimo de inversión.

La movilidad histórica permitía a estos isleños e isleñas ganar experiencia, tal como ha sucedido con otros miles de isleños de otras partes del mundo: “Me fui de mi aldea Kabalután. Crucé el mar. Es así como nuestra gente explora y busca experiencias. Si me hubiera quedado en Kabalután no habría completado mi experiencia. Pero como viajé, vi un montón de cosas y tuve muchas experiencias”⁶⁹. Este relato es similar a la memoria colectiva de los archipiélagos de ambas regiones:

“Es un gusto por viajar. El chilote curioso, el chilote patiperro (...) pareciera que estuviera latente en el alma el hecho de querer salir, de viajar, de ir a ver mundos. Es muy fuerte y probablemente sea precisamente por la incomunicación: si no sales no hay cómo ver el mundo. No hay cómo conectarse si no es saliendo. O la condición misma del poblador de Chiloé que quedó aislado y que tenía que ir a sus márgenes a buscar todo aquello que fuese necesario, pero también para ir a explorar esos márgenes que son suyos, como el continente, Nahuelhuapi o Las Guaitecas. Pero también probablemente tenga que ver con la movilidad indígena”

(Historiadora, entrevista semiestructurada, 2017, Valparaíso).

⁶⁹ Reed, J. y Morgan, J. 2015. Jago, a life underwater. Reino Unido.

“Los chilotes parecen estar siempre en movimiento (...) no es posible imaginarse el paisaje aquí sin esos obstinados transeúntes que se cruzan en los lugares y momentos más inesperados”
(Grenier, 1984: 35).

El derrotero de movilidad en ambas regiones era extremadamente complejo. Casi la totalidad de la costa fue reconocida y descrita en una suerte de toponimia oral, que muchas veces la cartografía formal no ha incorporado (Álvarez et al., 2015). Este hecho es muy significativo porque al aparecer “vacíos” se refuerza la idea de espacios que nunca fueron ocupados y, por tanto, están desaprovechados. Sin embargo, se trata de espacios presentes en la oralidad y basta hablar con cualquier isleño e isleña para constatar que incluso algunas rocas costeras poseen, si es importante, su propio topónimo. Esta compleja movilidad se puede simplificar (Mapa 7) apelando a la ruta N-S que conectaba el seno de Reloncaví con Magallanes (sorteado tanto por el golfo de Penas como por dos rutas interiores a través del istmo de Ofqui) y también a través de múltiples ejes E-O que vinculaban a las islas con la Isla Grande (en el caso de la región de Los Lagos), el Océano Pacífico (en Aysén) y el continente⁷⁰.

⁷⁰ Es interesante constatar cómo estas rutas siguen vigentes y muy activas, por ejemplo, al visualizarlas en plataformas cartográficas como <https://www.marinetraffic.com/en/ais/home/centerx:-62.4/centery:-52.6/zoom:5>. Eso sí, han desaparecido por completo aquellas rutas que implicaban “pasos de indios”, esto es, acarrear las embarcaciones por tierra para sortear zonas de peligro, como ocurría cuando se evitaba el golfo de Penas a través del lago Presidente Ríos o la laguna San Rafael.

Mapa 7: rutas más relevantes de movilidad insular



Fuente: elaboración propia.

Si bien existe la noción de que esta movilidad tiene en la historiografía nacional un carácter principalmente masculino, es necesario señalar que también tuvo como partícipes a mujeres, cuyo rol poco a poco comienza a visibilizarse. Hoy en día, la participación explícita de las mujeres en la movilidad laboral debe ser considerada como una oportunidad para fortalecer el tejido insular, lo que representa un gran desafío ya que obliga a reestructurar esquemas fuertemente conservadores:

“Las mujeres, sobre todo las más adultas, ven con recelo a las mujeres jóvenes que trabajan, que viven en las ciudades y que cuidan solas a sus hijos. Hay muchas veces una diferenciación entre las mujeres que viven en el pueblo y aquellas que viven en la ciudad, pues las primeras ven con prejuicio a las segundas. Al mismo tiempo, muchas manifiestan contradicciones al considerar como algo positivo el hecho de ser independientes y ganar dinero, a la vez que sienten pesar por tener que descuidar a la familia y a los hijos (...) los procesos de modernización en los que se encuentra el archipiélago de Chiloé sitúan sobre todo a las mujeres en un espacio sociocultural contextualizado entre lo global y lo local, seducidas por la modernidad, pero también conscientes de las potencialidades y facilidades que otorga la vida en la ruralidad insular”
(Lazo, 2017: 349).

Su tránsito hacia esta posibilidad de libertad de decisión ha sido especialmente importante si se considera que a principios del siglo ~~xx~~ aún estaban restringidas a asegurar el arraigo a la propiedad en las islas y la crianza de las familias. Las percepciones levantadas en base a los relatos recabados en ambas regiones son importantes pues también develan una significativa reflexividad, como se expresa en la Tabla 2:

Tabla 2: Reflexiones sobre el pasado y presente de la movilidad femenina insular

Tiempo	Positivo	Negativo
Pasado	<p>Ser trabajadora puertas adentro, ir a vender a las ferias urbanas o trabajar en una planta procesadora en la ciudad (entre otras alternativas) permitiría enviar dinero regularmente a la familia en las islas. También ser reconocidas a pesar de los cuestionamientos que ello les traía respecto a sus pares. Muchas veces lograban armar familia y proyectarse en entornos urbanos. Con ello adquirirían mayor reconocimiento aún, el que era experimentado por sobre todo cuando visitaban a sus parientes en las islas, trayendo consigo obsequios y "vistiendo" su modernidad.</p>	<p>Exposición a malos tratos, prejuicios e invisibilización en los relatos. Las condiciones altamente vulnerables en las que trabajaban eran compensadas con salarios mínimos: "Yo me fui a trabajar súper cabrita para afuera (...) a los 14 años (...) sufrí harto cuando salí a trabajar en casa particular" (isleña, isla Ascensión). En general, vivían desempeñando un rol devaluado en un contexto altamente machista y segregador: "Antes la gente era más machista (...) (Antes) el hombre era hombre no más, po: no importa que ande por ahí linchando, tomando, peleando... total era hombre. Y después la mujer tenía que ir, llegar y estar ahí sumisa, ojalá que no chillarle mucho. Ahí mandaba el hombre, mandaba pantalón, no el colalés" (Isleña, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).</p>
Presente	<p>Movilidad facilitada por un mayor nivel educativo en un contexto de menor discriminación por género que ha aumentado las opciones laborales, generalmente en las ciudades, y con mejores condiciones de trabajo. Es posible también adquirir roles protagónicos en las organizaciones ligadas al trabajo (como STI) y por lo mismo, movilizarse para establecer tratos con autoridades y representar a la comunidad. Por otro lado, la movilidad también puede ocurrir por simple placer (viajar con fines turísticos), sin que se cuestione el hecho. Finalmente, el prejuicio intrainsular comienza gradualmente a menguar respecto a la posibilidad de autonomía femenina, incluso en los casos de las jefas de hogar (aunque este último rol haya existido muy frecuentemente en el pasado, pero no explicitado): la mujer soltera con hijos "antes" era signo de extrema pobreza y hoy en día –si bien se mantiene parcialmente- también es sinónimo de poder ser autovalente.</p>	<p>Todavía persisten prejuicios fuertemente anclados en la tradición insular, pues se tensiona el rol histórico de jefe, proveedor, de los hombres. El Estado entabla relaciones con las organizaciones productivas locales bajo una lógica masculina (se habla con hombres) y se privilegian y visibilizan los trabajos masculinizados, devaluando aquellos que poseen un carácter femenino (como la recolección de algas, pompón, hortalizas, etc.). El embarazo sigue estando estigmatizado, aun cuando las familias isleñas siguen acogiendo a los niños y niñas que nacen producto de la movilidad femenina hacia las ciudades y otros lugares fuera de las islas. Finalmente, las mujeres siguen teniendo menos opciones de trabajo y siguen siendo vulnerables a tratos indignos, como sucede con las mujeres que venden en ferias urbanas, expuestas a la lluvia y al acoso de intermediarios e inspectores.</p>

Fuente: elaboración propia en base a entrevistas individuales y grupales desarrolladas durante los años 2016 y 2017.

Esta movilidad femenina es interpretada desde el modelo de desarrollo como una justificación para implementar intervenciones basadas en el emprendimiento, obviando el hecho de que si bien posee una dinámica intensa, para considerar la factibilidad de emprendimientos económicos que perduren en el tiempo se requiere más que un incentivo económico inicial, sobre todo redes de contacto con la E..O. que las isleñas no poseen y que más bien están restringidas a un grupo de mujeres de mayores ingresos económicos (Puga y Soto, 2018).

La movilidad también formaba parte del proceso formativo consuetudinario, situación que sigue vigente hoy en día cuando el núcleo familiar entero se desplaza para el desarrollo de alguna actividad, por ejemplo, la búsqueda de algas. El desplazamiento, generalmente con fines productivos, implica de este modo el ingreso de los más jóvenes a una modalidad donde el conocimiento se adquiere en el hacer: “El matrimonio salía con todos arriba. Mis chicos andaban pa' todas partes (...) uno tenía 10 años, otro 12 años. Andábamos dos días, tres días pa' llegar, trabajando, así se hacen hombres” (Iisleño, isla Ascensión, entrevista semiestructurada, 2010).

Por otro lado, la modalidad de desplazamiento posibilitaba un espacio y un momento de especial relevancia para ejercitar el relato, donde se intercambian experiencias que luego son comentadas en detalle a los familiares y comunidad, y que llegan incluso a ser preservadas y transmitidas entre generaciones cuando son especialmente significativas. Esto, por cuanto la embarcación ofrece un contexto en que se facilita el diálogo y la reflexividad, situación muy distinta a aquella experiencia que se vive en tierra, a bordo de un minibús, donde la disposición lineal de los asientos no hace posible ese tipo de interacción (Fotografía 27).

Fotografía 27: desplazamiento entre isla Quehui, región de Los Lagos, y Castro



En la hora y media de viaje se generan múltiples oportunidades de diálogo que más tarde son rememoradas en la ciudad y al regreso en el hogar.

Fotografía: Ricardo Álvarez, 2016.

La movilidad como relato adquiere escalas distintas, entre las que destacan aquellas que implicaron distancias importantes, como las que experimentaban las cuadrillas de pescadores que viajaban entre las islas de Chiloé hasta Las Guaitecas, Los Chonos o incluso el canal Beagle, y que están llenas de peripecias y hazañas. Es interesante constatar estos viajes desde la perspectiva de las familias que se quedaban en la isla de origen, advirtiendo cómo quienes se movilizaban (con frecuencia el padre y hermanos) iban gradualmente experimentando distancias más largas sin perder el contacto:

“Primero mi papá trabajaba la leña y la iba a vender a Quellón, a la fábrica, y así compraba nuestras cositas. Y después mi papá empezó a viajar, a viajar. Se fue para el sur, por Melinka, por ahí andaba viajando. Y después hizo un viaje más largo: se fue de aquí en chalupa a Punta Arenas... ¡pasó el golfo de Penas en chalupa, a vela y remo! Y ahí estuvo mucho tiempo. (Luego) se fue hasta Puerto Williams, en chalupa, y ahí en la isla Navarino tenía un hermano que vivía ahí. Ese hombre tenía casa, tenía animales, ovejas, tenía todo. Así que después mandó a traer (a su familia)”

(Isleña, isla Cailín, entrevista semiestructurada, 2014).

Las distancias comprometidas en este relato hablan por sí solas: el primer tramo entre isla Cailín y Quellón es de tan sólo 8 km desde el fondo de su bahía. El segundo viaje, hasta Melinka, aumenta a 80 km. El tercero, hasta Punta Arenas, es de unos 1.500 km (en línea recta, cifra que aumenta considerablemente si se respetan las sinuosidades de los canales) y finalmente, el viaje hasta Puerto Williams agrega unos 480 km (lineales, misma situación) navegando. En total, unos 2 mil km a remo y vela, si no más. Tales hazañas evidentemente otorgaban reconocimiento a sus narradores. Lo mismo sucede hoy cuando una mujer joven de una isla se titula como profesional en alguna ciudad o cuando un hijo forma parte de un buque factoría en las costas de Sudáfrica u otras partes del mundo. Muchas de estas historias además se cargan de humor en el momento del relato, donde la “mentira”, entendida como un recurso narrativo que transforma un hecho concreto en una dramatización comediada, enriquece sustantivamente el acto relacional de compartir historias que vinculan a estas comunidades y familias entre sí⁷¹.

Así vista, la movilidad ha llegado a jugar un rol tan importante en el marco del habitar insular que las dificultades que se dan hoy en día para recrear dicha práctica impactan en forma integral la actual construcción identita-

⁷¹ Luis Sepúlveda, escritor chileno, en su libro Patagonia Express menciona la mentira como un recurso a menudo utilizado y aceptado entre la gente, advirtiendo al mismo tiempo la distinción entre ésta y engaño: “Las mentiras son una prueba de que es posible entenderse más allá de los parámetros de las leyes lógicas de la comunicación. Son una prueba de libertad bajo las estrellas” (Luis Sepúlveda en <http://www.elmundo.es/cultura/2017/08/08/5988boaez704e53238b4622.html>).

ria, capacidad de resistencia y los haceres en dichos territorios. Esto sucede, por ejemplo, con las generaciones de adultos sin cuarto medio y los ancianos, cuya inmovilidad actual ha derivado en una transformación del rol que ellos cumplían. Así, de un papel activo en la vida insular, en tanto portadores de una sabiduría que se expresaba en la construcción de dicho habitar y en la participación en la toma de decisiones, han pasado a constituirse en un problema para las familias insulares, quienes ya no cuentan con recursos para mantenerlos o enviarlos a centros de cuidado⁷².

Por otro lado, la movilidad festiva también se ha transformado: considérese, por ejemplo, la importancia que tenían los torneos de fútbol, los que obedecían al ímpetu por reunirse colectivamente para activar y reforzar la cohesión insular, transmitir información o incluso atraer a la E.O. hacia sus lugares de residencia:

“Una de las cosas que hacíamos para poder invitar a funcionarios del municipio u otras organizaciones era armar partidos de fútbol. Entonces hacíamos una reunión y después armábamos un partido de fútbol, y ahí juntábamos a la gente y las ideas que tenían en ese coloquio las decían. Ya sea el presidente del sindicato, de la junta de vecinos (...)”
(Ex profesional Servicio País Quellón, entrevista semiestructurada, 2017).

Este acto es especialmente relevante cuando permite valorar estrategias de vinculación que ponen énfasis en lo festivo en tanto parte fundamental de los procesos de desarrollo promocional de comunidades que habitan territorios rezagados y excluidos. Asimismo, ha servido para facilitar una mayor visibilización y participación de las mujeres (Fotografía 28). Ahora bien, al igual que otras dimensiones analizadas de la realidad insular, este tipo de instancias también ha resultado afectada producto de la introducción de prácticas que fomentan las desconfianzas. Así, la pérdida de estos eventos es probablemente uno de los indicadores más explícitos de la actual crisis que viven las islas:

⁷² Los relatos son abundantes respecto de personas de la tercera edad que fallecen solas en las islas.

“Yo tuve... tengo el orgullo de haber formado el Club Deportivo Balletero, un gran club deportivo. Lo formamos el año 1982 (...) y con mi club deportivo anduvimos a todas partes: ganamos los campeonatos locales, ganamos los campeonatos zonales, fuimos a los regionales y fuimos a varios nacionales al norte (...) y después (...) cuando empezaron a llegar los dirigentes que le cancelan, le empezaron a pagar y se fue perdiendo porque todos pensaron: ‘yo voy a ser dirigente pero quiero que me paguen un sueldo’. Y por eso que (...) estamos desunidos (...) acá en Puerto Melinka”
(Isleño, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

“Yo formé un club deportivo de mujeres (...) después las niñas que me ayudaban salieron, se fueron a trabajar afuera (ciudad) y ahí murió”
(isleña, isla Alao. Entrevista semiestructurada, 2017).

“La gente están muy desunidos, muy desunidos. Nos encontramos en la cancha (de fútbol) y por casualidad nos decimos algo... una mirada, ¡nada más! Somos como desconocidos”
(Isleña, isla Chaullín, entrevista grupal, 2017).

Fotografía 28: equipo deportivo de Isla Chaullín, Quellón



Fotografía: Solange Durán, 2003.

A pesar de las dificultades, la movilidad sigue dándose en términos colectivos, aun cuando las personas corren el riesgo de ser fiscalizadas y multadas. Es lo que ocurre, por ejemplo, con los viajes que se realizan para la recolección de luga, periplo que se realiza entre la primavera y el otoño y en el que cientos de familias completas, incluyendo niños, ancianos, mascotas y ganado menor se embarcan para estar durante un par de semanas o meses trabajando de forma trashumante (Fotografía 29):

“Llevan hasta sus animales. Las personas que tienen chanchitos, perros, gatos, los llevan igual. Dejan sus casas cerradas en el verano y se van a esas ranchitas a mendigar (...) Algunas familias se van antes de Navidad, y desde ahí empiezan ellos y vuelven hasta marzo, cuando los niños se vuelven al colegio”

(Isleña, isla Alao. Entrevista semiestructurada, 2017).

Fotografía 29: una “rancho” en el borde costero de isla Chulín, región de Los Lagos

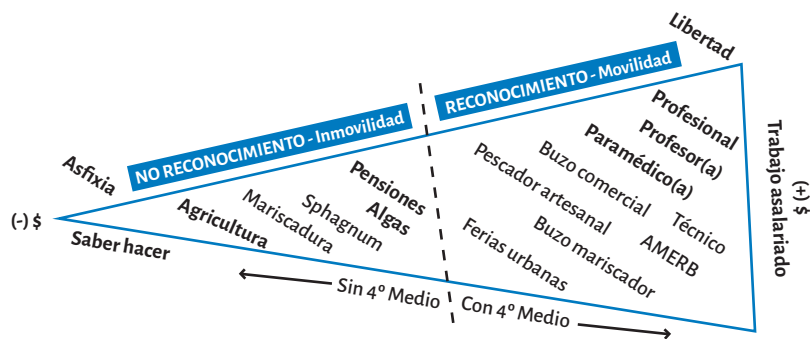


Esta pequeña vivienda es ocupada por familias provenientes de otras islas durante la temporada de luga. Este tipo de habitación, si bien ha cambiado de materialidad en el tiempo, es la arquitectura más representativa de la insularidad, aunque se le devalúe por su sencillez. Además, situándose en el borde costero, es respetada por las familias residentes pues ellos también poseen sus propias ranchas en otras islas.

Fotografía: Ricardo Álvarez, 2016.

Finalmente, es necesario comprender la movilidad como una manifestación de imaginarios y satisfactores subjetivos, en los que se entrelazan los oficios o actividades que pueden ser ejercitadas por los y las isleños, su valoración, su grado de libertad y de reconocimiento (Esquema 6). Esta configuración permite comprender muchos de los fenómenos de movimiento actual que tensionan a estas comunidades tanto por rango etario como por género. No se trata de insistir en la recuperación de un pasado idílico donde se recree la libertad de los viajes de antaño sino de considerar, a partir de las subjetividades que implican estas prácticas, la posibilidad de abordarlas como factor de desarrollo o buen vivir local más inclusivo en el marco de los procesos de modernización actual. Desde hace un buen tiempo, los satisfactores que les permiten a los isleños más jóvenes sentirse realizados están en las ciudades. En este escenario, más que intentar la recreación de las ciudades en las islas (situación del archipiélago aysenino) o fomentar una imagen urbana que promueve la fuga, se hace necesario repensar las oportunidades que otorga la nueva forma de vincularse entre las ciudades y las islas. Los jóvenes experimentan otros medios de comunicación que facilitan, paradójicamente, estar más cerca de sus familiares isleños, pero viviendo lejos físicamente.

Esquema 6: motivantes que explican la movilidad actual, muchas veces subjetiva y no tanto por detonantes objetivos



Fuente: elaboración propia en base a entrevistas individuales y grupales desarrolladas durante los años 2016 y 2017.

Las ferias urbanas como indicador diagnóstico de la situación insular

En el marco de lo expuesto anteriormente, es relevante considerar el análisis de las ferias en tanto nodos de vinculación entre islas y ciudades sobre los que se articula un sistema de cadenas cortas a las que siempre se ha accedido para generar dinero:

“Las ferias son buenos espacios (...) porque con veinte o veinticinco mil pesos salva el día... ¡pero el producto vale sesenta mil! Lo que uno podría hacer es acercar más los espacios. O sea, ahora hay organizaciones de consumidores. Entonces tú podrías decir ‘yo, organización de productores, me interesaría conversar con esa organización de consumidores’ y decir: ‘mira, saltémonos al intermediario y trabajemos de manera directa’, pero falta quien haga ese trabajo (...) hay que buscarle la medida a cada territorio”
(Agrónomo. Entrevista semiestructurada, 2016, Puerto Montt).

“Yo viajaba (desde Melinka). Llevaba dos, tres bultos de pescado, altos así, las chiguas, puro pescado estancadito, oreado. Y me iba al puerto de Castro y ahí lo vendía todo mi pescado, vendía la cholga, vendía el luche... ¡y así crecí mis hijos!”
(Isleña, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

“Yo dependo de esto. Yo vengo a vender, después compro mis cosas, mis abarrotes, mi gas, mis cosas de comer. Entonces es importante para mí, porque si yo no vengo a vender un fin de semana son cosas que me faltan durante el resto de la semana. Nosotros compramos las cosas semanales, porque con esto tampoco uno se hace mucha plata, ¡lo justo y necesario, no más!”
(Isleña, isla Maillen. Entrevista semiestructurada, 2017).

De esta forma, las ferias se convierten en activos que dinamizan servicios isleños que son de gran valor para quienes habitan ciudades, como la provisión de alimentos de gran calidad. Ahora bien, el dinamismo de dicho vínculo se ha visto dificultado por la aparición de intermediarios que de forma inescrupulosa y no regulada comienzan a controlar y alterar esta actividad, promoviendo un ejercicio que conduce a la precarización y que lleva largo tiempo operando sin un marco adecuado que lo regule:

“Como teníamos una lanchita velera llevábamos (mariscos) a vender a Puerto Montt y la gente en Puerto Montt lo compraba (...) ¡pucha la gente, se peleaban! Después lo que pasó es que ahí se pusieron unos comerciantes a trabajar ahí en la playa... ellos pescaban todo el negocio que nosotros llevábamos y nos compraban y ellos revendían. Así se fue formando Angelmó”

(Isleño, isla Chidguapi. Entrevista semiestructurada, 2014).

Pese a lo anterior, se trata de un ejercicio comercial que impacta positivamente en las mujeres, fortaleciendo las economías familiares y generando reconocimiento. De esta forma, las ferias se constituyen en puntos estratégicos de intervención a nivel urbano, donde un diseño pertinente y sensible a las dinámicas de vinculación que allí se dan puede favorecer el desarrollo de los sistemas insulares (FSP, 2017). En este sentido, es posible generar modificaciones en la forma de operar de las ferias urbanas (y su propia estructura) para activar e incentivar sectores determinados de una isla o grupos de islas. Lo anterior ocurre en un marco integral de actuación que además permitiría la mejora de la conectividad entre lo urbano y lo insular, tomado en cuenta los días en los que ocurre este evento, así como también la implementación de marcos normativos que regulen la comercialización de los productos que allí se ofrecen. Se trata de un proceso complejo en el que se generan continuamente tensiones con los grupos de intermediarios, cuyo acoso irregular puede incluso llegar a la violencia física (Boldrini, 2017).

Dichas estrategias tienen el potencial, en definitiva, de agregar valor a las cadenas productivas dinamizadas por las economías domésticas insulares. Usualmente, la imagen de uno o dos canastos con productos hortícolas y costeros no da cuenta del esfuerzo que implica su producción, caracterizada por ciclos de recolección-cultivo-crianza que oscilan de acuerdo a la luna, las mareas y las estaciones, y en los cuales se despliega casi la totalidad del núcleo familiar. La Tabla 3 muestra, por ejemplo, el cronograma de actividades que una mujer de isla Maillen, en la comuna de Puerto Montt, realiza cada sábado para vender sus productos en la feria de Angelmó o Presidente Ibáñez y que sintetiza lo que ocurre con todas las familias isleñas que acceden a ferias urbanas. La edad promedio de las vendedoras es

de 40 a 70 años, muchas de ellas con estudios secundarios incompletos y con escasas probabilidades de acceder a fuentes laborales. De allí que la actividad en las ferias constituya para muchas de estas familias un soporte vital para su subsistencia.

Fotografía 30: Feria Presidente Ibáñez, Puerto Montt, Los Lagos



Cada “puestera” se acomoda y entre todas forman un pasillo peatonal en el que buscan atraer a los compradores a través del colorido de sus productos.

Fotografía: Ricardo Álvarez, 2016.

Tabla 3: representación sintetizada del esfuerzo que existe detrás de la venta de productos isleños en la feria de Angelmó o Presidente Ibáñez

Horario	Tipo de actividad
Lunes - viernes	Recolección y acopio de moluscos ⁷³ , productos agrícolas, huevos, aves, artesanía y cualquier producto comercializable. En estas labores participa el grupo familiar, principalmente mujeres y niños. En paralelo, se trabaja en el hogar y en el campo, y si el esposo es pescador se lo apoya en el mantenimiento de los artilugios de pesca ⁷⁴ .

⁷³ Para su mantención y venta en fresco los moluscos son dispuestos en *cholchenes* (pozas circulares ubicadas en el intermareal). Asimismo, pueden ser procesados ya sea en *chaitunes* (mariscos desconchados, cocidos y conservados en el refrigerador) o, en menor medida, ahumados.

⁷⁴ Eventualmente, una o más mujeres de la familia pueden lograr un cupo para acceder a trabajos asalariados esporádicos financiados por la municipalidad (por ejemplo, recogiendo basura en el borde costero, o desmalezando, o reparando caminos, etc.), pero ello requiere sortear obstáculos propios de la E.O., como contar con 4º año medio cumplido. Miembros de la familia participan de reuniones asociadas a las múltiples organizaciones que existen en la isla, cuyo objetivo es acceder a programas de agua, luz, posta, emprendimientos, etc. Ello se debe a que no existe una figura única para resolver la vida y deben fragmentarse pues así lo exigen las condiciones de la E.O.

Sábado, 5 am	Inicio jornada de feria. Una o más mujeres (y en menor medida hombres) se desplazan a la rampa de salida de embarcaciones. El trecho puede ser cubierto a pie, en minibús (si los hay) o, si se dispone de dinero, a través un flete.
6 am	Traslado. Zarpe hacia Angelmó. En otras islas este zarpe ocurre mucho más temprano y recién amanece cuando están llegando a destino. La duración del viaje es variable dependiendo del clima y en él se genera un primer espacio de conversación e intercambio de experiencias.
7 am	Instalación. Las feriantes se instalan en el estacionamiento de Angelmó ⁷⁵ o en algún otro lugar dependiendo de la negociación con los intermediarios ⁷⁶ . En el primer caso se recrean espacios de venta en forma de pasillos, pero las vendedoras corren el riesgo de ser fiscalizadas por inspectores municipales. Aquellas feriantes que no quisieron negociar con los intermediarios optan por vender en la playa o se quedan embarcadas esperando que algún comprador suba a bordo. Pero incluso allí son acosadas y muchas veces, amenazadas.
7 am - 14 pm	Venta de productos. La venta se realiza al aire libre y generalmente de manera silenciosa (Fotografía 30). Dado que la feria ocurre al aire libre, las mujeres deben protegerse de la lluvia ⁷⁷ recurriendo a un toldo o cubrirse con impermeables. En general, el proceso de venta dura hasta las 13:00 hrs. horario después del cual se considera la opción de vender a bajo precio el remanente (generalmente a intermediarios) o derechamente, dejarlo en el lugar.
14 pm - 15 pm	Abastecimiento. Compra de víveres y otros elementos necesarios para el hogar en el comercio local. Con frecuencia se recurre a mercadillos baratos o supermercados mayoristas, donde las mujeres adquieren productos de bajo precio y baja calidad si se comparan con sus propios alimentos ⁷⁸ .

⁷⁵ Ello ocurre porque no hay infraestructura para ellas.

⁷⁶ Quienes generalmente condicionan los precios que deberán cobrar o presionan para que les vendan sus productos a muy bajo precio. En ocasiones este evento provoca que las mujeres entreguen inmediatamente su “carga” con el fin de evitar el conflicto y las amenazas.

⁷⁷ “Cuando llueve estamos todos amontonados aquí (muestra el sector “techado”, que pertenece a la parte baja de los palafitos), muertos de frío, porque esto se gotea y queda lleno de agua. Acá abajo (apunta el suelo bajo sus pies) queda lleno de agua, entonces uno trabaja encima del agua. Es complicado, ya que uno pasa mojado desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde, cuando uno llega a su casa” (Mujer, isla Maillen. Entrevista semiestructurada, 2017). “Ojalá colocaran algo para cerrar, ya que nosotros somos cristianos, no somos animales. ¡Mire cómo está ahora! (haciendo referencia a la lluvia). La gente viene a vender con guaguas aquí” (Isleña, isla Maillen. Entrevista semiestructurada, 2017).

⁷⁸ De hecho, en el imaginario insular poco a poco comienzan a asociarse estos víveres con las enfermedades que los afectan.

16 pm	Regreso. Las feriantes abordan la lancha en la rampa para retornar a sus islas. Durante el viaje se genera un nuevo espacio de diálogo ⁷⁹ . Si no se alcanza a tomar esta lancha, deben esperar hasta el día siguiente o el lunes para retornar. En este caso se recurre a familiares que viven en la ciudad, a casas de acogida o al Hogar de Cristo ⁸⁰ .
17 pm	Arribo a la isla. Se inicia el ejercicio inverso, ya sea a pie, en minibús o fletando una camioneta con los víveres que servirán para el mantenimiento familiar durante la semana.

Fuente: elaboración propia en base a entrevistas individuales y grupales desarrolladas durante los años 2016 y 2017.

Esta suerte de ciclo productivo doméstico que se repite todas las semanas implica, como se ha visto, un esfuerzo en el que se moviliza casi la totalidad de los recursos familiares y que requiere sortear una serie de barreras que condicionan su rentabilidad. En la tabla anterior es posible visualizar aquellos obstáculos que derivan de las asimetrías que existen entre estos grupos y otros actores con mayor poder de incidencia, variables a las que se suman las condiciones que dan forma al habitar insular:

“Ellos van a vender a Puerto Montt, a vender sus mariscos los días sábado (...) van a ganarse \$20.000 pesos. Y si lo traen de vuelta... ¡acá no hay luz eléctrica! (se refiere a isla Capera Huapi). O sea: no lo puede guardar. Hay que botarlo o dejarlo regalado en Puerto Montt”
(Dirigente pesca artesanal, Puerto Montt. Entrevista semiestructurada, 2017).

⁷⁹ Este tipo de momentos, por cierto, muy valorados, permiten resumir todos los eventos del día, nuevos hallazgos y oportunidades: “Lo que más me gusta, en lo personal, es venir a la feria porque es algo diferente. Venir a conversar con las compañeras, nos juntamos, reímos, echamos la talla y una sale de lo rutinario y de lo que uno tiene en la casa” (Isleña, isla Tenglo. Entrevista semiestructurada, 2017). “Para conversar con el resto de la gente y salir a distraerme. Porque uno aquí lo pasa bien, se junta con la gente que le viene a comprar, conoce gente de otro lugar. Para mí es como venirme a relajarse y porque hago hartas amigas” (Isleña, isla Maillen. Entrevista semiestructurada, 2017).

⁸⁰ “(...) Cuando se cierra el puerto no dejan salir las lanchas y nosotros tenemos que quedarnos allá, no más, y otras veces nos pasa que estamos en Puerto Montt y justo sale un temporal después de doce y tenemos que quedarnos, no podemos devolvemos a nuestra isla hasta el otro día. Hasta que se abre el puerto de nuevo” (Isleña, isla Maillen. Entrevista semiestructurada, 2017).

El testimonio anterior da cuenta de la realidad de un grupo familiar de isla Capera Huapi compuesto por un anciano y tres mujeres adultas, en el que esta actividad forma parte primordial de la estructura de ingresos que perciben. Si se considera que en un mes esta familia logró vender con éxito sus mariscos, el monto mensual promedio logrado es de \$80.000⁸¹, monto al que se adiciona el aporte que recibe la familia a partir de la pensión de un miembro del grupo, la que asciende aproximadamente a \$120.000 mensuales. Esto significa que este grupo familiar debe hacerse cargo de los gastos mensuales con aproximadamente \$200.000 pesos, monto que en promedio es el que perciben en general las familias del mar interior de Chiloé (FSP, 2016) gracias a la implementación de esta estrategia pluriactiva.

En esta isla, además, no existe otra fuente de trabajo y la agricultura y ganadería están muy restringidas por espacio, y sólo los abastece de alimentos suficientes para la dieta y un pequeño excedente que se vende, precisamente, en la feria. Esto significa que en el caso del grupo analizado, cada miembro dispone de \$1.700 pesos diarios, situación que explica en parte el tipo de estrategia desplegado para mantener un nivel de ingresos con cierta estabilidad, desarrollando múltiples actividades en función de los productos y las épocas del año. Si bien esto ocurre en un marco sumamente restrictivo, revela la gran plasticidad que aún despliegan estos grupos humanos para asegurar su subsistencia, atributo que en gran medida deriva del modelo consuetudinario que diariamente reproducen:

“(En el invierno) hago milcaos al horno. En el verano hago quesos y en estos momentos estoy trabajando con las prietas. Cuando es temporada de manzanas, también traigo manzanas. Pero ahora que se me terminaron las manzanas, estoy vendiendo lana de oveja”
(Isleña, isla Maillen. Entrevista semiestructurada, 2017).

⁸¹ Lo anterior, suponiendo que el ciclo productivo se repitió en forma más o menos estable, partiendo por el hecho de que la familia haya podido desplazarse con éxito al lugar de venta, cosa que no ocurre normalmente por las condiciones climáticas que provocan el cierre de los puertos.



Aparejos para nuevos rumbos

Las dificultades que enfrentan a diario quienes habitan en islas, manifestadas en los capítulos previos, no pretenden sino ser un esbozo de lo complejo que resulta el despliegue de un modo de habitar que continuamente se debe adaptar a un contexto que no considera su voz. Junto con poseer velocidades de cambio mayores, el centralismo no dialogante de nuestro país define requerimientos de enganche que muchas veces tensionan la lógica interna de las comunidades que habitan lo que mal llamamos “periferia”. Pese a ello, estas familias siguen habitando, por sobre todo resistiendo, en un territorio que al mismo tiempo los nutre y desafía, poniendo en juego prácticas en las que ha sido posible articular elementos del pasado con la apropiación de formas modernas⁸². Y si bien todas las barreras y amenazas que enfrentan son susceptibles de ser desactivadas, el esfuerzo que ello implica no descansa exclusivamente en los isleños e isleñas sino que también, y en gran medida, en la manera en que la sociedad acuerda arreglos institucionales que los reconozcan e integren. En lo que viene se esbozan algunos elementos que pueden hacer posible este desafío.

Amenazas manifestadas por los isleños e isleñas

El influjo de políticas asistencialistas ha sido señalado contantemente por las familias isleñas como un detonador inesperado de conflictos internos, pues en muy poco tiempo debilita la capacidad de autovalencia que durante tanto tiempo han desplegado y, por cierto, valorado, las propias personas. Esta precarización las expone a ser más vulnerables al riesgo de siniestros normativos y socio-ambientales, y más afectas a devaluar su autopercepción, lo que las lleva a buscar imaginarios de bienestar lejos, rompiendo los puentes que les permitirían —en caso de arrepentirse— regresar:

⁸² Para conocer en detalle elementos del pasado y presente, y su evaluación —realizados sobre la base de entrevistas y focus realizados en este estudio— solicitar Anexo N°2 en formato digital (pdf) a claudia.munoz@superacionpobreza.cl o a ricardo.alvarez@superacionpobreza.cl.

“Es que ahora la gente más se dedica a pedir las cosas. Antes no, po’, antes no se lo daban. Antes ¿dónde ibas a ir? Antes tenías que ir al monte y buscar sola las maderas para poder hacer cualquier cosa. Ahora no, po’, porque ahora hay municipio y la gente mal acostumbrada que todo se lo dan. La gente vivía antes así y yo lo hallaba mucho mejor porque antes vivía de su trabajo, de lo que uno hacía, y vivía de sus cosechas, de su siembra. Y ahora la gente nadie planta casi. Hay mucha gente que ya no soluciona sola sus cosas”
(Isleña, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

“Antes (imagínese que) ustedes conmigo éramos vecinos, ¿cierto? Teníamos al ladito un sitio. Teníamos que hacer una cuneta (entonces) nos juntábamos los cuatro vecinos, hacíamos la cuneta solos. ¡Y ahora si acaso!... hay un poquito (de charco) y vamos la municipalidad que tiene que solucionarlo”
(Isleña, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

Sin pretender hacer un juicio exclusivamente negativo de ciertas acciones que necesariamente deben estar orientadas al alivio y mitigación de situaciones de carencia a través de medidas de asistencia, lo que esto busca es poner en relieve la importancia de ensayar intervenciones complementarias que fortalezcan los recursos ya existentes en estas familias, promoviendo que éstas, en forma paulatina, ensayen/recuperen mayores grados de autonomía en la resolución de sus problemas, especialmente respecto del control de los medios de los que disponen para aquello. Ahora bien, el desarrollo de las relaciones de dependencia, que en forma tan explícita muestran los testimonios, no hace sino agravar el problema en estas islas: la situación geográfica de estos territorios implica que habrá dificultades para que las políticas públicas puedan llegar a las personas e impactar su bienestar; la paradoja surge, sin embargo, cuando efectivamente logran hacerlo, pues muchas veces, al no reconocer el tejido social sobre el que pretenden –legítimamente- actuar, terminan desactivando o dificultando saberes, haceres y consideraciones éticas de larga raigambre que están a la base de sus capacidades adaptativas. El resultado de esto es una forma de vínculo que aumenta la necesidad de una mayor presencia de dichas políticas, lo que alimenta un círculo vicioso que no hace sino amplificar el malestar de muchas isleñas e isleños. Además, es menester señalar que el concepto de aislamiento, sobre utilizado constantemente para justificar

que las islas son un problema, es sólo un concepto, una idea que si bien en nuestro país posee una connotación negativa, en estos archipiélagos y en otros lugares del mundo es, al contrario, positiva, y en ningún caso asociada a “obstáculo”, “barrera”, “impedimento” o a gastos que superan las capacidades del Estado.

Las islas son islas, tal como enfatiza este isleño: “¡La isla es isla y será isla!... isla significa aislado y eso hay que tenerlo siempre presente” (isleño, isla Caicaén, Calbuco. Entrevista semiestructurada, 2015). Este país posee probablemente uno de los archipiélagos más grandes del globo y por lo mismo debiese ser tan normal estar y hacer en las islas que lo componen como en cualquier parte del continente. Sin embargo, el problema surge a partir de la naturalización de una forma de gestión centralizada y que tiende a reproducirse también a nivel regional, lo que afecta los proyectos de vida de miles de personas que tienen un arraigo con sus territorios, costas e islas, y se proyectan a futuro en ellos.

Cuando el aparato público replica su actuar en forma sectorial, sin mecanismos de coordinación adecuados, termina actuando sobre fragmentos cuya interdependencia está a la base de la compleja realidad insular, llegando en algunos casos a una simplificación que opera en forma dicotómica y mutuamente excluyente, donde, por ejemplo, se es agricultor o pescador, pero no ambas cosas. Asimismo, y tal como se señaló al principio, las normas que regulan los usos del territorio no reconocen zonas de transición como el espacio intermareal, donde no opera ni lo terrestre ni lo marino, desconociendo con esto uno de los recursos más valiosos del modo de habitar insular; a saber, la pluriactividad insular en un paisaje de transiciones permeables. Es por ello que resulta muchas veces complicado para las comunidades adoptar continuamente formas organizacionales que les son extrañas y/o que alteran sus mecanismos históricos de diálogo y consenso, como por ejemplo, la instalación de comités de agua, luz eléctrica, etc., bajo fórmulas que inducen lógicas competitivas y que imponen temporalidades que dado el carácter múltiple del ciclo productivo insular, no pueden ser atendidas. Así, muchas veces la responsabilidad del “abandono obligado” de muchos de estos proyectos e iniciativas es transferida a estas comunidades, las que terminan siendo etiquetadas como indolentes.

Los testimonios recabados en este estudio han permitido dar cuenta de un conjunto de barreras y/o amenazas que configuran la compleja situación de los territorios insulares, algunas de ellas derivadas de la manifestación de las externalidades negativas propias del mercado, otras de los arreglos institucionales vigentes. Sin embargo, y a pesar del grado de naturalización de muchas de ellas, en los mismos relatos es posible también encontrar criterios y lineamientos que podrían ayudar a minimizar su impacto (Tabla 4).

Tabla 4: amenazas que tensionan a las poblaciones insulares hoy en día

Amenaza	Principales manifestaciones	Medidas recomendadas
Precios	Dificultades para la fijación de precios en un marco de negociación asimétrica con actores que intervienen, en forma irregular, como intermediarios en el proceso de comercialización.	Entendiendo que se trata de una figura insoslayable en el proceso, es necesaria una mayor coordinación entre los pequeños productores para acordar acciones en conjunto, por ejemplo, pactando un rango de precios que minimice la aparición de malas prácticas. En ferias urbanas es necesaria además la elaboración de un marco normativo que las sancione en forma oportuna.
Formalización	Existencia de normas que no diferencian la escala de actividades productivas desarrolladas, imponiendo para ello requerimientos que tensionan la sustentabilidad de las economías domésticas que están a la base del modo de vida insular.	Avanzar en el mejoramiento de marcos regulatorios que reconozcan el uso consuetudinario de los espacios insulares, así como las normas que derivan de él.
Marea roja	Imposibilidad de trabajar gatillada por un evento de carácter ambiental que dado el riesgo que implica para la salud de las personas, obliga a la imposición de medidas de restricción por parte de las autoridades sanitarias.	Generar mecanismos de monitoreo local con participación activa y protagónica de los actores involucrados (expertos, autoridades, pescadores artesanales, servicio de salud, etc.). Lo anterior, con el fin de generar información que facilite a las comunidades una mejor planificación de sus actividades a lo largo del año.

Amenaza	Principales manifestaciones	Medidas recomendadas
Zona contigua	Figura administrativa que permite que pescadores de la región de Los Lagos exploten recursos bentónicos de la región de Aysén, lo que genera tensiones graves entre familias y comunidades. Lo anterior, en un marco en el que las posibilidades de negociación son restringidas.	Perfeccionar la zona contigua reconociendo usos no extractivos y generando estrategias que permitan emparejar las condiciones de negociación entre actores. Asimismo, se deben mejorar los mecanismos de compensación que se utilizan, generalmente individuales y de efecto acotado.
Normas sanitarias	Imposibilidad de realizar actividades propias del modelo consuetudinario y donde, más allá del eventual retorno económico que tengan, se recrean los lazos comunitarios que refuerzan la autovalencia insular. Es lo que ocurre en la faena de productos cárnicos, fuertemente regulados por razones sanitarias y tributarias.	Avanzar hacia un marco regulatorio cuyo foco exclusivo no sea la prohibición de las prácticas asociadas al faenamiento de carnes, sino que la disposición de medidas complementarias que aseguren un buen manejo de los productos. Esto es ampliable a las normas sanitarias asociadas a la flexibilización en torno a servicios turísticos (alojamientos, etc.), microempresas familiares, cocinerías y otras.
Restricciones tributarias	Un modelo productivo propio de los isleños e isleñas que tiene, además de una dimensión económica, una función de autosubsistencia que entra en tensión con las exigencias tributarias, lo que pone en riesgo la replicabilidad del modelo. Esto también es visto con malestar cuando se visualizan las rentabilidades que derivan de actividades de mayor escala, por las cuales se percibe que existe un trato preferencial.	Introducir modificaciones que aseguren la exención de pagos para actividades cuya producción tenga un componente de subsistencia importante.
Enajenación de propiedades y espacios de vida	Bajo reconocimiento de derechos de uso y/o propiedad de los espacios insulares por parte de personas y comunidades que históricamente los han habitado. Esta situación genera incertidumbre en las familias, ya que viven con el miedo de que sean expulsadas de sus campos, de sus intermareales y del mar que navegan y utilizan para vivir.	Activar, por parte de los organismos competentes, un plan de regularización efectiva de estos archipiélagos, con énfasis en los espacios de uso consuetudinario. ECMPO.

Amenaza	Principales manifestaciones	Medidas recomendadas
Devaluación del ser insular	<p>Generación de arquetipos que producen la estigmatización de individuos y comunidades que refuerzan los lazos de subordinación y dependencia, lo que se reproduce internamente, promoviendo la fuga de jóvenes.</p>	<p>Es imprescindible mejorar los sistemas sobre los cuales se diagnostican las realidades insulares, avanzando hacia enfoques que pongan también la mirada sobre los recursos y capacidades existentes. Asimismo, se requiere avanzar hacia la implementación de plataformas que contengan datos de libre acceso para que los isleños e isleñas puedan tomar decisiones informadas sobre sus realidades.</p> <p>En forma paralela, se requiere avanzar hacia esquemas que complementen la acción asistencial con la implementación de programas de intervención de carácter promocional y que refuercen el actuar colectivo propio de este modo de habitar.</p>
Fetichismo del turismo	<p>Condiciones que impiden la viabilidad de ciertas experiencias positivas de turismo insular; a saber, tenencia de la tierra, acceso seguro a los espacios productivos, formalización, disponibilidad de infraestructura sanitaria, uso de embarcaciones con fines turísticos, etc.</p>	<p>Promover paquetes programáticos que aseguren las condiciones básicas para la realización de actividades asociadas al turismo, principalmente en términos de regularización de propiedad y construcción de infraestructura adecuada. Lo anterior, bajo esquemas que eviten al máximo el endeudamiento por parte de las familias. Que se generen estudios de capacidad de carga que evalúen no sólo la buena experiencia del turista sino que también se hagan cargo de los deseos y necesidades de los isleños (hasta cuánto son capaces de transar su tranquilidad en pro de recibir turismo masivo o durante todo el año).</p>
Trabajo asalariado	<p>Bajas posibilidades de retención de población a través de la inserción laboral, con excepción del sector salud, educación y, en forma ocasional, mantenimiento de generadores diésel.</p>	<p>Reforzar programas de inversión estatal que pongan el foco en la generación de alternativas productivas, las que permitirían aprovechar los recursos y aptitudes locales. Esto, en un marco de gestión lo más descentralizado posible.</p> <p>Dotar de programas y financiamiento a municipios, lo que daría una mayor pertinencia local a los programas y planes.</p>

<p>Políticas de desarrollo</p>	<p>Baja pertinencia y especificidad de los planes, que mayoritariamente derivan de lógicas propias de sistemas continentales, donde las evaluaciones costo/beneficio dificultan la inversión.</p>	<p>Considerar la aplicabilidad de planes y programas especiales, como por ejemplo PEDZE⁸⁹ y otros marcos de actuación afines. Los modelos como Chile Emprende y Pequeñas Localidades son alternativas potenciales para aplicar en estas realidades y en el marco de un plan de inversión "insular" que involucre al MOP, Transporte y Telecomunicaciones, Economía, Minvu, Salud, Educación, etc.</p> <p>En términos de financiamiento, es interesante explorar una figura de fondos de convergencia especialmente diseñados para islas y con una evaluación diferenciada por parte del Estado.</p> <p>Es indispensable, por cierto, que el desarrollo insular considere a sus habitantes como actores decisivos y con poder de decisión equitativo.</p> <p>Es necesario potenciar el levantamiento de información a escala local para definir brechas y vocaciones sobre las cuales proponer políticas para el cierre de las primeras y desarrollar las segundas. La agenda 2030 de los ODS da un buen pie para definir un marco con objetivos, metas e indicadores. Por ejemplo, Aysén a nivel regional sólo tiene información para cerca de 30 de los más de 200 indicadores, ¿cuántos podrá tener Puerto Gala?</p>
---------------------------------------	---	---

Se incluyen recomendaciones expresadas por estas comunidades a través de las entrevistas individuales y grupales desarrolladas entre los años 2016 y 2017.

Fuente: Elaboración propia en base a antecedentes primarios levantados en el desarrollo de esta investigación.

83 Plan Especial de Zonas Extremas (http://www.goreaysen.cl/controls/neochannels/neo_ch237/neochn237.aspx)

Reflexiones Finales

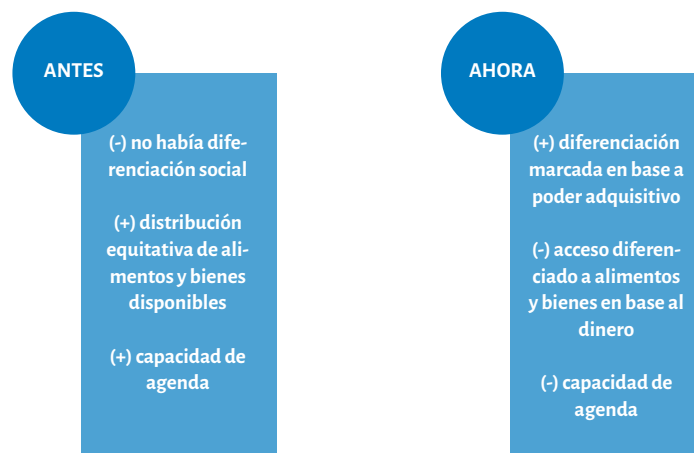
La pobreza insular desde la perspectiva isleña

“La pobreza es un fenómeno multidimensional que afecta en forma sistémica la existencia de los seres humanos. Restringe su tener, que suele ser lo más evidente ya que las personas que están en esta situación, comúnmente tienen pocas cosas. Pero tanto o más importante que aquello, la pobreza también constriñe seriamente las posibilidades de ser, estar y hacer de los individuos en nuestra sociedad, afectando su realización como seres humanos y su capacidad de elegir entre alternativas, por el modo de vida que valoran”
(FSP, 2017).

Lo expuesto en el presente estudio da cuenta de que la compleja realidad que se vive en las islas y el consecuente malestar que acarrea, si bien tiene como origen las restricciones materiales que sufren sus habitantes, se manifiesta ante todo por la imposibilidad de desplegar aquello que forma parte de su modo de habitar, incluidas aquellas prácticas históricamente construidas sobre las cuales existe un importante control por parte de las familias y comunidades. Así, los testimonios recabados develan realidades complejas en las cuales la vivencia de la pobreza tiene su expresión más elocuente en la “falta de poder” (FSP, 2017: 8), lo que en la práctica implica además la precarización de su capacidad de incidencia frente a las decisiones exógenas que los afectan. Lo anterior no necesariamente descansa en una debilidad interna puesto que, en general, se trata de territorios donde existen individuos y familias que contando con el reconocimiento de la comunidad, ejercen roles de un tipo de liderazgo que trasmite las cualidades propias del ser isleño. Por otra parte, como se ha visto, el modelo consuetudinario es rico en el despliegue de satisfactores con un alto grado de autonomía que movilizan los recursos individuales y colectivos. En este sentido, la falta de poder tiene también su raíz en los marcos normativos que regulan el contexto en el cual las familias despliegan su habitar, cuya actuación puede desencadenar un proceso de inmovilidad y no-reconocimiento que afecta profundamente a quienes lo sufren, lo que ellos y ellas mismas señalan como “asfixia” (FSP, 2016).

Se trata de miles de personas que, no sintiéndose pobres, establecen un tipo de vinculación que no hace sino devolverles una imagen devaluada de su hacer y que además termina restringiendo el uso de sus espacios vitales. Lo anterior se expresa con especial fuerza en los mecanismos sobre los cuales se define el acceso a la batería de bonos y beneficios sociales del Estado, cuyos algoritmos no alcanzan a dar cuenta de las complejidades inherentes a dichos maritorios. Así, el malestar se expresa sobre todo cuando se reflexiona contrastando lo que se es y lo que se fue, ejercicio en el que puede visualizarse la pérdida de importantes recursos sociales y humanos sobre los que se sostiene la vida en las islas (Esquema 7⁸⁴).

Esquema 7: comparación de elementos que marcan un antes y un ahora insular respecto a la situación de pobreza



Fuente: elaboración propia en base a entrevistas individuales y grupales desarrolladas durante los años 2016 y 2017.

⁸⁴ Para conocer en profundidad este análisis temporal solicitar Anexo N°2 versión digital a claudia.munoz@superacionpobreza.cl o a ricardo.alvarez@superacionpobreza.cl.

Dicho contraste es el resultado de una serie de crisis internas de gran impacto en la historia insular que tuvieron como resultado los fenómenos de migración “golondrina” hacia tierras lejanas. Estas historias, que a veces alcanzan el carácter de una crónica romántica de viajeros, se acumulan también en la memoria colectiva en la forma de imágenes de abandono, donde el padre y los hijos varones estaban lejos y las mujeres se quedaban solas con sus hijos pequeños. Se trata, sin embargo, de historias en las que se revelan las fortalezas de un grupo humano unido por una identidad cultural que navega, resiste y también cambia, buscando siempre recrear aquel imaginario de bienestar donde la isla aparecía dando cobijo, resaltando su tranquilidad y gracias a sus servicios ambientales inigualables, su sostenimiento.

En este derrotero, las imágenes de bienestar van cambiando. Cuando se analizan las percepciones que las isleñas e isleños construyen respecto de su realidad, se advierte que la valoración que hacen respecto de la vida que llevan opera, como se ha mencionado, en base a un ejercicio en el que se compara el pasado con el presente, la isla y el continente, lo que se posee (o de lo que se carece) y lo que se espera. De esta forma, la imagen arquetípica de la pobreza como una situación de carencia estrictamente material, si bien está presente con fuerza, aparece matizada. De hecho, las personas rara vez se auto perciben como pobres, cosa que confirma que las imágenes de bienestar que portan resultan de un juicio en el que las tenencias pueden ser compensadas por experiencias asociadas a un espacio en el que se despliegan haceres que no son posibles de recrear en otros contextos:

“Aquí no hay gente pobre (...) en cambio (...) la gente de la ciudad, gente que vive mal y no tiene. Aquí la persona que no tiene van un día, cortan un metro de leña, lo vende y ya tiene plata (...) o las mismas señoras van a mariscar, sacan un pote de lapa, lo venden y ya tienen platita. En cambio, en la ciudad no se ve eso. Por eso yo le digo, aquí no hay gente pobre”
(Isleña, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

“Yo creo que vivir en Repollal es vivir en una paz interior”
(Isleña, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

“(…) Yo viví afuera dos años en Puerto Montt. No es lo mismo que vivir acá: yo tengo una mejor calidad de vida aquí que en Puerto Montt. O sea, tengo libertad, tranquilidad, porque acá la tranquilidad es impagable, es impagable vivir acá”
(Isleño, isla Voigue. Entrevista semiestructurada, 2017).

No obstante lo anterior, las problemáticas que viven actualmente estas comunidades persisten. Muchas isleñas e isleños, aun cuando en comparación con las ciudades parecen sentirse afortunados, continuamente relatan los efectos que han tenido las dinámicas asociadas al proceso modernizador, que impone una lógica donde el reconocimiento se obtiene de las posibilidades diferenciales de goce y acceso en función del poder adquisitivo, el que a su vez es resultado del estatus laboral que posee el individuo. Como consecuencia, se terminan resintiendo aquellos recursos que posibilitan el tejido social insular:

“Antiguamente, la gente era más unida, éramos más unidos (...) Pero ahora no, ahora una vez que (...) empezó, como le llamo yo, el maldito dinero, empezó a cambiar las cosas”
(Isleño, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

Nuevamente, el pasado aparece como un referente que se añora, especialmente la solidaridad, factor clave que permitía la resolución colectiva de problemas en un marco de restricción material importante. Así, hoy en día se destaca que han quedado atrás, o por lo menos en comparación al pasado, las manifestaciones materiales más críticas de la pobreza. Sin embargo, se es consciente al mismo tiempo de que esto no es equivalente a bienestar:

“(...) Se observan islas equipadas (respecto a lo que ocurría en el pasado), pero que no son felices”
(FSP, 2016: 102).

“Se arregló Melinka por muchas cosas⁸⁵, pero en la parte afectiva la gente como que está ahí (...) la gente no quiere participar (...) la comunidad está fría (...) y los niños están viniendo con la misma mentalidad, como que no les da nada a ellos (...) veo todo como apagado (...) antes la gente era más optimista y más unida”
(Isleña, isla Ascensión. Entrevista semiestructurada, 2017).

La historia de vida de las familias isleñas en las regiones de Los Lagos y Aysén demuestra que es posible establecer un vínculo virtuoso entre las personas y su entorno natural, en cuya interacción ambos resultan beneficiados de alguna manera. Muchas veces los sistemas insulares son objeto de polémicas entre actores que promueven visiones sobre el territorio que enfatizan su condición de objeto explotable o de lugar que debe ser conservado evitando toda intervención humana. Entre estos dos polos se ubican familias a las que raramente se les ha preguntado su opinión, un relato cargado de experiencias, conocimientos y propuestas. Se trata de una actitud que a la luz de lo expuesto en este documento, debe replantearse.

⁸⁵ Calles asfaltadas, viviendas sociales, equipamiento comunitario, aeródromo, rampa, conectividad a través de barcaza, salud, electricidad, etc.

“(Se requiere) trabajar a escala más humana, de decir “mira, este viejito que tiene un campo y los hijos ya salieron a estudiar, no necesita que nosotros sigamos inyectándole cosas’, porque lo que necesitamos ver ahí es cómo hacer del campo una forma de vida para el viejito y sus hijos. Es una buena opción para seguir viviendo y no es sólo (dejarle a los hijos) la educación. No es eso. También te puedo dejar como herencia que vivir acá sea una opción de vida, donde tú puedas ser soberano de lo que haces y puedas ayudarte con otros”

(Agrónomo. Entrevista semiestructurada, 2016, Puerto Montt).

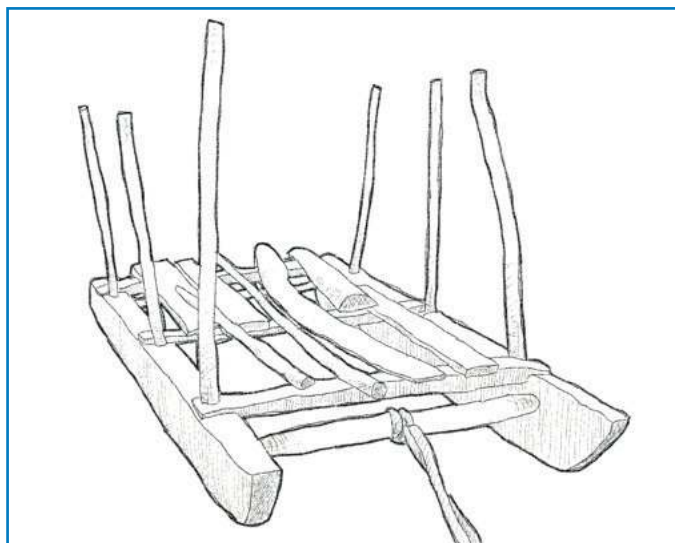
Existe un enorme espacio para ello. El modelo consuetudinario insular, si bien tensionado, sigue siendo desplegado por muchos isleños, quienes sostienen lazos entre seres humanos y no humanos que le dan vida a este lugar de Chile y el mundo, en el que sus habitantes siguen recreando, a manera de bypass o ejercicio de resistencia, sus artefactos y paisajes con sus ingenios, sus “artilugios”, ya sea de madera -cuando es accesible (Dibujo 1)- o con desechos de la modernidad. Insistir con políticas y modelos que dificultan su continuidad amenaza con debilitar peligrosamente dicho acervo. La historia reciente de la insularidad de ambas regiones, que se concreta en un solo *maritorio* heterogéneo, desafía al Estado y a la sociedad a remirar a sus habitantes, sobre todo sus capacidades de autonomía y resolución de problemas.

Se trata de una prioridad que ya está comenzando a surgir con fuerza en la agenda, como se puede apreciar en los Objetivos de Desarrollo Sostenible⁸⁶ que en forma global buscan el logro de un modelo de desarrollo donde sea posible el buen vivir:

86 <http://observatorio.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/ods/ods.php>

“(...) Se requiere que el ser humano esté en equilibrio o armonía consigo mismo, en equilibrio con otros seres humanos y en equilibrio con la naturaleza (...) La armonía interna de las personas requiere el equilibrio o balance entre los aspectos materiales y objetivos y los aspectos subjetivos y espirituales de la vida. En parte, estos elementos pueden asociarse aproximadamente con los conceptos de salud física (fortaleza interior), salud mental (conducta equilibrada), educación y conocimiento (sabiduría, capacidad de comprensión), eudemonía (visión de futuro, perseverancia) y sentimientos o emociones (compasión)”
(PNUD, 2016: 115-116).

Dibujo 1: boceto de un “birloche”, “ingenio” de madera que se utiliza para trabajar en playas y bosques insulares



Boceto de terreno: Ricardo Álvarez, 2017.

Isla Chulín. Fotografía: Ricardo Álvarez, 2016.



Bibliografía

- Acosta, A. 2013. El Buen Vivir: Sumak Kawsay, una oportunidad para imaginar otros mundos. Barcelona: Icaria.
- Acosta, A. y Martínez, E. (Compiladores). 2011. La naturaleza con derechos: de la filosofía a la política. Ed. Abya-Yala, Quito, Ecuador.
- Alonso, J. 2014. Menéndez, rey de la Patagonia. Editorial Catalonia, Chile.
- Álvarez, R. 2002. Reflexiones en torno a las identidades de las poblaciones canoeras situadas entre los 44° y 48° de latitud sur, denominadas 'Chonos'. Anales del Instituto de la Patagonia, Vol. 30, (79-86).
- Álvarez, R. 2012. Prácticas rituales asociadas a tierra y mar. Treputo y Quepucas. En Dibam, Actas III Seminario Chiloé, historia del contacto. Museo Regional de Ancud, Chile.
- Álvarez, R., Navarro, M., Saavedra, G., y Donoso, C. 2015. Referencias exploratorias sobre el lago Presidente Ríos para sortear el Istmo de Ofqui, Península de Taitao, Región de Aysén. Magallania (Punta Arenas), 43(1), 91-101.
- Álvarez, C., Cajardo, C., & Ther, F. 2016. Actores y conflictos territoriales en una figura de administración pública de la pesca artesanal: El caso de la zona contigua en las regiones de Los Lagos y de Aysén, sur de Chile. Magallania (Punta Arenas), 44(1), 131-147.
- Álvarez, R., Núñez, D. y Bahamonde, N. 2017. Referencias sobre distribución de apellidos en las islas del mar interior de las provincias de Llanquihue, Chiloé y Palena. Fogón, Revista Internacional de Estudio de las Tradiciones, Vol.1, N°1 (8-19), Chonchi, Chile.
- Álvarez, R., Brañas, F., Boldt, J., Ther, F., Hidalgo, C. y Bugeño, Z. 2017. Invisibilidad insular en la región de Aysén. Revista de Aysenología, N°4, (16-24), Coyhaique, Chile.

- Álvarez, R. 2018 (en prensa). Reflexiones en torno a las movilidades insulares en el mar interior de Chiloé. *Revista Líder*, Osorno, Chile.
- Aravena, G. 2016. Chiloé 1826: el proceso de incorporación de Chiloé a la República de Chile, 1813-1831. Ed. Chiloé 1826, Castro, Chile.
- Avellaneda, P., y Lazo, A. 2011. Aproximación a la movilidad cotidiana en la periferia pobre de dos ciudades latinoamericanas. Los casos de Lima y Santiago de Chile. *Revista transporte y territorio*, (4).
- Baldacchino, G. 2008. Studying Islands: On Whose Terms? Some Epistemological and Methodological Challenges to the Pursuit of Island Studies. *Island Studies Journal*, 3, (37-56).
- Barnett, W. 1994. Nuevos modelos y metáforas comunicacionales: el pasaje de la teoría a la praxis, del objetivismo al construccionismo social y de la representación a la reflexividad. *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*, 265-83.
- Bolados, P. 2016. Conflictos socio-ambientales/territoriales y el surgimiento de identidades post neoliberales (Valparaíso-Chile). *Izquierdas*, (31), 102-129.
- Byung-Chul Han. 2012. *La sociedad del cansancio*. Colección Pensamiento Herder. Editorial Herder, España.
- Cárdenas, R. 1988. *El libro de la mitología. Historias, leyendas y creencias mágicas obtenidas de la tradición oral*. Ed. Atelí, Punta Arenas, Chile.
- Comisión Nacional de Energía (CNE-PNUD). 2004. Encuesta de suministro eléctrico islas del mar interior de Chiloé. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Cortina, A. 2007. *Ethica cordis. Isegoría*. *Revista de Filosofía Moral y Política* (37), 113-126.
- De la Cadena, M. 2016. Naturaleza disociadora. *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*. Vol. 31, N° 52, 253-263. Colombia.
- Escobar, A. 2014. *Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Ediciones Universidad Autónoma Latinoamericana (unaula).

Espinoza, E. 1897. Jeografía descriptiva de la República de Chile: arreglada según las últimas divisiones administrativas, las más recientes exploraciones i en conformidad al censo jeneral de la República levantado el 28 de noviembre de 1895. Imprenta I Encuadernación Barcelona, Chile.

Evans, B. y Reid, J. 2016. Una vida en resiliencia, el arte de vivir en peligro. Fondo de Cultura Económica, México.

Filgueira, C. 2001. Estructura de oportunidades y vulnerabilidad social: aproximaciones conceptuales recientes. Seminario Internacional: Las Diferentes Expresiones de la Vulnerabilidad Social. Santiago de Chile, 20, 21.

Fundación Superación Pobreza (FSP). 2015. Reflexiones en torno a la ruralidad insular: el caso de Calbuco y la isla Puluqui y la continentalización de los imaginarios. Estudio regional Los Lagos.

Fundación Superación Pobreza (FSP). 2016. Crisis en el habitar insular: representaciones, significados y sentimientos de los habitantes del mar interior de Chiloé sobre la crisis sociocultural y productiva de la isla, sus dinámicas presentes e imágenes del futuro". Estudio regional Los Lagos.

Fundación Superación Pobreza (FSP). 2017. Reflexiones en torno a la ruralidad insular: el caso de Calbuco y la isla Puluqui y la continentalización de los imaginarios isleños. Serie Miradas País, Vol. 3.

Fundación Superación Pobreza. 2017. Umbrales sociales para Chile. Desafíos para la política social. Resumen ejecutivo.

Gaune, R. 2014. Historia del racismo y discriminación en Chile. Ed. UQBAR, Santiago, Chile.

García, F., Moraga, M., Vera, S., Henríquez, H., Llop, E., Ocampo, C., Aspillaga, E. y Rothhammer, F. 2004. Origen y microdiferenciación de la población del archipiélago de Chiloé. Revista chilena de historia natural, 77(3), (539-546).

Grenier, Ph. 1984. Chiloé et les Chilotes: marginalité et dépendance en Patagonie chilienne: étude de géographie humaine. Edisud, Francia.

- Godenau, D. y Hernández, R. 1996. Insularidad ¿Un concepto de relevancia analítica? *Estudios Regionales*, 45 (177-192).
- Gudynas, E. 2011. Buen vivir: Germinando alternativas al desarrollo. *América Latina en movimiento*, 462, 1-20. Harvey, D. 2004. El nuevo imperialismo: acumulación por desposesión. *Socialist Register*.
- Hidalgo, C., Ther, F., Saavedra, G., & Díaz, A. 2015. Affordance of landscapes and economic socio-spatial networks in the Quinchao archipelago, Chile: a contribution to landscape research and island studies. *Island Studies Journal*, 10(1), (49-70).
- Hucke-Gaete, R., Moro, P. L. y Ruiz, J. 2010. Conservando el mar de Chiloé, Palena y Las Guaitecas. Imprenta América, Valdivia, Chile.
- Kaztman, R., y Filgueira, C. 1999. Marco conceptual sobre activos, vulnerabilidad y estructura de oportunidades. Montevideo, Uruguay, PNUD, CEPAL.
- Landini, F. 2010. La dinámica de los saberes locales y el proceso de localización del saber científico. Aportes desde un estudio de caso. Cuadernos de desarrollo rural. Colombia.
- Lazo, A. 2017. Las constelaciones de la movilidad y el género en un archipiélago en transformación. El caso de Chiloé en el sur austral de Chile (337-354). En Cozzi, C. Velásquez, P. Desigualdad de género y configuraciones espaciales. Centro de Investigación y Estudios de Género. México.
- Luna, F. 2009. A pura memoria: conocimientos y significados de la naturaleza en las localidades de Melinka y Repollal, litoral norte de la región de Aysén. Tesis de Antropología, Universidad Austral de Chile, Valdivia.
- Mansilla, S. 2002. Las islas de Chiloé en el mundo global: poesía, identidad y territorio. *Cahiers des Amériques latines*, 41 (137-151).
- Marin A., Gelcich, S., Castilla, J.C., Berkes, F. 2012. Exploring social capital in Chile's coastal benthic comanagement system using a network approach. *Ecology and Society*, 17 (1): 13.

Martinic, M. 1999. La inmigración chilota en Magallanes. Apreciaciones históricas sobre sus causas, características y consecuencias. Anales del Instituto de la Patagonia, Ser. Cs. Hs. (27-47).

Martinic, M 2005. De la Trapananda al Aysén. Editorial Pehuén, Santiago, Chile.

Massey, D. 2007. Imaginando a Globalização: geometrias de poder de tempo-espaco. Revista Discente Expressões Geográficas. Florianópolis-SC, 3(5), 142-155.

Max-Neef, M., Elizalde, A. y Hopenhayn, M. 1993. Desarrollo a escala humana, conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones. Ed. Nordan-comunidad, Uruguay.

Moraleda, J. 1888 [1796]. Exploraciones Jeograficas e hidrográficas de José de Moraleda i Montero. Impr. Nacional, Santiago, Chile.

Morales, E. 2015. Los animales y la gestión del riesgo de desastres. Revista en torno a la Prevención. N°14, 22-29.

Munita, D., Mera, R. y Álvarez, R. 2016. Una historia de seis mil años. Chiloé, Capítulo II Museo de Arte Precolombino (Pp. 58-85).

Noah Harari, Y. 2011. Sapiens: de animales a dioses. Editorial Harper, Estados Unidos.

Núñez, A. G., Molina, R., Aliste, E., y Bello, Á. 2016. Silencios geográficos de Patagonia-Aysén: Territorio, nomadismo y perspectivas para re-pensar los márgenes de la nación en el siglo XIX. Magallania (Punta Arenas), 44(2), 107-130.

Osorio, M., Saavedra, G. y Velásquez, H. 2007. Otras narrativas en Patagonia. Ediciones Ñire Negro, Coyhaique, Chile.

Pérez, J. 2008. Factores relevantes en la medición de la pobreza y el desarrollo humano: índices PNUD. Revista de Economía Mundial. España.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). 2013. Informe Regional de Desarrollo Humano. Seguridad ciudadana con rostro humano: Diagnóstico y propuestas para América Latina. Estados Unidos.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) 2016. Progreso multidimensional: bienestar más allá del ingreso. Informe Regional sobre Desarrollo Humano para América Latina y el Caribe. Phoenix Design Aid, Dinamarca.

Puga, I. y Soto, D. 2018. Social Capital and Women's Labor Force Participation in Chile. *Feminist economics*, 1-28.

Reyes, O., San Román, M. y Moraga, M. 2011. Archipiélago de los Chonos: nuevos registros arqueológicos y bioantropológicos en los canales septentrionales. *Isla Traiguén, Región de Aisén. Magallania (Punta Arenas)*, 39(2), 293-301.

Rozzi, R. 2016. Bioética global y ética biocultural. *Cuadernos de Bioética*, XXVII, N°3, España.

Saavedra, G. 2011. Perspectivas culturales del desarrollo en las costas australes de Chile: aproximación antropológica a las persistencias y transformaciones de las economías de pesca artesanal en el litoral de Aisén. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, España.

Saavedra, G. y Macías, A. 2012. Tradición e innovación en las comunidades de pesca artesanal del sur de Chile: hacia un enfoque reflexivo del desarrollo endógeno. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 7(1), Madrid, España.

Saavedra, G. 2015. Los futuros imaginados de la pesca artesanal y la expansión de la salmonicultura en el sur austral de Chile. *Chungará, Revista de Antropología Chilena*. Volumen 47, N° 3.

Saavedra, G., Mardones, K. y Torres, M. 2016. La esquizofrenia del desarrollo: Un análisis semántico-discursivo de las relaciones entre salmonicultura y pesca artesanal en el sur-austral de Chile. *Cultura-hombre-sociedad*, 26(2), 71-105.

Salazar, G. 2000. *Labradores, peones y proletarios: formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. Lom ediciones, Chile.

Saldívar, J. 2017. Chilote tenía que ser: vida migrante transnacional en territorios patagónicos de Chile y Argentina. *CUHSO· Cultura-Hombre-Sociedad*, 27(2), (175-200).

- Schejtman, A. y Berdegué, J. 2004. Desarrollo territorial rural. RIMISP, Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural. Santiago, Chile.
- Serrano, A. y Azócar, C. 2016. Documental Tanana. Estar listo para zarpar. (74 min.), Chile.
- Skewes, J., Álvarez, R. y Navarro, M. 2012. Usos consuetudinarios, conflictos actuales y conservación en el borde costero de Chiloé insular. *Magallania* (Punta Arenas), 40(1), 109-125.
- Skewes, J., Solari, E., Guerra, D. y Jalabert, D. 2012. Los paisajes del agua: naturaleza e identidad en la cuenca del río Valdivia. *Chungará* (Arica), 44(2), 299-312.
- Toledo, V., Barrera, N., García, E. y Alarcón, P. 2008. Uso múltiple y biodiversidad entre los Mayas-Yucatecos (México). *Interciencia*, Vol. 33, N°5.
- Ther Ríos, F. 2012. Antropología del territorio. Polis. *Revista Latinoamericana*, (32).
- Trivero, A. 2016. Fray Hilario Martínez, siguiendo las huellas de su santería. Ediciones Tácitas, Chile.
- Urbina, R. 2010. Contacto hispano-veliche, etapa fundante de Chiloé: 1567-1630. En: *II Seminario Chiloé: historia del contacto*. Museo Regional de Ancud, Chile.
- Urbina, X. 2009. La frontera de arriba. Interacción hispano-indígena en el territorio entre Valdivia y Chiloé e imaginario de sus bordes geográficos, 1600-1800. Ediciones Universitarias de Valparaíso. Chile.
- Valderrama, J. 2009. Situación de las figuras de administración pesquera sobre los territorios costeros en Chile. Sustentabilidad y dinámicas socioculturales en 3 caletas de la Comuna de Ancud, X región. Tesis Geografía. Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Escuela de Geografía. Universidad de Chile, Santiago.
- Weber, A. 1903. Chiloé. Su estado actual, su colonización, su porvenir. Impr. Mejía.
- Zelada, S. y Park, J. 2013. Análisis crítico de la Ley Lafkenche (N° 20.249): El complejo contexto ideológico, jurídico, administrativo y social que dificulta su aplicación. *Universum*, vol.28, N.1 (47-72).

SOMOS una institución privada, sin fines de lucro y con intereses públicos, cuyos orígenes se remontan a 1994.


CREEMOS que superar la pobreza que experimentan millones de chilenos y chilenas en nuestro país es un desafío de equidad, integración y justicia social.


CONTRIBUIMOS a la superación de la pobreza promoviendo mayores grados de equidad e integración social en el país, que aseguren el desarrollo humano sustentable de las personas que hoy viven en situación de pobreza.


DESARROLLAMOS nuestro quehacer en dos líneas de trabajo: por una parte, desarrollamos intervenciones sociales a través de nuestro programa SERVICIO PAÍS, que pone a prueba modelos innovadores y replicables para resolver problemáticas específicas de pobreza y, por otra, elaboramos propuestas para el perfeccionamiento de las políticas públicas orientadas a la superación de este problema, tanto a nivel nacional como local. Así desde nuestros orígenes hemos buscado complementar, desde la sociedad civil, la labor de las políticas sociales impulsadas por el Estado de Chile.

Desde nuestros inicios trabajamos en alianza con el Estado de Chile y municipios de las 15 regiones del país. Contamos con financiamiento de entidades privadas y fondos públicos provenientes de los ministerios de Desarrollo Social, Vivienda y Urbanismo, Educación y del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

www.superacionpobreza.cl
www.serviciopais.cl

 /superarpobreza

 @serviciopais
@superarpobreza

 @serviciopais

Con el apoyo de:

